



SACCO Y VANZETTI;

SUS VIDAS, SUS ALEGATOS Y SUS CARTAS



SACCO Y VANZETTI; **SUS VIDAS, SUS ALEGATOS Y SUS CARTAS**

SACCO Y VANZETTI
SUS VIDAS, SUS ALEGATOS Y SUS CARTAS

Contenido:

A manera de prólogo

Cómo se urdió la trama. A. Felicani

Sus Vidas:

-Historia de la vida de un proletario. Bartolomé Vanzetti

-Una vida. Nicolás Sacco

Sus escritos:

-Un linchamiento periodístico. Bartolomé Vanzetti

-Antecedentes del proceso Plymouth. Bartolomé Vanzetti

-Libertad o muerte. Nicolás Sacco y Bartolomé Vanzetti

-Mi último 1º de mayo. Bartolomé Vanzetti

-Saber vivir, saber morir. Nicolás Sacco

Sus alegatos:

-Palabras de Sacco ante la audiencia de Dedham

-Palabras de Sacco al ser condenado a muerte

-Palabras de Vanzetti al ser condenado a muerte

--Declaración de fe. Bartolomé Vanzetti

Sus cartas:

-A los compañeros y a los amigos que siguieron nuestro "Vía Crucis" 18 de octubre de 1921 (Nicolás Sacco / Bartolomé Vanzetti)

-Fragmento. Dedham, 1921 (Nicolás Sacco)

-A su hermano Sabino. Dedham, noviembre de 1921(Nicolás Sacco)

-A L. D. Abbott, Nueva York. Dedham, Mass. 1926 (Bartolomé Vanzetti)

-Por qué no firmé "la petición" al gobernador Fuller. Cárcel de Dedham, Mass. 13 de mayo de 1927 (Nicolás Sacco)

-A un compañero italiano en París. Cárcel de Dedham, Mass. 14 de mayo de 1926. (Bartolomé Vanzetti)

-A los trabajadores argentinos. Cárcel de Dedham, Mass, 1927 (Bartolomé Vanzetti)

-A los anarquistas del mundo. 4 de agosto de 1927 (Bartolomé Vanzetti)

-Charlestown, prisión del Estado. 4 de agosto de 1927 (Nicolás Sacco)

-Al hijo de Sacco (Bartolomé Vanzetti)

-A su hijita Inés. (Nicolás Sacco)

-Testamento a su hijo Dante. Cárcel Estatal de Charlestown. 18 de agosto de 1927 (Nicolás Sacco)

A MANERA DE PRÓLOGO

Para mucha gente, Sacco y Vanzetti son sólo un error, un incidente en la historia de la “justicia” norteamericana: en realidad son mucho más que eso, representan la victoria de los que tienen por los demás y acosta de los demás, en fin, la victoria de la reacción sobre el progreso social.

“Yo sé que el fallo va a ser entre dos clases: la clase oprimida y la clase rica”, afirmaba Sacco ante el tribunal. Este mismo razonamiento fue hecho por Augusto Spies en el otro célebre proceso llevado en contra de los ahora conocidos como “mártires de Chicago”, cuando dijo: *“Al dirigirme a este tribunal lo hago como representante de una clase enfrente de los de otra clase enemiga...”*

¿Quién puede poner en duda que ambos procesos fueron tan sólo el escenario de la contienda entre dos clases irreconciliables entre sí?

Las peticiones humanitarias realizadas en todos los rincones del globo terráqueo, fueron desoídas en uno y otro caso. ¡Pero no podía ser de otra forma! Los sentimientos, los altruismos no son ni alertados ni escuchados; cuando dos clases sociales están frente a frente la lucha es a muerte. ¡Es la guerra social! ¿Cuándo se han evitado las guerras con altruismo? De la guerra surgen el vencedor y el vencido, ¡no pidamos más!

Sacco y Vanzetti, al igual que Spies, Ficher, Engel, Parson y Lingg, son las víctimas de esta guerra, representan el eventual y momentáneo triunfo de la burguesía sobre el proletariado.

¡Eventual, sí, porque la guerra continúa y continuará mientras exista una sociedad dividida en clases! Se perderán más batallas, se ganarán otras en cada minuto, en cada segundo, en cada hora de la vida social, ahora en silencio, mañana su estruendo arrastrará tras de sí al ser social para volver después a la aparente calma. Y solo terminará esta guerra con la abolición de la sociedad clasista.

“Sí. Dante, ellos pueden crucificarme hoy, pero no pueden destruir con nuestros cuerpos, nuestra idea que queda para los pobres de porvenir”.

Más de cincuenta años han pasado desde el asesinato legal de estos dos anarquistas y en ese lapso de tiempo, muchos más anarquistas han muerto, en combate o asesinados, o están encarcelados en las prisiones del capitalismo ya sea privado o estatal. La lucha continúa cada vez con más dificultad, pues las armas de los que detentan el poder, o más bien los distintos poderes existentes, son más y más sofisticados y sutiles. Los Estados están envenenando a la humanidad en todos los niveles y claro está, su veneno es cada vez más. Ya en el siglo pasado, Bakunin advirtió el peligro al que nos tendríamos que enfrentar si dejábamos desarrollarse el poder del Estado, de cualquier Estado. Ahí está, hasta vive en nosotros. Nos vienen a la mente unas preguntas: ¿Seremos lo suficientemente fuertes e inteligentes como para oponernos a él y poder al fin decidir sobre nuestra vida y nuestra muerte? ¿Estamos a tiempo todavía para lograrlo o es demasiado tarde? De todos modos, sean cuales fuesen las respuestas no nos queda otro camino que luchar en todos los niveles posibles contra tantos.

Los “mártires de Chicago”, Joe Hill, Nicolás Sacco, Bartolomé Vanzetti, Tom Money, Ricardo Flores Magón, Buenaventura Durruti, para sólo recordar a algunos, no han caído en vano: la brecha está abierta, nos queda que ensancharla y alargarla.

Para esto, necesitamos tener bien presente que, como escribió Vanzetti: *“El enemigo nos quiere muertos y nos tendrá muertos para defender el privilegio y la tiranía, para humillarnos, para acabarnos para vencernos, destruirnos y encadenar a los pueblos al carro de su esclavitud. (...) Y este mismo enemigo clava sus inmundos tentáculos en la carne de todos los pueblos de la tierra, prepara el más grande militarismo del mundo y se apresta a esclavizar la entera humanidad. Hay que aplastarle la cabeza”*

No interrumpamos pues la lucha, construyamos el camino hacia la sociedad sin clases, hasta la construcción del comunismo-anarquista. Hay mucho que recorrer, pero al fin y al cabo, ¿Quién dijo que iba a ser sencillo?

La última palabra no está dicha: los que creemos todavía en el individuo, en el respeto a la vida, en la fraternidad entre pueblos -no a través de los gobiernos y Estados- podemos actuar.

El grupo editor

CÓMO SE URDIÓ LA TRAMA

A. Felicani

Entre los procesos célebres, el de Sacco y Vanzetti es, quizá, el que ha tenido mayor repercusión internacional, pese a que los acusados eran dos obreros anónimos y a que, inicialmente, el juicio no

tuvo, en rigor, un carácter clasista.

Los dos condenados -particularmente Vanzetti- percibieron con absoluta claridad el papel que les tocó desempeñar. Su proceso no llevaba la finalidad de poner fuera de combate a dos trabajadores llegados a los Estados Unidos en busca de libertad y justicia, decepcionados en su esperanza y resueltos a luchar por un mundo mejor. Fue un acto de intimidación contra las fuerzas progresistas, una advertencia a quienes se atrevían a turbar la tranquilidad de los poseedores. El nombre de los dos oscuros anarquistas italianos se convirtió en bandera junto a la cual se congregaron los que no querían someterse al dictado de una minoría de privilegiados y los que veían en la dignidad y la justicia los bienes más altos de la humanidad.

Este acto de injusticia cubrió de fango el nombre de los Estados Unidos. Pero no debe olvidarse, que, junto a las muchedumbres que, desde Francia a Suecia, desde África del Sur a Inglaterra, manifestaron en aquellos días, maldiciendo a la oligarquía norteamericana, otras multitudes se batieron para tratar de salvar a Sacco y Vanzetti. Eran las multitudes de trabajadores e intelectuales que sintieron, a la par de sus hermanos del mundo entero, la urgencia del llamado que lanzó este terrible caso.

EL DESENFRENO REACCIONARIO

Para explicar el caso Sacco y Vanzetti, es preciso ambientarlo en la atmósfera envenenada que se creó en los Estados Unidos al término de la primera guerra mundial. Atmósfera saturada de odio, fomentada y explotada por el ministro de justicia. A. Mitchel Palmer, que proporcionaba a los diarios artículos pagados por el ministerio y destinados a excitar a la opinión pública contra los extranjeros y los izquierdistas.

En una publicación titulada “El delirio de la deportación en 1920”, aparecida por aquellos días, el Subsecretario de trabajo entre 1913 y 1921, Louis F. Post. Hacia la historia de ese periodo de persecuciones, que fue denominado el “reinado del terror” y en que millares de inocentes fueron sometidos a toda clase de persecuciones y malos tratos. Las declaraciones hechas a la prensa por el gobierno, o eran enteramente falsas, o deformaban los hechos: nunca se exhibió una prueba que justificara la acción gubernamental.

Los derechos constitucionales fueron pisoteados.

En ese periodo en que la propaganda se ensañaba con los “radicales” y los “extranjeros”, fueron arrestados y procesados Sacco y Vanzetti. Más: cuando los detuvieron, hacía unos días que el cadáver del militante anarquista Andrea Salcedo había aparecido, destrozado e irreconocible, en la cera del edificio del Ministerio de justicia, en Nueva York, donde, desde hacía varias semanas, estaba ilegalmente detenido, junto a Roberto Elia, y mientras en el tribunal federal de Boston se tramitaba el proceso contra los izquierdistas presos en las redadas de la noche del 2 de enero de 1920.

LOS HECHOS PREVIOS: DOS ASALTOS A MANO ARMADA

En la tarde del 15 de abril de 1920, en el pueblo de South Braintree, frente a la fábrica de calzados Rice & Hutchins, F. A. Parmenter y A Berardelli -pagador, el primero, y guardián, el segundo, de la Sablater & Morral Shoe Co.- fueron muertos a tiros y despojados de una suma superior a los 15.000 dólares, que llevaban para el pago de salarios.

La tragedia se desarrolló con velocidad fulminante. Fue uno de los tantos atracos que entre noviembre de 1919 y julio de 1920 se produjeron en la región occidental del Estado de Massachussets.

El hecho conmovió a la opinión pública, y el eco de esta indignación repercutió en la Cámara Legislativa del Estado, que votó una recompensa de 25.000 dólares, solicitada por el entonces gobernador Coolidge (más tarde presidente de los Estados Unidos) para pagar a quien hiciera condenar a los delincuentes. La Slater & Morris Co., por su parte, prometió otra elevada recompensa, y lo mismo hizo la Bridgewater Shoes Co', que había sufrido un intento de atraco el 24 de diciembre de 1919.

Diecinueve días después del crimen, el arresto de los criminales se había convertido, para la policía, en cuestión de honor y dinero.

UNA TRAMPA MORTAL: CONTRA DOS MILITANTES

Nicolás Sacco y Bartolomé Vanzetti fueron arrestados en Brockton la noche del 5 de mayo de 1920, por un policía que buscaba a otro individuo. Llevados a la jefatura, no se les acusó de ningún delito. Sólo se les interrogó acerca de sus actividades políticas.

“¿Son ustedes socialistas? ¿Son comunistas? ¿Son anarquistas?” tales fueron las primeras preguntas que las autoridades policiales y judiciales les hicieron.

Al otro día fue arrestado y sometido al mismo tratamiento Ricardo Orciani.

El propio fiscal Katzmann declaró durante el juicio -ante una pregunta de la defensa- que, en los primeros interrogatorios, había interrogado a los arrestados exclusivamente acerca de sus actividades políticas. Sacco y Vanzetti no negaron su condición de anarquistas, pero, naturalmente, mintieron en lo relativo a sus actividades, pues no querían comprometer a amigos y compañeros en un nuevo proceso de deportación. Cuando fueron detenidos, creyeron -y el primer interrogatorio así parecía indicarlo- que se los hacía víctima de una de las tantas redadas de “rojos” que en aquellos días iban en impresionante aumento. Transcurrieron dos días antes de que se les dijera que estaban detenidos por los asesinatos de South Braintree.

Cuando se acusó a los arrestados de la comisión de delitos comunes, la prensa inmediatamente divulgó el hecho de que eran anarquistas, como prueba moral de la capacidad de aquellos para delinquir.

CÓMO SE HICIERON LAS IDENTIFICACIONES

Al día siguiente, fueron “identificados”: Vanzetti como autor principal del intento de atraco ocurrido la mañana del 24 de diciembre en Bridgewater, y Sacco como el autor principal del doble asesinato y robo de más de 15.000 dólares ocurrido en South Braintree el 15 de abril de 1920.

Pero para realizar estas identificaciones se usaron procedimientos sin precedentes en los anales judiciales.

La norma en todo el mundo -incluido los Estados Unidos-, es presentar a los imputados de un delito junto a otras varias personas, entre las cuales los testigos deberían reconocerlos. En un principio, éste fue el procedimiento empleado para la identificación de Sacco y Vanzetti. Pero no se pudo continuar. La policía había colocado a Sacco entre una decena de personas -algunas de ellas, policías vestidos de civil-, pero el primer testigo que acudió a identificar al arrestado señaló, no a Sacco, sino... a un policía.

El asunto no marchaba, y entonces, en este importantísimo preliminar de todo proceso, se recurrió a un método expedito y seguro. Se puso a cada arrestado en una pieza, solo, y se llevó a los testigos, uno por vez, para que los identificaran.

Pero aún con ese método muchos testigos a quienes se preguntó si identificaban a los asaltantes, respondiendo con un rotundo “NO”; otros se mostraron confusos e inseguros; ninguno pudo hacer una identificación positiva, pese a que los policías se esforzaron para facilitarla usando algunos trucos escénicos.

Por ejemplo: si un testigo decía que uno de los atracadores tenía el pelo desgredado, los policías, sin pérdida de tiempo, lo presentaban con el cabello revuelto. Si el testigo declaraba que uno de los asaltantes llevaba una gorra calada hasta los ojos, los policías mostraban a los arrestados con gorras metidas hasta los ojos. Si un testigo decía que uno de los bandidos empuñaba el revólver teniendo el brazo extendido en determinada dirección. Los policías hacían que los arrestados extendieran el brazo y apretaran el puño, en la postura descrita por el testigo.

Con tal método de identificación, cuatro o cinco testigos les pasaron de la inseguridad o la probabilidad. Para que, siquiera en parte, estas vagas identificaciones pudieran resistir el juicio público, la policía hizo que los arrestados reprodujeran la escena en el lugar del crimen.

Fuertemente esposados, fueron metidos en un auto y bajo guardia armadas, llevados a Bridgewater, South Braintree, Dadham, Needman, Milford. En cada una de estas poblaciones, fueron trasladados a la comisaría local y sometidos a la misma rutina de identificación por la que habían pasado en Brockton.

En South Braintree se les hizo representar el delito cometido allí el 15 de abril.

Con estos medios se recogieron tres testimonios contra Sacco por el asalto de South Braintree y cuatro contra Vanzetti por el de Bridgewater. Ningún testigo implicó a Vanzetti en el South Braintree.

Con tales elementos de acusación, el tribunal validó las acusaciones y dispuso que Vanzetti fuera sometido a juicio ante el tribunal de Plymouth imputándole SOLAMENTE el intento de atraco del 24 de diciembre de 1919 en Brigewater y absolviéndolo de toda responsabilidad en el delito de South Braintree. En cuanto a Sacco, dispuso que fuera sometido a juicio por un gran jurado, por los hechos de South Braintree.

EL PROCESO DE PLYMOUTH: VANZETTI CONDENADO DE ANTEMANO

Hasta hoy no se ha podido comprender por qué se escenificó con tanta prisa el primer proceso contra

Vanzetti, a no ser que admita que ya desde aquel momento el fiscal del distrito Katzmann había decidido implicar a Vanzetti en el crimen de South Braintree y trabajaba para obtener la condena del acusado, con el fin de llevar al banquillo del tribunal de Dedham a un hombre, ya sentenciado por otro tribunal, que salía de la penitenciaría para responder por el terrible delito de South Braintree.

El proceso se ventiló ante el tribunal de Plymouth, en junio de 1920, un mes después del arresto, cuando la opinión pública todavía estaba excitada por las pavorosas leyendas sobre los “bandidos italianos” que habían asesinado y robado, en South Braintree, a la luz del día y a las puertas de la fábrica.

La colectividad italiana, y en particular los trabajadores, cerró filas en torno al acusado, a quien todos sabían inocente e incapaz de cometer un crimen. Pero el ambiente oficial (no ya la policía, sino la magistratura) rezumaba hostilidad contra el acusado, conocido por sus ideas y actividades políticas, desarrolladas allí mismo, en Plymouth, y por su destacada participación en la huelga de los obreros de la Cordage Company, algunos años atrás.

Se sentía en la sala del tribunal que Vanzetti, más que acusado de un delito -con razón o no- era la presa atrapada por los cazadores tras un largo acecho.

Estaba condenado desde antes de que empezara el rito del proceso.

La acusación, a cargo del fiscal del distrito Katzmann, no contó con un solo testigo que presentase ante el jurado declaraciones creíbles. Los testigos de la acusación se mostraron inseguros, titubeantes, más preocupados por servir a alguien que por cumplir un deber social en interés de la verdad y la justicia. Y por eso casi todos alteraron, en el tribunal las declaraciones precedentes, efectuadas en las audiencias preliminares. Se mostraron cínicamente falsos, se contradijeron entre sí y consigo mismo.

De nada valieron al acusado veinte testigos que afirmaron y confirmaron haberlo visto, y algunos haber hablado y hecho negocios con él, la mañana del 24 de diciembre de 1919, cuando vendía anguilas por las calles de Plymouth.

Es costumbre de los italianos comer anguilas en la víspera de navidad. Vanzetti, que en aquel tiempo se dedicaba a la venta de pescado, había salido de su casa poco antes de la 7 de la mañana, con su carrito cargado de anguilas. Era lógico que nueve testigos declarasen haberle comprado anguilas aquella mañana. Ante la homogeneidad de las declaraciones, el fiscal dijo que los testigos “repetían una lección aprendida de memoria”

Contra la coartada que presentó la defensa, y que resultó indestructible, la acusación presentó algunos testigos oculares, los cuales declararon que pensaban, que creían, que el acusado era el autor fallido del atraco, pero que no estaban seguros de ello. Hubo sólo uno que no se mostró inseguro. Era un muchachito, vendedor de diarios, que en el momento del atraco se había refugiado tras un poste de telégrafo. Apenas había podido echar un vistazo al asaltante, pero “estaba seguro de que era extranjero por la manera de huir”. Estas eran las pruebas aportadas por los testigos: “el atracador era de tez morena”, “parecía italiano”.

Pero, como hemos dicho, el acusado estaba condenado de antemano, y de nada le valió haber probado su inocencia. El jurado emitió un veredicto de culpabilidad.

Ese veredicto fue una ignominia. Para llegar a él se pasó por encima de todas las garantías del procedimiento, se violó el más elemental sentido de la equidad. Basta un hecho para demostrarlo: Cuando Vanzetti fue arrestado y registrado por el policía Connelly, se le encontraron cuatro cartuchos de escopeta para caza menor.

Connelly entregó los proyectiles al capitán Proctor, jefe de la policía estatal de Massachussets para que los conservase en la sala del tribunal de Plymout, *el policía Connelly examinó los cuatro cartuchos presentados como prueba y declaró que no eran los que había encontrado en poder de Vanzetti y entregados a Proctor.*

Estos cuatro cartuchos fueron presentados a los jurados en las sala de deliberación, mientras discutían sobre el veredicto que habrían de emitir, y allí -“por sugerencia de una persona desconocida”- fueron abiertos. Los cartuchos, que eran de la marca Meter y estaban cargados con perdigón pequeño, para la caza de pájaros, aparecieron cargados de munición.

La carga de perdigón pequeño no mata a un hombre; la de munición sí. Y el jurado emitió un veredicto de intento de homicidio e intento de atraco. Si el juez condenó a Vanzetti solamente por intento de atraco, ello se debió a un imprevisto: al día siguiente, en un restaurante de Brockton, uno de los del jurado se encontró por casualidad con el juez Thayer, que había presidido el juicio de Plymouth, y le mostró uno de los cartuchos que había sido presentado en el proceso contra Vanzetti. Dicho jurado había guardado el proyectil como recuerdo. Estaba presente el fiscal del distrito Katzmann, quien dijo al jurado le entregase el cartucho y telefoneó a los demás jurados para pedirles que le dieran los cartuchos que habían guardado como recuerdo. Recomendó a todos que no hablaran del asunto. A uno de ellos, que no tenía la conciencia tranquila y que le preguntó si el veredicto era justo, Katzmann le respondió que era... recomendable.

Algunos meses después, el 16 de agosto, el juez Thayer, que había perdido el debate, convocó al tribunal en sesión extraordinaria y condenó a Bartolomé Vanzetti a 15 años de reclusión.

Pero la vía crucis de Vanzetti no había llegado a su término.

Después del veredicto del tribunal de Plimouth, y antes de que se pronunciara la sentencia, la defensa pidió -como era su derecho- la libertad provisional de Vanzetti, quien, en libertad, hubiera podido encontrar otros testimonios -éstos, de ciudadanos norteamericanos- con los cuales corroborara sus coartada, que la acusación no había logrado destruir.

La fianza por la libertad de Vanzetti fue fijada en 20.000 dólares. Se consiguió reunir la suma, pero entonces el fiscal duplicó la cifra. El fiador, picado por esta rareza judicial, ofreció hasta 100.000 dólares. Y entonces la fiscalía informó que existía una imposición secreta contra Vanzetti por el crimen de South Braintree.

PROCESO DE EAST NORFOLK CONTRA SACCO

Vanzetti, fue, pues, involucrado en el crimen de South Braintree mediante imputación secreta. No se le concedió audiencia preliminar en esta segunda acusación.

El 18 de mayo de 1920, Nicolás Sacco compareció ante el juez Avery, del tribunal de East Norfolk, para ser sometido a juicio. Contra Sacco declararon tres testigos: Louis L Wade, obrero de Slater & Morrill, y France Devlin y Mary Splaine, empleadas de la misma compañía.

Estos declararon en rápida sucesión para hacer la identificación de Sacco.

“Puedo haberme equivocado” (Wade, Pág. 26 de las actas preliminares). “No afirmo positivamente que es él” (Frances Devlin, Pág. 47 de las actas preliminares). “No tuve oportunidad de ver al hombre lo suficiente como para afirmar que sea éste” (Mary Splaine. Pág. 26, actas preliminares).

Aunque la policía no presentó ninguna prueba tangible contra Sacco, y aunque numerosas personas - que desde las ventanas de la fábrica Rice & Hutchins contemplaban directamente la escena del crimen- no identificaron al acusado, y, además, aunque la mayor parte de ellas declararon positivamente que no había visto al acusado entre los asaltadores, el juez Avery envió al imputado ante un gran jurado, bajo la acusación de homicidio.

EL PROCESO DE DEDHAM: SE CIERRA LA TRAMPA

El 31 de mayo de 1921, cuando se abrió el proceso ante el tribunal superior de Dedham, el hecho de estar cumpliendo una condena de 15 años de prisión por un delito similar era ya un elemento en contra de Vanzetti, y, así mismo, perjudicaba a Sacco, su coacusado.

La defensa hizo todo lo posible para que los dos procesos se efectuaran por separado, pero el tribunal presidido, por el juez Thayer, denegó repetidamente la petición. Y el 14 de julio de 1921 los dos acusados fueron declarados culpables de doble homicidio en primer grado.

En un breve relato, no es posible resumir el extenso debate que finalizó en el inconcebible veredicto. Echa alguna luz sobre tal monstruosidad judicial una relación presentada por el abogado Howard L Stebbins al congreso de juristas realizado el 27 de junio de 1922 en Detroit y publicada poco después de dicho congreso, en la “revista de la asociación del foro norteamericano”. Como es uno de los primeros documentos de valía técnica que sobre el caso se publicaron, reproducimos algunos pasajes:

“El caso giró en torno de la identidad personal de los imputados, por el cual, en este aspecto, no fue sustancialmente diferente de los problemas que en todos los tiempos ha tratado la justicia penal. Pero todo el procedimiento resultó alterado por la inclusión de hechos ajenos a la cuestión principal, aunque de enorme importancia en sí mismos. Ambos acusados eran indiscutiblemente izquierdistas, conocidos en los medios obreros, instigadores de huelgas, adeptos del socialismo, desertores del servicio militar y propagandista de la prensa de izquierda. Se estaba entonces en el apogeo de la campaña posbélica contra los “rojos” y los extranjeros (...)

El 5 de julio Vanzetti prestó la declaración. Sus defensores habían logrado presentar una coartada que cubría los movimientos de los acusados durante el día del crimen y en la noche de su arresto. Dijo que Sacco había estado en Boston el día del crimen, para tratar de obtener transporte para Italia, mientras Vanzetti recorría las calles de Plymouth vendiendo pescado, a muchas millas de la escena del doble asesinato. Cada afirmación de la defensa fue sometida por gran número de testigos. La noche de su arresto -dijo la defensa- los acusados habían salido a recoger publicaciones extremistas, para destruirlas, pues temían que ellas comprometieran a sus amigos.

(...) Bartolomé Vanzetti, hombre de cierta ilustración, habló con sencillez y sin emoción, narrando la historia de su vida (...) Habló de sus actividades como agitador obrero, de su propaganda en mítines izquierdistas y de sus trabajos por las ideas que creía. Sin mostrar sentimientos ni resentimientos, dijo que durante la guerra se había ido a Méjico para sustraerse a la conscripción militar (...)

Nicola Sacco prestó declaración durante casi tres días (...) Lo que quizá arrojó mayor luz sobre el proceso fue la respuesta de Sacco a la pregunta de qué entendía por país libre. Durante diez minutos habló con ímpetu y elocuencia. Dijo que había venido a los Estados Unidos porque creía que aquí había mayores oportunidades de progreso, pero que comprobó que no era así, Había más alimentos y más dinero, pero no para la clase trabajadora. Creía que había libertad de pensamiento, pero no era así, pues Eugene Debbs y otros estaban en la cárcel por sus ideas. Había trabajado junto a judíos, irlandeses, alemanes y por todos ellos sentía afecto. ¿Por qué, pues, había de combatir contra ellos? La guerra había sido desatada por capitalistas, ávidos de ganancias (...)

El lunes 11 de julio terminó la defensa sus actuaciones. El miércoles llegaron a su fin las ocho horas de argumentaciones de los abogados, y el jueves 14 de julio tocó al jurado pronunciar su veredicto.

Después de cinco horas de deliberación, emitió un veredicto de culpabilidad en primer grado contra los dos acusados. En Massachussets, la pena correspondiente a este veredicto es la muerte en la silla eléctrica.

El veredicto de Dedham provocó indignación en los Estados Unidos y en todo el mundo. El comité de defensa, sostenido por una inmensa solidaridad, logró el concurso de las figuras más descollantes en el campo jurídico. Se hizo un llamamiento internacional para lograr una campaña solidaria más efectiva y tangible, que obligasen a los verdugos a dejar en libertad a sus víctimas. Se obtuvo la solidaridad pedida, pero todo fue en vano. Las fuerzas coligadas del privilegio y el poder se impusieron sobre el sentido de la decencia y la justicia, y enviaron a Sacco y Vanzetti a la silla eléctrica el 27 de agosto de 1927.

SUS VIDAS

HISTORIA DE LA VIDA DE UN PROLETARIO

Bartolomé Vanzetti

LOS PRIMEROS PASOS

Mi vida no puede pretender el honor de una autobiografía. Anónimo yo mismo en el montón de los anónimos, he querido simplemente tomar y reflejar rápidamente un breve momento de la dinámica inquietud ideal que lleva a la humanidad hacia mejores destinos.

Nací el 11 de junio de 1888, de G Battista Vanzetti y Giovanna Vanzetti, provincia de Cuneo,

Piamonte. La población, que se levanta sobre la orilla derecha del Magra, al abrigo de una hermosa cadena de cerros, es principalmente una comunidad agrícola. Allí viví hasta los trece años de edad en el seno de mi familia.

Concurrí a las escuelas locales y amaba el estudio.

Mis más lejanos recuerdos son los premios ganados en los exámenes escolares, y una segunda distinción en catecismo. Mi padre dudaba entre dejarme proseguir los estudios o enseñarme algún oficio. Un día leyó en la *Gazzetta del Popolo* que en le Turín 42 abogados habían concurrido para ocupar un puesto por 35 liras mensuales. Esta noticia fue decisiva en mi infancia, porque mi padre se resolvió a que yo aprendiera una profesión y fuera comerciante.

Para eso, en 1902, me condujo ante el señor Conino, que dirigía una pastelería en la ciudad de Cuneo, y allí me dejó gustar -por primera vez- el sabor del duro e implacable trabajo. Trabajé como veinte meses, desde la siete de la mañana hasta las diez de la noche, todos los días, menos tres horas de asueto dos veces al mes. De Cuneo pasé a Cavour, y entré en la panadería del señor Goitre, puesto que conservé por tres años. Las condiciones no eran mejores que en Cuneo, con la diferencia de que los momentos libres alcanzaban a cinco horas en dos veces al mes.

No me agradaba el comercio, pero me quedé para satisfacer a mi padre y porque no sabía que otra cosa elegir. E 1905 abandoné Cavour por Turín, esperando hallar trabajo en la gran ciudad. Malogradas mis esperanzas, fui más lejos, a Courgne, donde me ocupé por seis meses. Luego volvía Turín y trabajé de caramelero.

En Turín, febrero de 1907, caí seriamente enfermo. Sufrí mucho, encerrado, privado de aire, de sol y de alegría, como una “triste flor sombría”.

Pero llegaron noticias a mí familia y mi padre vino de Villafalleto para llevarme a mí tierra natal, en casa -me dijo él- sería cuidado por mi abuela, mi amantísima madre. Y entonces volví, después de seis años de haberme agotado en la fétida atmósfera de las panaderías y de las cocinas de restaurantes, donde raramente penetraba un soplo de Dios o un rayo luz de su gloria. Seis años que podrían haber sido hermosos para un muchacho ávido de saber y sediento de contacto vivificador con el ambiente de la simple vida campesina de su aldea. Años del gran milagro que transforma al niño en hombre.

¡Ah! ¡Quién me hubiera dado tiempo para atender al desarrollo!

En las tres horas de tren dediqué mis pensamientos a aquellos que han sufrido pleuresía alguna vez. Pero aun a través de la niebla de melancolía pude contemplar la magnífica tierra que atravesaba y

que ocupó también mis sentimientos. El verde oscuro de los valles del norte de Italia, que ningún invierno puede agostar, es hasta hoy un recuerdo vivo en mí.

Mi madre me recibió tiernamente, llorando desde lo hondo de sus alegrías y sus tristezas. Me hizo guardar cama -había olvidado casi que las manos pueden acariciar tan dulcemente-. Estuve en cama y dos meses después pude andar, apoyado en grueso bastón. Al fin recobré mi salud. Desde entonces hasta que partí a América, estuve en casa de mis padres. Ese fue uno de los más felices períodos de mi vida. Tenía veinte años; la mágica edad de las esperanzas y los sueños, aunque para aquellos que, como yo, hojearon prematuramente las páginas del libro de la vida. Me hice de muchos amigos y di libertad de amor que aguardaba en mi corazón.

Ayudaba a cuidar el jardín de mi casa con un entusiasmo que no había tenido nunca en las ciudades.

Pero aquella serenidad fue muy pronto turbada por el más penoso infortunio que puede agobiar a un hombre. Un mal día mi madre cayó enferma. Lo que ella, su familia y yo sufrimos ninguna pluma puede describirlo. El más leve ruido le causaba atroces espasmos. Muchas veces me precipitaba hacia el grupo de jóvenes que se reunía al caer la tarde a lo largo de la calle a cantar alegremente a las primeras estrellas para implorarles al amor de Dios y a la tranquilidad de sus propias madres muchas veces, por conservar, rogué a los hombres que me acompañaran a cualquier parte.

En las pocas semanas últimas de su vida, sus estertores agónicos fueron tan dolorosos que ni mi padre, ni sus parientes, ni sus más queridos amigos tenían el ánimo suficiente para aproximarse a su lado. Me quedé sólo para reconfortarla lo mejor que pude. Día y noche lo pasaba con ella, torturado por el espectáculo de su dolor. Durante dos meses dormí vestido.

Ni la ciencia ni el amor pudieron nada. Al cabo de tres meses de brutal padecimiento expiró en mis brazos. Murió sin haberme sentido llorar. Yo mismo la puse en su ataúd, la acompañé hasta su última morada y fui el primero en arrojar un puñado de tierra sobre sus restos.

Era justo que lo hiciera así, pues era una parte de mí mismo... El vacío que dejara jamás fue colmado.

Pero era demasiado ya. El tiempo, lejos de mitigar la pérdida, la hizo más cruel. Vi envejecer a mi padre prontamente. Me torné solitario, más callado; pasaba los días sin pronunciar palabra, vagando por entre los bosques que bordean Magra. Muchas veces, al pasar por el puente, me detuve largo rato a mirar las blancas piedras del cauce arenoso, pensando que en aquel lecho ellas no tendrían pesadillas.

Este trance angustioso de mi espíritu me decidió a abandonar Italia e irme a América.

El 9 de julio de 1908 dejé a los míos. Fue tanta la tristeza al partir que abracé a mis parientes y los besé sin poder proferir un apalabra. Mi padre también había enmudecido en su propio pensar, y mis hermanas lloraron como al morir mi madre.

Mi partida había llamado la atención del vecindario, y los amigos llenaron la casa. Todos con una palabra de esperanza, una bendición o una lágrima. Luego me acompañaron toda una buena parte del camino, como si un ciudadano hubiera sido desterrado para siempre.

Un incidente está vivo en mi memoria: varias horas antes de la despedida se acercó a darme el adiós una viejecita que conservaba para mí un sentimiento maternal desde la muerte de mi madre. La encontré en la puerta de su casa con la joven esposa de su hijo.

“¡Ah! Has venido, -me dijo-; yo te esperaba. Ve, y que el amor de dios te acompañe siempre. Nunca había visto un hijo que hiciera por su madre lo que tú hiciste; que seas feliz, hijo mío”

Nos besamos, entonces habló la nuerca:

-¡Bésame también! ¡Te quiero tanto; eres tan bueno!- dijo, enjuagando sus lágrimas. La besé y me fui sintiéndola llorar aún tras mí.

Dos días después dejaba Turín por Módano, ciudad limítrofe. Mientras el tren corría hacia la frontera, algunas lágrimas cayeron de mis ojos, tan poco dados a llorar. Así dejé la tierra que me vio nacer; un vagabundo sin patria. Así florecían las bendiciones de aquellas almas sencillas, de aquellos nobles corazones.

EN LA TIERRA PROMETIDA

Después de dos días de ferrocarril a través de Francia y siete por mar llegué a la “Tierra prometida”. Nueva York destacábase en el horizonte con todos sus esplendores y esperanzas. Levanté mi vista de la cubierta de proa fatigado de mirar de uno al otro extremo ese portentoso de la construcción que traía y amenazaba a la vez a las mujeres y a los hombres en la tercera clase.

En la estación de inmigración tuve mi primera gran sorpresa. Ví a los pasajeros de proa manoseados por los oficiales lo mismo que un montón de animales. Ninguna palabra de benevolencia o estímulo que aliviara las aflicciones que agobia pesadamente a los recién llegados a las playas de América. Las esperanzas que llevaban a estos inmigrantes hacia la nueva tierra, marchitábase así al contacto

de torpes oficiales.

Los niñitos, que debían estar alerta con la espera se prendían a las faldas de sus madres, llorando atemorizados. Tan hostil es el espíritu que predomina en la barraca inmigratoria.

Qué bien recuerdo, estando en Batery -en el bajo Nueva York- en seguida de mi llegada, solo, con algunas pobres ropas y muy poco dinero. Hasta el día antes había estado entre gentes que me comprendían. Esa mañana me pareció haber despertado en una tierra donde mi lenguaje equivalía, para los naturales de ese país, poco menos que a expresiones lastimeras de un mundo animal.

¿Dónde ir? ¿Qué hacer?, esta era la *Tierra Prometida*. Las preguntas quedaban sin respuesta. Los automóviles y los tranvías pasaban a mí lado velozmente sin cuidarse de mí.

Había anotado la dirección de alguien y hasta ella me llevó un compañero de viaje. Era la casa de un paisano, en la calle... cerca de Seventh Avenue. Estuve allí un rato, pero era evidente que no había sitio para mí en esa casa, que hervía de seres humanos, como todas las casas de obreros. Profundamente triste dejé aquel lugar a eso de las ocho de la noche, para buscar un sitio donde dormir. Volví sobre mis pasos a Batery, pedí una cama por esa noche en un sospechoso hospedaje, el mejor que pude hallar. Tres días después de mi llegada, al paisano ya mencionado, que era jefe de cocina en un rico club del oeste, calle... frente al Hudson River⁴, me encontró una colocación en su cocina como lavaplatos. Allí trabajé tres meses.

Las jornadas eran largas; el tugurio en que dormía era un horno sofocante y los insectos no me dejaban cerrar los ojos. Casi todas las noches pensaba ir al parque.

Al dejar esta plaza hallé la misma clase de ocupación en el restaurante Mouquin. Las condiciones que hay ahora allí no las conozco. Pero en aquel tiempo -Hace trece años- la cocina era algo terrible, no había la más pequeña ventana. Cuando la luz eléctrica se apagaba por cualquier causa, aquello quedaba en la oscuridad, al extremo que nadie podía moverse sin tropezar con las cosas. El vapor del agua hirviente con que se lavaban los platos, sartenes y vajillas, formaba grandes gotas en el techo, donde tomaba todo el polvo y la suciedad y caían luego sobre mi cabeza, gota a gota. Durante las horas de trabajo el calor era espantoso. Las sobras de la mesa amontonadas en barriles cerca de la despensa, despedían tufos nauseabundos. Los resumideros no tenían comunicación con las cloacas. Por eso el agua podía rebosar hasta el piso. En el centro de la habitación había un desagüe. Todas las noches el canal de evacuación se tapaba y subía hasta que chapoteábamos en un barro pegajoso.

Trabajábamos doce horas un día y catorce al siguiente, más cinco horas extra cada dos domingos. Comida fría, casi impropia para los perros; cinco o seis dólares por semana. Después de ocho meses dejé ese trabajo por miedo a la anemia. Aquel fue un mal año. ¡Que trabajador no lo recuerda!

Los pobres dormían en los quicios de los portales y a la mañana se les podía ver revolviendo los cajones de basuras, buscando una hoja de repollo o alguna patata podrida. Durante tres meses exploré Nueva York a lo largo y a lo ancho, sin hallar trabajo. Una mañana en una agencia de colocaciones, me encontré con un joven más desesperado y desgraciado que yo. Estaba sin comer desde el día anterior y todavía no había desayunado esa mañana. Lo invité a un restaurante, invertí casi todo lo que me quedaba de mis economías en un almuerzo que comió con voracidad. Una vez satisfecho su apetito mi nuevo amigo declaró que era una tontería permanecer en Nueva York. Si él tuviera dinero -decía- se iría al campo, donde había más probabilidades de hallar trabajo, sin contar el aire puro y el sol que tendríamos gratis.

Con el dinero que me quedaba tomamos, el mismo día, un barco a vapor para Hartford, Connecticut. De Hartford salimos para una pequeña ciudad donde mi compañero había estado una vez, y cuyo nombre he olvidado. Marchamos a pie por el camino y por último nos atrevimos a llamar a la puerta de una cabaña. Un campesino americano acudió a la llamada. Le pedimos trabajo, no tenía nada para darnos, pero lo conmovió nuestra miseria y nuestro evidente apetito. Comimos y luego fuimos con él por el lugar, en busca de una ocupación para nosotros, nada pudimos hallar. Entonces lleno de compasión, nos tomó en su pequeña finca, aunque no necesitaba de nuestra ayuda. Estuvimos allí dos semanas. Nunca olvidaré aquella familia americana -Los primeros americanos que nos trataron como seres humanos, a pesar de que venimos de la tierra de Dante y Garibaldi-.

El espacio no me permite referir los pormenores de nuestro vagabundeo en busca de alguien que nos diera un pedazo de pan y agua a cambio de nuestro trabajo. De ciudad en ciudad, de aldea en aldea, de granja en granja. Golpeábamos a las puertas de las fábricas y éramos despedidos: “No hay trabajo... No hay trabajo...” Andábamos realmente hambrientos y sin un céntimo en los bolsillos. Nos sentíamos felices cuando hallábamos un establo abandonado para pasar la noche, esforzándonos por dormir. Una mañana tuvimos suerte. En South Glastonbury un campesino piamontés nos invitó a desayunar. ¿Necesito decir cuán agradecidos le quedamos?

Reconfortados, proseguimos nuestra desesperada búsqueda. A eso de las tres de la tarde llegábamos a Middletown, Connecticut, cansados, desechos, hambrientos, y chorreando el agua de una marcha de tres horas a pie bajo la lluvia.

Al primero que encontramos le pedimos noticias de algunos italianos del norte (mi ilustre compañero era exclusivamente parcial hacia su propia región) y se nos indicó una casa cercana. Golpeamos y nos recibieron dos mujeres sicilianas, madre e hija. Pedimos que se nos permitiera secar las ropas al fuego y asintieron gustosas. Mientras esperábamos, preguntamos acerca de las posibilidades de obtener trabajo por la vecindad. Nos contestaron que por allí no había puntada que dar y nos aconsejaron que fuéramos a Springfield, donde había tres hornos de ladrillo.

Al observar nuestras caras demacradas y el visible temblor de nuestros cuerpos, las buenas mujeres preguntaron si teníamos hambre. Confesamos que no habíamos probado bocado desde las seis de la

mañana. En seguida la muchacha nos acercó un pedazo de pan y un gran cuchillo.

“No tengo otra cosa” -dijo- y sus ojos se llenaron de lágrimas. “Comen en mi casa cinco chicos y mi abuelita. Mi marido trabaja en los ferrocarriles y no gana más de 1.35 dólares al día por hacer las peores tareas, y yo estuve mucho tiempo enferma”

Mientras yo cortaba el pan, ella registró la casa en una desesperada exploración y finalmente descubrió varias manzanas que insistió en que comiéramos. Reanimados, salimos en dirección a los hornos.

“¿Qué puede ser aquello dónde está esa chimenea?” -me preguntó mi compañero-

-Sin duda la fábrica de ladrillos. Vamos y pidamos trabajo.

-¡Oh, es muy tarde ya! -objetó él.

-Bueno, entonces, vayamos a la casa del dueño, -añadí.

-No, no, vayamos a cualquier otra parte. Un trabajo como este te mataría. No hagamos el camino -me respondió.

Era muy claro que en la larga búsqueda infructuosa por hallar ocupación, el compañero había perdido el amor al trabajo. Este estado mental no del todo raro. Los fracasos repetidos, los malos tratos, el hambre y las privaciones, desarrollan en las víctimas de la desocupación una cierta indiferencia hacia su propia suerte. Terrible estado de ánimo que hace de los individuos débiles, tipos perdidos para siempre.

NUEVAS PERIPECIAS: EN LA LUCHA SOCIAL

Casi a la fuerza llevé a mi camarada a la ciudad donde hallamos trabajo seguro en los hornos, una de las más penosas labores que conozco. No resistió él la prueba. A las dos semanas abandonó el trabajo. Yo me quedé allí diez meses. Las tareas estaban ciertamente por encima de mis fuerzas, pero había muchas alegrías después de la jornada. Existía toda una colonia de naturales de Piamonte, Toscana y Venecia que llegó a ser casi una familia.

Por la noche, las miserias se olvidaban. Algunos tocaban algo el violín, el acordeón o cualquier otro instrumento. Otros preferían entregarse a la danza; -yo, desgraciadamente, nunca sentí inclinación hacia ese arte, y me quedaba sentado mirando. Siempre he gozado de las alegrías de los demás.

Había muchos enfermos en la pequeña colonia, y yo mismo tuve una recaída, con ataques de fiebre que se sucedían en forma intermitente. Raro el día que no cayera alguno enfermo. Desde entonces en adelante tuve algo más de suerte. Fui luego hasta Meriden, Conecticut, donde trabajé en las canteras.

Dos años en las canteras, haciendo la más penosa labor; pero vivía con un matrimonio de ancianos, ambos toscanos, y sentía un gran placer aprendiendo su hermoso dialecto.

Durante los dos años que pasé en Springfield y en Meriden otras muchas cosas aprendí, además del toscano. Aprendí a amar y a simpatizar con aquellos que como yo estaban resueltos a aceptar un salario mísero con tal que conservara el cuerpo y dejara en salvo el espíritu. Aprendí que la conciencia de clase no era frase inventada por los propagandistas, sino que representaba una fuerza vital, real, y que aquellos que comprenden su significado no son ya simple bestias de carga, sino seres humanos.

Hice amigos por todas partes, nunca tan conscientemente. Quizá ellos, que trabajaban a mi lado en las canteras y en los hornos, vieran en mis ojos la profunda pena que sentía por sus destinos, y los vastos sueños de un mundo mejor que embargaban a mi mente desde entonces.

Mis amigos me aconsejaron que volviera a mi oficio de pastelero. Los trabajadores inexpertos, insistían, eran los animales más humillados de la organización social; no tendría que comer ni sería respetado si persistía en ese trabajo. Un paisano (que estuvo en Nueva York) añadió sus súplicas a las de mis compañeros. De modo que volví a Nueva York, y encontré ocupación inmediatamente como ayudante pastelero del chef del restaurante Sovarin, en Broadway. A los seis o siete meses fui despedido nuevamente. Entonces supe la razón de estas extrañas destituciones. Los chef estaban por aquel tiempo en relación con los agentes de colocación, de modo que por cada hombre que colocaban recibían una comisión.

Mientras más eran los despidos, más comisiones cobraban.

Los paisanos que me hospedan me rogaron que no desesperara. “Sigue con tu oficio”, protestaron, -“Mientras tengamos casa, cama y comida que ofrecerte, no te impacientes. Y cuando necesites dinero no vaciles en decírnoslo”.

Grandes corazones entre el pueblo, ¡oh, sí, fariseos!

Durante cinco meses recorrí nuevamente las calles de Nueva York; imposible hallar ocupación en mi oficio, o siquiera de lavaplatos. Por último di con una agencia de Mulberny Street, que pedía hombres para trabajar con pico, y pala. Me ofrecí y fui ocupado. Fui llevado junto con otro montón

de harapientos a barranca en los bosques cercanos de Springfield, Massachussets, donde había una línea férrea en construcción. Allí trabajé hasta que pude reunir una reserva y pagar una deuda de cien dólares que había contraído durante los meses que anduve desocupado. Entonces me fui con otro compañero a otra barranca, próxima a Worcester. Allí estuve algo más de un año trabajando en varias factorías. Adquirí muchas amistades, que recuerdo con profundo e inalterable cariño y la más emoción. Había entre ellos algunos obreros americanos.

De Worcester pasé a Plymouth (hace unos ocho años de esto) que fue mi residencia hasta el día que me arrestaron.

Aprendí a considerar con un real afecto aquel lugar, porque con el tiempo fue cada vez más el afecto el pueblo preferido por mi corazón, las gentes con quienes comía, los hombres que trabajaban a mi lado y las mujeres que últimamente me compraban la mercancía que vendía por las calles.

De paso, déjenme decir lo grato que es sentir que mis compañeros de Plymouth respondieran con amor al afecto que yo tenía por ellos. No solamente porque ellos han sostenido mi defensa -el dinero después de todo, es insignificante- sino por haberme expresado directa e indirectamente su fe en mi inocencia. Aquellos que se reunieron alrededor de mis buenos compañeros del comité de defensa, no eran simplemente obreros, sino también hombres de negocios que me conocieron, y no exclusivamente italianos, pues también había judíos, polacos, griegos y americanos.

Bien; yo trabajé en la casa Stone, y luego en la Cordage Company, durante ocho meses.

Por mi activa participación en la huelga de obreros cordeleros de Plymouth, era evidente que para mí no podía haber ocupación allí... Como una situación de hecho, por mi participación más frecuente en las listas de oradores de grupos de todas las clases, se me hizo más y más difícil hallar trabajo en ninguna parte. Tanto, que en ciertas fábricas se me consideraba como definitivamente puesto en la "Lista negra"

Sin embargo, de todos los patrones que tuve, ninguno podrá negar que yo era un obrero industrioso y serio, cuya única falta grave era que trataba penosamente de acercar un poco de luz a las oscuras vidas de mis compañeros de trabajo.

Por algún tiempo desempeñé una pesada ocupación en la empresa de construcción de Sampson y Douland, en la ciudad. Puedo decir también que he participado en las más importantes obras públicas de Plymouth. Casi todos los italianos de la ciudad, y los mismos capataces de los varios trabajadores en que me ocupé, pueden atestiguar mi laboriosidad y la modestia de mi vida durante ese periodo. Yo estaba profundamente ocupado en aquellos momentos en cosas del espíritu, en la gran esperanza que animaba y anima a mi alma, aun aquí en la sombría celda de la prisión, mientras espero la muerte por

un crimen que no he cometido.

Mi salud no era buena. Los años de rudo trabajo y los más terribles períodos de desocupación me habían quitado mucho de mi vitalidad original. Había desechado toda medida saludable para prolongar mi vida.

Unos ocho meses antes de mi detención -más o menos- un amigo me dijo: “¿Por qué no compras el carro, los útiles, la balanza y sales a vender pescado, en lugar de seguir bajo el yugo de los patrones?”

Aproveché la oportunidad y me transformé en un vendedor de pescado apasionado por la independencia.

En aquel tiempo, 1919, el deseo de ver una vez más a los míos y la nostalgia de la tierra que guarda a mi madre, inundaron a mi corazón. Mi padre, que no me escribía una carta sin repetirme la invitación, insistió más que nunca, y mi querida hermana Luigia se unió a los deseos de mi padre.

Los negocios no iban muy mal, pero trabajaba como bestia de carga, sin descanso, día tras día...

En diciembre 24 (1919) vísperas de navidad fue el último día que vendí pescado aquel año. Tuve un día de mucha animación, pues todos los italianos compraban anguilas ese día para las fiestas de vigilia. El lector ha de recordar que fue una navidad sumamente fría, y que el tiempo riguroso no cesó hasta después de los días festivos.

Empujar un carro no es un trabajo muy animado. Estuve un tiempo algo más fortalecido aunque el trabajo no fuera menos frío.

Encontré ocupación unos pocos días después de navidad como cortador de hielo en lo de mister Petersen. Un día que este no tenía trabajo me tomaron en la Electric house, para trabajar en el carbón. Cuando el trabajo del hielo se terminó, obtuve un empleo con el señor Horoland, para cavar fosas, hasta que una tormenta de nieve me hizo otra vez un hombre desocupado. Pero por muy pocas horas. Me encontré en la ciudad para limpiar las calles de la nieve y, terminando esto, ayudé a librar de nieve las líneas férreas. Luego me tomaron nuevamente en la Sampson construcción, que preparaba un acueducto para la Puritan Woolwn Company. Permanecí allí hasta que se terminó el trabajo.

Una vez más me encontré sin ocupación. Las huelgas ferroviarias habían interrumpido el abastecimiento de cemento, de modo que no podía proseguirse las obras en construcción. Retorné a

mi oficio de vendedor de pescado, siempre que pude obtenerlo, porque la venta estaba limitada.

En abril nos pusimos de acuerdo con un pescador para trabajar juntos. Pero no se llegó a nada. Porque el 5 de mayo, cuando preparábamos un gran mitin de protesta por la muerte de Salcedo -obra del departamento de policía- fui arrestado. Mi buen amigo y camarada Nicolás Sacco estaba conmigo.

“Otro caso más de deportación”, nos dijimos.

Pero no fue así. Las terribles inculpaciones que todo el mundo conoce ahora, eran motivo. Yo fui acusado de un crimen en Bridgewater, y condenado a los once días de iniciado el proceso, por el más escandalosamente falso de los juicios que jamás haya presenciado, y sentenciado a quince años de prisión.

El juez Webster Thayer, el mismo que presidiera el tribunal asesino, impuso la sentencia. No hubo una sola vibración de simpatía en su acento cuando pronunció la condena. Al escucharlo me sorprendió: ¿por qué me odiaba así? ¿No es posible suponer un juez imparcial?

Pero ahora creo saberlo; yo debía ser para él un extraño animal; un simple obrero; un extranjero, y, además, un extremista. ¿Y por qué ocurría que todos mis testigos, gentes sencillas que estaban ansiosas de decir la verdad eran mal miradas y blanco de burlas y risas? Ninguna confianza merecían sus palabras, por que ellos eran también vulgares extranjeros...

El testimonio de un ser humano es aceptable, merece consideración, pero ¿el del extranjero?... ¡Psh!

MI VIDA INTELECTUAL Y MIS IDEAS

Necesito volver sobre mis pasos un momento. He referido los hechos materiales de mi historia. La verdadera y profunda historia no está en las circunstancias exteriores de la vida de un hombre, sino en el despertar interno de su alma, de su mente y su conciencia.

Fui a la escuela desde los seis años de edad hasta los quince. Amaba el estudio apasionadamente. Durante los tres años transcurridos en Cavour tuve la fortuna de estar cerca de personas instruidas. Con su ayuda estudié cuanto publicación caía en mis manos. Mi superior estaba suscrito a un periódico católico de Génova.

Creo que fue una suerte, porque yo era entonces un ferviente católico.

En Turín no tuve amigos, salvo los compañeros de trabajo, jóvenes empleados y peones.

Mis compañeros se decían socialistas y se mofaban de mis ideas religiosas, llamándome hipócrita y beato.

Un día llegué a tener pelea a puñetazos con uno de ellos.

Entonces estaba más o menos al corriente de todas las escuelas del socialismo, y creo que ellos no sabían muy bien el valor de esa palabra. Se llamaban socialistas por simpatía a De Amicis (en aquel tiempo en la cumbre de su gloria de escritor), y por razones y espíritu de lugar y tiempo.

Tan real fue el efecto del ambiente que yo también comencé a amar el socialismo sin conocerlo, creyéndome yo mismo un socialista.

Considerando bien todas las cosas, el grado de evolución de aquellos hombres fue un beneficio para mí que aproveché grandemente.

Los principios del humanismo y de la igualdad de derecho empezaron a abrir brecha en mis sentimientos. Leí Corazón, de Amicis, y luego sus Viajes y Amigos.

En la casa había un libro de San Agustín. De él, esta sentencia permanece indeleble en mi memoria: “La sangre de los mártires es la simiente de la libertad”. Encontré también los novios, que leí dos veces. Finalmente puse las manos en una polvorienta Divina Comedia. ¡Ay de mí! Mis dientes no estaban hechos para tal hueso; sin embargo, comencé a roerlo desesperadamente, y creo que con algún provecho.

En los últimos días de mi permanencia en Italia aprendí mucho del doctor Francis, del químico Scrimaglio y del veterinario Bo. Ya comenzaba a comprender que la plaga que más cruelmente castiga a la humanidad es la ignorancia y la degeneración de los sentimientos humanos. Mi religión pronto no necesitó templos, altares, ni oraciones formales. Dios fue para mí un perfecto ser espiritual, desprovisto de todo atributo humano. Aunque mi padre me decía siempre que la religión era necesaria para la moderación de las pasiones y para consolar al ser atribulado, yo encontré en mi propio corazón el sí y el no de las cosas. En esta actitud mental crucé el océano.

Llegado a América padecí todos los sufrimientos, desengaños y privaciones que son inevitables para quien desembarque a los veinte años, ignore la vida y sea algo soñador. Aquí vi todas las brutalidades de la vida, todas las injusticias y las depravaciones en que se debate trágicamente la humanidad.

Pero, a pesar de todo, logré fortalecerme física e intelectualmente. Aquí estudié obras de Pedro Kropotkin, Gorki, Merlino, Malato, Reclus. Leí el capital de Marx y las obras de Leone y Cabriola. El testamento político de Carlos Pisacene, los deberes del hombre de Manzini y muchos otros escritos de interés social.

Aquí leí periódicos de todas las tendencias socialistas, religiosas y patrióticas. Aquí estudié la Biblia, la Vida de Jesús, de Renany Jesús no existió nunca de Miselbo. Aquí la historia griega y romana de los Estados Unidos, de la revolución Francesa y de la revolución Italiana. Leí a Darwin, Spencer, Laplace y Flammarion. Volví a la Divina comedia y a la Jerusalén libertada, releí a Leopardó y lloré con él. Leí los libros de Hugo, de Tolstoi, Zola y Cantú, las poesías de Giusti, de Guerrini, de Raspisardi y Garducci.

No me creas, querido lector un de ciencia; sería un error. Mí instrucción fundamental era muy incompleta y mi capacidad mental muy reducida para asimilar tan vastos materiales.

Debo recordar que yo estudiaba a la par que trabajaba todo el día y que no poseo ninguna aptitud mental innata. ¡Ah, cuántas noches me quedaba sobre algún libro hasta el amanecer, a la luz vacilante del gas!

Apenas ponía mi cabeza en la almohada cuando sonaba el silbato y debía marchar a la fábrica o a la cantera

Pero recogí de mis estudios una continuada e inexorable observación sobre el mundo. El libro de la Vida: ¡ese es el libro de los libros!

Todos los demás no hacen más que enseñar a leer aquél. Y muchas veces, estos otros, enseñan precisamente lo contrario.

La meditación de estos grandes libros orientó mis actos y mis ideas. Negué el principio de: Cada uno para sí y dios para todos. Defendí al débil, al pobre, al oprimido y al perseguido. Admiré el heroísmo, la voluntad y el sacrificio cuando tenía por objeto el triunfo de la justicia. Comprendí que bajo el nombre de Dios, de la ley, de la patria o de la libertad, de las más puras abstracciones y de los más elevados ideales, se han cometido y se cometen los crímenes más horrendos; hasta que llegue

el día en que no se permite a una minoría satisfacer a la humanidad en nombre de una abstracción. Comprendí que el Hombre no puede despreciar impunemente las leyes no escritas que gobiernan la vida, y que no pueden romper los lazos que lo unen al universo. Comprendí que las montañas, mares, ríos llamados “fronteras naturales” estuvieron formados antes que el hombre y no con el objeto de dividir a los pueblos.

Abarqué el concepto de fraternidad y amor universal. Sostuve que cualquier cosa que beneficie o perjudique al hombre, beneficia o perjudica el conjunto de la especie humana. Sentí mi libertad y mi felicidad en la libertad y la felicidad de todos. Admití que la equidad en los actos, en los derechos y deberes es la única moral en que puede fundamentarse una sociedad humana. Comí mi pan con el sudor de mi frente. Ni una gota de sangre mancha mis manos y mi conciencia.

Comprendí que la finalidad suprema de la vida es la felicidad. Que la base eterna e inmutable del bienestar humano está en la salud, en la paz de la conciencia, en la satisfacción de las necesidades y en la sinceridad de la fe. Comprendí que cada individuo tiene dos “yo”, el real y el ideal; que el segundo es la fuente de todo progreso y que quien desee hacer el primero idéntico al segundo está en un error. En una misma persona la diferencia entre esos “egos” es siempre la misma, porque guardaban la misma distancia, ya se hacia un sentido progresivo o regresivo.

Comprendí que el hombre no es nunca suficientemente modesto, y que la verdadera sabiduría está en la tolerancia.

Quiero un techo para cada familia, pan para todas las bocas, instrucción para cada mente, luz para todas las inteligencias.

Estoy convencido que la historia no ha comenzado todavía; que nos hallamos aún en el último período de la prehistoria. Veo con los ojos de mi alma cómo se ilumina el cielo con las luces del nuevo milenio.

Sostengo que la libertad de conciencia es tan inalienable como la vida. Siento con todas mis fuerzas que el espíritu humano se orienta hacia el bien de todos.

Sé por experiencia que los derechos de los privilegiados vivirán y se sostendrán por las fuerzas que la humanidad se haya perfeccionado a sí misma.

En la historia real de la humanidad futura -una vez abolidas las clases y el antagonismo de los intereses- el progreso y el cambio serán determinados por la inteligencia y mutua comprensión.

Si nosotros y las venideras generaciones no llegamos a acercarnos a ese ideal, no habremos obtenido nada de efectivo y la humanidad continuará siendo miserable y desgraciada aun.

Yo soy y seré hasta el último minuto (a menos que descubra mi error) comunista anárquico, porque siento que el comunismo es la forma de contrato social más humana, porque sé que solamente en la libertad podría surgir el hombre a su noble y armoniosa integridad.

¿Y ahora?

A los treinta y tres años de edad -los que tenía Cristo, que según algunos sabios alienista es la edad de los delincuentes generalmente- estoy encerrado en la prisión y prometido a la muerte. No obstante, pueda yo recomenzar “las jornadas de la vida” y pisaré el mismo camino, tratando siempre de abreviar la suma de mis faltas y errores y de multiplicar mis buenas obras.

Envío a mis camaradas, a mis amigos, a todos los hombres buenos un fraterno abrazo y mi cordial y caluroso saludo.

Charlestown - 1921

UNA VIDA

Nicolás Sacco

Nací en torre Maggiore, en la provincia de Foggia, el 23 de abril de 1891. Viví hasta los 17 años rodeado de la afección de mis padres; ninguna nube vino a turbar la serenidad de las buenas relaciones entre los míos.

A la edad de la adolescencia, trabajaba con mis hermanos y con mi madre en la propiedad paterna.

Pero la precariedad en la cual se debate la existencia de todo pequeño propietario en Italia, la curiosidad natural en todo adolescente, el deseo de afrontar lo desconocido, de experimentar sensaciones nuevas , de crear para sí, por su actividad, por su clarividencia, un mundo en el cual cada uno pueda reivindicar su derecho a la existencia, me impulsaron a emigrar.

La América estaba indicada como la Tierra Prometida.

Llegué, luego, a América, casi ignorante de las cuestiones políticas y de las múltiples y multicolores tendencias; tenía únicamente una cierta simpatía por Manzini, y, por reflejo, por el ideal que él había enseñado y agitado. Si, en ese momento, hubiera debido ir a un partido para aportar mi modesto esfuerzo, no hubiera vacilado en declararme republicano.

Vine a América en 1908. Fue un año terrible de desocupación, de miseria de hambre. Experimenté ya mis primeras desilusiones.

En Italia había tenido ocasión de aprender algo de mecánica. Llegado a América esto no servía de nada. Los italianos, en esta época, estaban todos descartados de las fábricas. Un prejuicio que la avidez gigantesca engendrada por la guerra ha expirado en parte, hacía que el trabajo de usina estuviera considerado como un privilegio no perteneciente sino a los yanquis puros.

Hube de contentarme con hacer de mozo de agua (Water boy) con el empresario italiano Janitello, de Middford, Massachussets.

De ahí volví a Middford y encontré la ocupación de “edge trimming” en la fábrica de calzado de Kelley. Estuve en ella siete años. Fueron después de aquellos pasados en el seno de mi familia, los años más tranquilos y más dichosos de mi existencia. Es ahí que conocí aquella que vino a ser mi mujer, mi querida Rosina...

Y perdónenme el paréntesis. Vosotros que sois hombres que lucháis como yo, por una humanidad más apta para crear y conservar los más altos sentimientos de afección y de amor comprendéis el estado de alma en que me encuentro al pensar en la buena compañera que ha sabido sostenerme en mi arduo calvario.

La conocí cuando murió mi madre. Nuestro amor fue un alba poderosa sobre el declinar de una vida; se acreció en las vicisitudes de la lucha a la cual yo me había entregado y no parece ni aun si la infame mascarilla reservada a los crímenes debe abatir mi juventud robusta.

En Middford tuvimos un hijo: Dante.

Yo me lancé en cuerpo y alma a la pelea; me hice el organizador de mítines y conferencias; pertencí durante poco tiempo a la Federación Socialista Italiana. Poco después, deseando más aire, no queriendo perderme en las luchas estériles que debían alcanzar su apogeo con la exaltación de una unidad obrera, fui dirigido por un ardor y voluntad de acción hacia las agrupaciones libertarias, hasta el día nefasto en que las manos impúdicas de los esbirros me capturaron y me designaron a las represalias del enemigo, y llegué a la jaula en que se me mantiene injustamente -aun según la justicia

más ortodoxa- fuera de la humanidad.

El 5 de mayo, cuando con mi camarada y amigo Vanzetti venía de organizar un mitin de protesta contra la encarcelación arbitraria de que fueron víctimas Roberto Elia y Andrés Salcedo (este último asesinado por los agentes de la policía federal) justamente ese día, fui arrestado y conducido a prisión.

¿De qué era inculpado? De un infame, de un atroz crimen que mi cerebro no podía concebir.

Mi crimen, el único crimen, del que soy y estoy orgulloso, es el de haber soñado una vida mejor, hecha de fraternidad, de ayuda mutua; de ser, en una palabra, anarquista, y por ese crimen tengo el orgullo de terminar entre las manos del verdugo. Pero que tengan luego el coraje de decirlo, de gritar al mundo -Los gobernantes y los asalariados de los Estados Unidos- que habiendo adquirido su independencia en nombre de la libertad, ellos pisotean esa libertad en todos los actos de su existencia.

Yo moriré dichoso de añadir mi nombre oscuro a la lista gloriosa de los mártires que han creído en la revolución social y en la redención humana.

SUS ESCRITOS

UN LINCHAMIENTO PERIODÍSTICO

Bartolomé Vanzetti

Fuimos arrestados en la noche del 5 de mayo de 1920. En la mañana que siguió a esa noche, todos los diarios de Boston y de Cape Cod anunciaron nuestra detención en la primera plana, con el título siguiente a toda página y en tipos enormes “Se arrestó anoche a los dos bandidos de Braintree”. Ni más ni menos. Y había que leer qué cuanto espeluznante tejieron bajo ese título para satisfacer la morbosidad del público. Este había sido informado inmediatamente que “los presuntos bandidos de Braintree son rojos italianos conocidísimos y directores de huelgas”. Pero eso fue realizado por los diarios de la mañana, en la primera edición del 6 de mayo.

Después de un anoche horrible, sin descanso, soportando tormentos, amenazas, burlas e insultos fuimos, maniatados y escoltados por varios policías, a su oficina de fotografías en Main Street, Brockton, en la mañana del 6 de mayo. Estábamos enfermos, disgustados, ofendidos lastimados; nuestra ropa estaba sucia y arrugada, nuestro cabello desgredado. Sólo los que han soportado el proceso que nosotros estábamos entonces sufriendo pueden darse cuenta en qué estado físico y moral nos encontrábamos. Ya en el estudio fotográfico, mientras la policía nos escarnecía, éramos fotografiados varias veces y en diversas posiciones. Con el sombrero puesto y sin él, de perfil y de frente, de pie o sentados en sillas sin respaldo. Entonces la policía eligió las dos peores fotografías para entregarlas a la prensa. El fotógrafo, un empleado de policía, fijó intencionalmente los negativos con su magistral retoque, añadiendo así su granito de arena en ayuda de la “justicia”. En el mismo día se reprodujeron las dos fotografías en toda la prensa; dos caras que habrían rehabilitado una galería de bribones, con nuestros nombres bajo ellas. Todo hombre bien nacido se habría estremecido al mirar esas dos fotografías, y todo individuo que no nos haya conocido en persona, debe haber pensado: “¡Qué tipo de asesinos tiene esos dos hombres!” Este expediente de horribles fotografías es una artimaña empleada a menudo contra los extranjeros que la policía tiene entre ceja y ceja.

Las últimas ediciones nocturnas de los diarios fueron aún más virulentas y frenéticas contra nosotros. Los tipos rojos del encabezamiento se hacían más venenosos, la historia, más sensacional y aun más incierta.

La prensa capitalista, temerosa de Dios y acatador de la ley, estaba excitando sádicamente, provocando locamente contra nosotros, y eso se creía a ciencia cierta por una población conmovida hasta el pánico por una serie de robos y de asesinatos, histérica ya contra los rojos y los extranjeros, con el instinto de la propia defensa, las morbosidades psicópatas, los impulsos primitivos, degeneración, miedo, odio, prejuicio, patriotismo, celos; y estaba haciendo todo eso con un martilleo tan violento y persistente que hubiera echado abajo una montaña. Y todo ello en el segundo día de nuestra detención.

Fue en la noche del segundo o del tercer día de nuestro arresto cuando leí en la primera plana de un diario, un título a toda página y en tipos rojos. “El pueblo trató de linchar a Sacco y Vanzetti”.

Brevemente contando lo que ocurrió fue que por la mañana un poco antes de que los presuntos bandidos fueran llevados al tribunal, muchos ciudadanos rabiosos se habían reunido cerca de la comisaría y la asaltaron intentando linchar a los detenidos, pero fueron rechazados por la policía. Estas nuevas me asombraron.

En esa mañana, antes de ser llevados al tribunal, no habíamos oído nada de extraordinario, nada que pudiera haber inducido a uno a pensar o a sospechar en un linchamiento, ningún grito de una multitud rabiosa, ningún ruido de una lucha colectiva. En el tribunal vimos muchas caras abiertamente amigas

y llenas de simpatía, pero no vimos ni notamos nada de hostil en los que se hallaban presentes. Al ir y al volver de los tribunales no vimos ni oímos nada anormal, y hasta ese mismo momento ni una palabra se nos ha habido dicho a cerca del frustrado linchamiento. Dos veces, a partir de ese momento, pregunté a dos amigos si eso era verdad. El primero permaneció triste ante mi pregunta y respondió negativamente. El segundo también lo negó. No sé si este último me dijo la verdad o si la negó a propósito para ahorrarme la pena de saber que el pueblo había tratado de lincharnos. Sé que el segundo hubiera negado aun si hubiera sido un hecho para no herir mi vanidad. De modo que todavía no sé, después de seis años, si ese intento de linchamiento fue verdadero o falso. Si fue cierto, diré que esa gente había sido azuzada para lincharnos por la campaña de la prensa contra nosotros. El hecho de que éramos casi desconocidos para el pueblo de Brockton, que ninguno de aquellos que nos conocían se hubieran unido con la multitud frenética, así como lo probó su pronta y constante solidaridad; que nadie nos había identificado en ese momento como los bandidos, que cuando Sacco y Orciani fueron llevados después a South Braintree y obligados a reconstruir el robo en el lugar y ante la vista de toda la población, ninguno de ellos fue amenazado ni insultado, todo prueba irrefutablemente que si el anunciado intento de linchamiento fue un hecho, había sido pura y llanamente determinado por la prensa.

Por otra parte, si el pueblo no intentó lincharnos, entonces las falsas noticias de ello, propaladas y consentidas por todas partes por la prensa capitalista de muestra que el fin de la prensa era determinar nuestro linchamiento y, habiendo fracasado en obtenerlo por medio de su lenguaje violento contra nosotros, por sus espeluznantes historias, recurrió a una cuestión directa, a una invitación al linchamiento, por medio de noticias falsas, como si se dijera al pueblo: “Todavía no habéis linchado a los bandidos –hacedlo ahora”

No creo que todos los que colaboraron en el linchamiento periodístico fueran manifestantes sinceros y conscientes de lo que estaban haciendo. La policía había forjado una teoría, basando nuestra culpabilidad en el hecho de nuestra presencia en Johnson House, y de esa casa, de una especulación mental a la otra, nos llevaron al crimen de Braintree. Ahora bien, desde que era cierto que estuvimos en Johnson house, y desde que, cuando uno acepta la base de una teoría también acepta todos sus accesorios y superestructuras, es probable que alguno de nuestros posibles linchadores obraran de buena fe en el comienzo. Pero es cierto también que algunos de ellos fueron hombres de mala fe y lo han seguido siendo contra nosotros.

Por un número indefinido de causas y motivos, la policía y todo el elemento social que vive a salto de mata y tienen su pasar al margen del código criminal, husmeó instintivamente una condena en nuestro caso. Por lo que ha llegado hasta nosotros, sabemos que se ha dado el concepto de premios de 70.000 a los... que figuraron nuestro proceso. Por supuesto, cada bribón de nacimiento, cada venal, cada rufián, cada ambicioso se dio cuenta enseguida que no tenía que perder y todo que ganar en abusar de nosotros y dañarnos, de modo que ocurrió, que la peor policía fue ayudada por la peor escoria; que cada uno ayudó a los mercenarios de la prensa capitalista; la peor policía y escoria social se ayudaron recíprocamente para obtener nuestra condena. No conocía límites.

Era como si cada pícaro y cada bribón tuviera su propia historia para echárnosla encima. La prensa recogía todo, perfeccionando, corrigiendo, magnificando cada cuento, haciéndolo coherente y puliendo tanto como le fuera posible, divulgándolo a los cuatro vientos, alimentando en esta forma al público así como se alimenta a ciertos animales con pasto elegido.

Y así, durante una semana, la prensa capitalista estuvo machacando. Los títulos a toda plana se hacían cada vez más envenenados. Las historias relacionadas con nosotros, cada vez más sensacionales, procesables y pasibles de pena; su lenguaje más despreciativo y virulento, más sádico y feroz. Cada detalle de esas historias con las que la prensa alimentaba al público, nos relacionaba a nosotros de un modo u otro con el crimen.

Ninguno de los ordinarios lectores y creyentes de la prensa capitalista hubieran podido resistir tal campaña y no creer cierta nuestra culpabilidad. Este linchamiento periodístico fracasó al querer determinar nuestro linchamiento físico por medio de una multitud frenética, pero, en cambio, tuvo éxito en determinar un linchamiento legal como ha sido nuestro caso, porque es esto lo que nos ha condenado en el corazón y la mente de los entonces futuros jurados.

Sé que nuestros enemigos podrían responder: “Ustedes no fueron juzgados por la prensa capitalista, ustedes fueron juzgados por nuestros procesos basado en la ley; ustedes han tenido amplia publicidad en su ayuda”. Y también sé que los ladrones y rufianes, los estafadores y bribones que gobiernan el mundo y el destino humano abrirán la boca como papanatas y aprobarán tácticamente la presunción de los fraguadores de nuestro proceso y futuros verdugos. Pero los que tienen experiencia, los que por desgracia han sido juzgados y han comprendido, saben perfectamente que los prejuicios, la pre impresión y las pre simpatías de los jurados son factores primordiales en su decisión subsecuente, porque ellos, los jurados, oyen, ven, perciben y comprenden a través de ellos mismos, y obraron en consecuencia cuando fueron citados y empezó el proceso.

Recordad que la lapidación moral periodística tuvo lugar en una época anormal y patológica de pánico colectivo y en estrecha relación con el ambiente antirojo y antiextranjero, cuando todos creían que las adherentes a tendencias avanzadas eran capaces hasta de cometer crímenes; más aun, esas ideas eran consideradas en sí mismas como crímenes. Recordad que la fiscalía había rehusado insistentemente citar como jurados a todos aquellos en quienes, la parte acusadora lo sabía, no se podía tener confianza para que se sentaran junto con los hombres seleccionados por la policía de la región y que eran enemigos mortales nuestros, “caracterizados e inteligentes ciudadanos”. Ciudadanos inteligentes y caracterizados. Americanos cien por cien, que creían y apoyaban a la prensa patriótica y defensora del linchamiento.

Hoy en día, después de seis años de proceso, estamos convencidos de que solamente el hecho de haber estado trabajando para una firma capitalista en el momento del crimen, nos podía haber salvado, como salvó a Orciani de las consecuencias mortales de la fotografía criminal de la prensa, haciendo campaña para que se nos condenara, comportándose cada vez más en forma más

ignominiosa. Hoy en día, solamente la voluntad de los trabajadores, de los revolucionarios puede detener la mano de los verdugos, quienes anhelan nuestra pronta ejecución, deleitándose en exasperarnos, apasionándose por nuestra muerte.

En la realidad histórica, realidad que es el orden del tiempo y de la naturaleza de las cosas -esta conspiración periodística de quietud, que va a ser el tema de este capítulo, fue la inevitable consecuencia del linchamiento periodístico descrito anterior: una necesidad de lo que en su “conjunto” ha sido un asesinato periodístico, perpetuado en nuestras personas por la hostilidad de la prensa reaccionaria de Boston y de Cape Cod, en particular.

Un hombre inteligente e ilustrado, pero joven y, por consiguiente, inexperto, con el que yo argumentaba sobre este asunto, meneó la cabeza y dijo:

“Todo esto no ha sido premeditado ni hecho por resentimiento personal u hostilidad, sino por nada más que el interés profesional y el deber, independientemente de planes anteriores o ulteriores consecuentes”.

Si esta fuera toda la verdad, el periodismo no sería más que puro sensacionalismo, hecho exclusivamente por el afán de lucro; la campaña mortal contra nosotros llevada a cabo con la única intención de hacer dinero; los periodistas serían hombres privados de todo sentido de responsabilidad, de humana solidaridad, de justicia, de conciencia, prosperando meramente sobre la aberración humana, las desgracias, la miseria y la desdicha -una imposibilidad.

Admitimos que el periodismo amarillo es en nuestros días de galopante e histórica transición, una enorme fuente de ingresos y de perversión, por consiguiente de conservatismo y reacción, porque todo lo que degrada a los seres humanos o impide su perfección o la verdad es, por consiguiente, antirrevolucionario y regresivo. Pero nosotros negamos que la declaración de nuestro amigo sea toda la verdad sobre el periodismo; no es más que una fracción de él, porque aun el periodismo sensacional es algo muy diferente del sensacionalismo. Y, de otro modo: ¿Cómo explicar que muchos de los diarios que se dicen francos, decentes, honestos, serios, sanos, respetuosos de sí mismos, fueran más rabiosamente sádicos y deshonestos contra nosotros -y eso editorialmente- que los amarillos? Esto puede ser explicado solamente por un conocimiento exacto de los fines y funciones principales de la prensa plutocrática y reaccionaria.

El tema de nuestro escrito es el comportamiento de la prensa en nuestro caso y ahora hemos alcanzado un punto en que el periodismo se hace un tema transitorio, peor que se impone; por otra parte, los dos asuntos son tan afines, están tan relacionados y entrelazados que el lector no podría comprender la significación real de nuestras palabras sin tener una idea exacta de lo que nosotros creemos que es el periodismo.

Esto nos obliga a explicar la concepción que nos hemos formado de la prensa, para aclarar de este modo la significación de nuestras propias palabras y evitar alguna eventual falta de comprensión.

El tema es vasto como el mundo, complejo e intricado como las probabilidades de la misma existencia humana; merecedor de que lo trate un genio. Pero nosotros solo somos “bajos tipos de trabajadores italianos” y nos limitaremos a lo que es más estrictamente necesario para nuestro tema.

Sentemos la idea de que el hombre general, colectivo de “prensa” significa todos los periódicos, semanarios, magazines, revistas y boletines del mundo y que cada uno de ellos defiende el interés o los intereses de los individuos, o de los grupos, locales, regionales, internacionales o mundiales; sustentando alguna profesión, comercio, secta, partido, religión o fisiología -sea lo que fuese.

Si esto es verdad, y nos parece irrefutable, aquí estamos: Todos los intereses en conflicto, desde los locales hasta los mundiales, todo lo que está en conflicto. Localismo, regionalismo, patriotismo, imperialismo, nacionalismo, internacionalismo y mundialismo, todos los grupos, sectas, partidos, religiones y filosofías que se entrechocan, todas las rivalidades y antagonismo y diferencias del mundo son voceadas en seguida y en seguida aprobadas o desaprobadas, combatidas o defendidas, ensalzadas o condenadas por la prensa, considerada como un todo.

A todo esto, añadid el irrefutable hecho de que cada localismo, regionalismo, nacionalismo, etc., etc., cada secta en pugna del mundo, tienen sus propias alas de la izquierda o de la derecha, su centro, sus propias diferencias internas, antagonismos y rivalidades, de modo que no sólo hay un conflicto general entre las unidades que forman la prensa, sino también el propio antagonismo, confusión, el propio conflicto en cada unidad y debemos concluir que la prensa, considerada en conjunto, es la Babel del siglo XX, el campo de lucha del intelecto, el Eco de esta “edad de confusión”.

Colaboradores ocasionales y excepcionales solo hacen más grande la confusión, por medio de insinuaciones y sugerencias cuyo significado sólo ellos conocen.

Esto es suficiente para nuestro propósito, como la prensa tomada en un conjunto. Ahora consideraremos un diario particular relacionado con el propósito, fin y política hacia los que endereza su comportamiento y norma de conducta.

La publicación de varios diarios es una empresa comercial ya sea de un individuo, de un grupo, de un partido, una religión o un gran poder financiero. Todas estas diferentes posibilidades no implican diferencias apreciables en cuanto al carácter y conducta de un diario. Cada diario tiene un director,

un cuerpo editorial, un cuerpo de corresponsales y reporteros. Ahora bien, todos estos deben emitir juicios y opiniones de acuerdo con lo que exige el director, el material de las “crónicas” es seleccionado, pulido y expuesto de acuerdo con los propósitos, política prédica del diario; los corresponsales deben ser de tal naturaleza, manejar tales tópicos y encarnarlos desde el punto de vista que necesitan los directores. El director, en su plano. Obedece al partido, la secta, la religión o el interés para el cual se le empleó. No presentamos pruebas en beneficio de la brevedad, pero desafiamos a cualquiera a que nos pruebe lo contrario. Es menester considerar que cada periodista tiene interés y pasiones, que tiene una personalidad y que como ser humano, Dante habría dicho que puede ser influíble, “versátil de mil modos y maneras”.

Siendo cierto todo lo que más arriba se dice, resulta:

1. Que cada publicación tiene su propia política clara y definida, sus propios fines, intereses y propaganda.
1. Que los partidos, religiones o intereses poderosos tienen una gran prensa propia, que obedece a sus órdenes.
1. Que, por las fuerzas de las circunstancias y de las cosas, y por la voluntad humana ninguna publicación puede ser neutral respecto a las cosas, acontecimientos, ideas o personas con las que se trata o discute. Es menester que sea contraria o favorable a ellos.
1. Que en un gran número de incoherencias, de excepciones a la regla, de inconsecuencias y contradicciones son posibles en la prensa.

Esta es nuestra opinión general del periodismo, en la que basamos nuestro pensamiento, inducción y deducción. Cerramos el paréntesis y volvemos a nuestra narración.

¿Hay un solo que, conociendo los hechos, pueda en buena fe negar que fuimos arrestados en 1920, cuando la persecución “roja” estaba en su apogeo, cuando la terrible ola criminal se acrecentaba cada vez más, cuando el procurador general Palmer sacaba del erario público cien millones de dólares para una campaña periodística antiroja bajo el falso pretexto de “salvar al país de la revolución” pero en realidad para el fin secreto de obtener la candidatura y ser elegido el presidente de los Estados Unidos?

¿No es verdad, acaso, que una comisión de periodistas, sacerdotes, penalistas, sociólogos, etc.,...etc.?

...se reunieron recientemente para estudiar las causas del crimen y los medios para prevenirlo y llegó a la única, verdaderamente risible conclusión de “horca y cárcel”, a un sistema de penalidad aterrador como la única panacea para la creciente criminalidad -esto es suprimir sin consideración los efectos para eliminar la causa.

¿No es verdad, acaso, que uno de los principales papeles de la prensa plutocrática y reaccionaria es combatir la idea socialista y libertaria? ¿No es cierto, acaso, que la plutocracia teme más al radical que al criminal y que está más interesada en suprimir al primero que al segundo? ¿Que el pueblo, la prensa, las autoridades y la plutocracia estaban locos por sentar un ejemplo? ¿Quemar a alguien para escarnecer a los otros y detener la criminalidad?

Dijimos que en cada caso de radicales llevados a los estrados de justicia, desde los mártires de Chicago al de Ettore Giovanetti (para no salir de casa) la prensa reaccionaria ha estado siempre mortalmente contra ellos, excepto el cambio de su actitud cuando era forzada a ella.

Si todo esto no es pura falsedad, entonces la prensa capitalista no tenía otros motivos y propósitos en lincharnos cuando se produjo nuestro arresto, en mantenerse quieta cuando nada malo era posible decir en contra de nosotros, nada, salvo lo que imponía el deber profesional.

Por supuesto que nadie conoce mejor que los escribas mercenarios cómo ayudar a perjudicar a una persona detenida y que va a ser procesada. Hay cientos de medios para beneficiar o dañar a un acusado. Uno de ellos consiste, considerado en conjunto, en presentar el caso al público -del que serán elegidos los futuros jurados- en un sentido favorable o contrario al detenido.

Ahora bien, sin recurrir a más razonamientos, decimos que en la época de nuestro arresto la prensa presentó el caso y a nosotros mismos al público en el peor aspecto posible. Añadid a esto el otro hecho de que elementos sociales, de los que iban a ser elegidos los jurados, leen solemnemente la prensa plutocrática y creen ciegamente en ella, que no nos conocían personalmente ni comprendían nuestras ideas, que consideraban nuestros principios como una doctrina de terror y a nosotros como la personificación de la criminalidad, y convendréis que el linchamiento periodístico nos ha condenado. En efecto, Mr. Ripley, presidente de nuestro jurado, no sabía absolutamente de nosotros ni del crimen; nunca nos había visto. No había visto nada del crimen ni de algo que se refiriera a él, lo que no obstó para que antes de venir al tribunal, citado como jurado, dijera, discutiendo con otro americano: “Al diablo con ellos, de cualquier modo, deben ser colgados”. ¿De dónde, si no de la prensa, pudo extraer ese deseo y punto de vista tan cívico, cristiano e imparcial?

Pero ¿qué sucedía mientras la prensa desarrollaba esa innoble campaña contra nosotros? La policía local, del Estado y federal, trabajaba día y noche para preparar el caso. Fuimos exhibidos a cientos de personas que vinieron a la comisaría de Brockton. No fuimos exhibidos ante grupos de personas sino ante una por una y eso bajo todos los aspectos, excepto al desnudo. Orciani y Sacco fueron llevados en un camión, enteramente cargados con policía, a Braintree y su vecindad, y obligados allí a efectuar una reconstrucción en el mismo lugar que se habían cometido el crimen y eso bajo los ojos de la población reunida allí con anticipación y extremadamente trabajada por la policía. Todos los que habían visto o creyeron ver algo relacionado con el crimen, vinieron a ver, (¡y de qué modo!). Esta reconstrucción duró una semana más o menos.

¿Y con qué resultado?

Con el resultado de que se fracasó en su deseo de obtener un solo testigo que identificara a Sacco como participante en el asalto a Bridgewater, o un solo testigo que identificara a Vanzetti como participante del crimen de Braintree.

Durante el transcurso de toda la reconstrucción una sola persona identificó a Vanzetti como participante del asalto a Bridgewater; fue Mrs. Georgina Brooks, la testigo casi ciega, y dos y tres testigos identificaron a Sacco como participante del crimen de Braintree. Pero medita en esto, caro lector, no estaban seguros en modo alguno de que Sacco fuera el hombre; tampoco lo estuvieron en septiembre, en la audiencia preliminar de Sacco; sólo llegaron a la completa seguridad de ello 13 meses después, en el proceso de Dedham. También, uno o dos de ellos habían “identificado positivamente” a otro hombre antes de venir a identificar a Sacco. Pero sobre los testigos del Estado hablaremos más tarde.

Aquí sólo deseamos decir esto:

¿Qué valor tiene la incierta identificación de una mujer casi ciega, cuando cientos de personas de vista normal dicen: “no, no es este hombre”?

¿Qué valor tiene la incierta identificación de un hombre por dos, tres o cuatro personas, cuando cientos de personas, muchas de las cuales tuvieron una mejor oportunidad que aquellas para ver el asunto, dicen: “no, este no es el hombre”?

Pues bien, el linchamiento periodístico ha fracasado en su deseo de finiquitar el caso por el linchamiento de la multitud. La demostración ha terminado; el Estado no tiene nada contra nosotros, excepto la determinación de condenarnos. La libertad de acción, la pública tranquilidad, la indiferencia y el tiempo son necesarios para crear y engendrar la evidencia y los perjuros. ¡Hay algo peor que todo eso! Sacco y Vanzetti no están tan absolutamente abandonados como había parecido a

sus perseguidores. Mr. Vahey y su agente Govoni, nuestros defensores (¡?!?!), informan al enemigo que nuestros amigos corren en nuestra ayuda, formando comités de defensa.

Es más difícil de lo que pareció al principio. De modo que fue necesario detener a la batahola indecente del periodismo para dar a nuestros enemigos la impresión de que el caso se instruía normalmente, para ocultar la hostilidad de nuestros perseguidores, para así, sin ser molestado, seguir fraguando el innoble proceso.

De otro modo, ¿qué hubiera sido capaz de decir la prensa? ¿Que sus historias anteriores no fueron más que falsedades? ¿O que el Estado no tenía nada contra nosotros? Esto no nos hubiera llevado a la silla eléctrica ni perdido el desarrollo vil del proceso.

De ahí que la conspiración del silencio que siguió a su anterior tole tole, fue imperiosamente requerida por el interés de la parte acusadora.

La audiencia preliminar y el proceso grotesco de Plymouth, excepto su veredicto y su sentencia, así como también la audiencia preliminar de Sacco, pasaron casi en silencio. ¡Y sin embargo, cuántas cosas verdaderas y favorables hubieran podido y debido publicar la prensa sobre estas fases de la tragedia! Y precisamente por esta razón, para derrotarnos la prensa reaccionaria mantuvo el silencio, cuando el silencio era una necesidad de los que en su “conjunto” había sido un crimen periodístico, perpetrado en nuestras personas por la prensa reaccionaria americana en general, y la prensa de Boston y de Cape Cod en particular.

ANTECEDENTES DEL PROCESO PLYMOUTH

Bartolomé Vanzetti

LOS ANTECEDENTES

Creo que el proceso de Dedham no puede ser enteramente comprendido y explicado sin una completa comprensión del proceso de Plymouth, porque, a más de estar estrictamente relacionados el uno con el otro, los dos procesos son dos aspectos de una misma cosa: quiero decir, los miembros de una misma ecuación. Más aún: creo que todo el caso no puede ser comprendido y explicado sin un suficiente conocimiento de los elementos humanos por los cuales, a más de la influencia de la época

y del medio, fuimos arrestados. Muy poco se ha escrito sobre el proceso de Plymouth, y todavía menos acerca de estas cosas, porque la necesidad de la defensa del proceso de Dedham ha absorbido todo el tiempo y la energía de los amigos y camaradas que nos defienden. En consecuencia, he decidido compilar una lista de declaraciones de hechos relacionados con el caso y explicar sus causas históricas, factores y circunstancias concomitantes y también daros un bosquejo del proceso de Plymouth.

La plutocracia gobierna efectivamente el mundo con la ayuda de una importante minoría de gente común y la aquiescencia de las grandes masas. Esta verdad general histórica es la que está más estrictamente relacionada con nuestro caso. Esto no necesita explicación. Fuimos tratados por defensores de la plutocracia y juzgados por ellos.

Somos anarquistas, italianos, débiles. Como anarquistas somos mal interpretados, temidos y odiados por los individuos que componen las multitudes americanas, haraposas y frenéticas por obtener dinero. Como italianos pertenecemos a una de las naciones más escarnecidas y despreciadas, por adversarios de la guerra, como débiles merecemos la horca a juicio de la vulgar mayoría del pueblo americano que nos sometió y nos juzgó.

En nuestra calidad de libertarios y de trabajadores hemos luchado, antes de nuestro arresto, contra la plutocracia americana, colocándonos de parte de los trabajadores de Milford, Founderey y en el caso Ettore Giovenetti. En una palabra; Sacco ha sido activo en toda huelga, la lucha y agitación que tuvieron lugar durante el tiempo en que fue militante libertario. Yo participé en la huelga de los trabajadores de Plymouth Cordage Co. En 1915. Esta compañía es uno de los poderes monetarios más grandes de esta nación. La ciudad de Plymouth es su posesión feudal. De todos los hombres de la localidad que se destacaron en la huelga yo fui el único que no saqué provecho ni traicioné a los trabajadores. Hacia el fin de la huelga, el Boston post, diario entregado en cuerpo y alma a la Cordage Company, decía que: “Alrededor de cien italianos anarquistas son los que mantienen la huelga contra la voluntad de los huelguistas”. Esta era una semiverdad exagerada. Pero de todos los hombres de la localidad que tomaron parte en la huelga, yo fui el único que, en lugar de ser recompensado, fui inscrito en la lista negra de la compañía y sometido a una larga y vana y desacostumbrada vigilancia policial. Y yo me di cuenta que la Cordage Company nunca olvidaría ni me perdonaría lo poco que había hecho en ayuda de sus trabajadores explotados. En este punto, debo relacionar lo que sigue con el proceso de Plymouth.

La mayor parte de la colonia italiana de Plymouth depende de la Cordage Company, que tiene un servicio tan bien organizado que conoce los asuntos públicos y privados de la ciudad en general y la de sus empleados en particular. Ahora bien, muchos de sus empleados estaban seguros de mi inocencia. Así también se afirmaba en alta voz en toda la comunidad: Mr. Broyn, gerente de la compañía, estaba, sin duda alguna, informado de mi inocencia, aún antes del proceso. Una simple palabra de un poder semejante y se me hubiera dejado en libertad en seguida, pero sucedió todo lo contrario, pues, debido al juez acusador, y aún a mi propio abogado, el proceso de Plymouth asumió,

desde el principio, el carácter de lo que ha sido un linchamiento legal. Mi eliminación por medios legales era el desquite del gran poder monetario.

Fuimos arrestados y procesados cuando la reacción de la post guerra estaba en su apogeo. Los primitivos lemas de la reacción: “Los radicales no serán reprimidos sino suprimidos”, “¡Tratarlos con rigor!” se practicaron en las calles y en las plazas tan bien como en las comisarías y en los tribunales de esta nación. Para probar mi aserción os recomiendo que leáis: The delirium of deportación of 1920 (delirios de deportación de 1920) de Luis post, secretario auxiliar del trabajo durante la administración de Palmer y War Time Mobs Court Violence (La violencia de los tribunales en tiempos de guerra) Editados por la unión americana de la libertades civiles. Estos documentos bastarán para convencerlos, tanto a vosotros como a algún posible Santo Tomás mexicano, de que mis palabras no son exageraciones.

La creciente criminalidad de la post guerra fue un factor casi decisivo en contra de nosotros. Durante unos meses anteriores a nuestro arresto, Massachussets había sido invadido por una terrible “ola criminal”; se había cometido robos en los bancos y en las carreteras y también asesinatos, ninguno de los culpables fue hallado. El pueblo estaba espantado e indignado, la prensa exigía de la policía una acción pronta y drástica y la plutocracia presionaba a las autoridades para que desarraigara de algún modo la desenfrenada criminalidad.

En la legislatura de Massachussets se presentó un proyecto de ley por el que se ofrecía una crecida suma de dinero por la aprehensión, arresto y convicción de los asaltantes y asesinos de Braintree. Más tarde se nos dijo que no se podía hallar ninguna prueba de que se hubiera instituido semejante premio, pero nosotros mantenemos nuestro aserto de que había muchos premios de diferentes naturalezas. También la Slater and Morral Shoe Company of Braintree y la Bridgewater Co, instituyeron premios con el mismo objeto.

La institución de estos premios contribuyó en gran medida a que se nos declarara culpables. Todo nuestro caso, así como uno de sus detalles, indica que, después de la postura de esos premios, todos se interesaron en nuestra convicción: el populacho, la policía, la parte acusadora, el Estado y la plutocracia, todos ellos. La institución de un premio para el arresto de una persona que es conocida, sin que haya duda alguna al respecto, como autor del crimen o crímenes, puede ser un acto muy triste, pero no implica a un inocente por el simple hecho de que los culpables son conocidos. Pero la institución de una crecida cantidad de dinero como premio por la aprehensión, arresto y convicción de autores desconocidos puede llevar a la condena de personas inocentes. Y la convicción de la gente inocente se hace más posible, más aún, tanto más probable cuando más interesados en obtenerla estén los grupos dirigentes, puesto que la época histórica anormal y el medio social corrompido lo permita. Esta condición de las cosas y de las personas crea transacciones ilícitas y grandes injusticias; y también conduce a que algunos paguen servicios solicitados, que otros sirvan por una paga y que otros, en fin, se vean engañados en su acción y en su juicio. La codicia o la necesidad de ese dinero instituido puede inducir a un individuo populacho o a un desdichado cualquiera a

cooperar en la convicción para obtener el premio. Por abuso de autoridad y poder la policía, la parte acusadora y la plutocracia pueden, por intimidación, coerción o corrupción, por amenaza, castigo o por el ofrecimiento de favores, protección o empleos, compeler o inducir a algunos criminales habituales procesados o procesable y a otros desdichados codiciosos o necesitados, a hacer prejuicio contra un acusado, a culparlo. Esto ha pasado en nuestro caso. Irresponsables morales y defectuosas mentales, ramera y pervertidos, y gentes venales de toda clase y condición cometieron perjurio contra nosotros y fueron creídos por dos jurados populares. Esto está ahora irrefutablemente probado

El hecho que yo fuera un trabajador, viviendo en una comunidad de italianos y que el día, hora y momento del crimen estuviera entre ellos, entregándoles un pedido previamente hecho, de anguilas y peces, este hecho, repito, pesó mucho contra mí en el proceso de Plymouth. Porque esto llevó a los testigos italianos a los estrados de justicia a testificar en mi favor; los jurados americanos, abogados de odio y de prejuicios raciales, religiosos, políticos y económicos contra los italianos y los radicales, trabajados por un astuto fiscal y manejados por el juez y ayudados por el abogado de la defensa, no pudieron creer y no creyeron a los testigos más verídicos.

Webster Thayer, el juez que presidió nuestros dos procesos, es un fanático, poseído por las ideas de llegar a ser juez de la Suprema Corte de Justicia del Estado. Como fanático y reaccionario es un enemigo natural de los libertarios. Como aspirante a un sitial de la Suprema Corte, previó en nuestro caso y en nuestra condena una buena oportunidad para alcanzar el fin. De modo que Webster Thayer solicitó la instrucción de nuestro caso. Esto explica su conducta injusta y feroz en contra de nuestro caso. Por su sola solicitud no llegaría a ser candidato de la Suprema Corte. Se nos ha dicho que el juez Thayer estaba, y todavía está convencido de nuestra culpabilidad. Por supuesto que no podía expresarse de otro modo, pero puede ser cierto. También se nos dijo: “¿Cómo sabe usted que el juez Thayer quiere llegar a ser juez de la Suprema Corte del Estado?” ¿Y qué quiere verlo a usted convicto y confeso? Bien, cada juez quiere hacer méritos para el puesto de la Suprema: esto es lo mismo que preguntarle a una mujer asaltada: ¿Cómo sabe usted que ese hombre quería violarla? Tal vez pensó en pegarle, creyendo que usted lo merecía.

Frederik Katzmann, procurador del distrito en nuestros dos procesos, tenía las mismas razones y propósitos que Webster Thayer para declararnos convictos y confesos. Sus ambiciones consistían en llegar a ser procurador general. Lo que ha hecho contra nosotros habla por sí mismo y retrata a Katzmann mejor que todas las frases.

En la época de nuestro arresto, la reacción había deportado y dispersado ya, de un modo u otro, a la mayor parte de los camaradas experimentados y conocedores, especialmente en este estado, de manera que la enorme tarea de nuestra defensa tuvo que ser confiada a camaradas y amigos que eran, más o menos, inexpertos en los procedimientos y manejos legales, de la policía, de los tribunales y del pueblo americano. Nosotros mismos éramos aún más ignorantes de tales cosas. De modo que inevitablemente tuvieron lugar numerosos y graves errores que neutralizaron enormemente la agitación y protesta mundial que se hacía en nuestra ayuda por la mejor parte de la humanidad. Además, por nuestra ignorancia de los hombres y de las cosas, en calidad de defensores nombramos

a traidores y desleales abogados que voluntariamente o involuntariamente arruinaron nuestra causa. De este modo se gastó una buena parte del dinero recolectado por nuestra defensa por la solidaridad del pueblo que había trabajado honestamente en nuestra ayuda, se hizo extremadamente dificultosa.

La retención de Mr. John Vahey como abogado para la defensa en el proceso de Plymouth fue el más grande de los errores. Nos traicionó. Se me ha dicho que acusar a un abogado de traición a su cliente es el peor cargo que se le puede hacer, pues todo se puede pasar por alto como ser su comportamiento negligente en el trabajo encomendándolo a su incapacidad, pero menos la traición. Quiero solo contestar que ser traicionado y enviado a la ruina es mucho peor que acusar a un abogado de traición. Cómo nos traicionó lo diré después. Aquí solo deseo presentar algunos de los motivos que lo indujeron a ello.

Por contrato entre mis amigos y Mr Vahey se convino en pagarle en concepto de honorarios una cierta suma especificada, sin tener en cuenta el resultado del proceso. Por este simple hecho ya no tenía ningún interés en ganar, lo significaría la continuación, la apelación para un nuevo proceso, etc., más trabajo y más dinero para él. Su hermano, que vive en Boston, tiene una gran reputación y desde el comienzo nuestro abogado defensor nos prometió: “Si pierdo el proceso llamaremos a mi hermano para que él se encargue del caso”. Webster Thayer, Katzmann y él, Vahey, son muy buenos amigos, todos de la misma calaña y son al mismo tiempo sirvientes de la Plymouth Cordage Company. Después del proceso de Dedham, Vahey y Katzmann se establecieron juntos en un estudio de abogados.

Cuando fuimos arrestados e interrogados, dijimos una serie de mentiras. Este hecho fue aviesamente esgrimido contra nosotros, tanto por el procurador del distrito como por el juez, como prueba de que éramos conscientes de nuestra culpa. La tesis del abogado de la defensa quiso explicar nuestro temor aduciendo nuestra condición de adherentes a ideas avanzadas, diciendo que teníamos el castigo por la actividad radical que desarrollábamos y que conocíamos las brutalidades, las sentencias monstruosas y los asesinatos cometidos con muchos radicales por ser tales. Para invalidar esta tesis el juez Thayer dijo. “Han mentido porque eran conscientes de su culpabilidad; aseguran que estaban asustados por ser radicales, pero como radicales solo caían bajo la sanción de la deportación y no podían en modo alguno temer ésta ya que pensaban irse a Italia” (Citado de memoria). Thayer se esforzó por intervenir, falsificar y tergiversar las cosas con el propósito de enviarnos a la silla eléctrica, y obtener así el sitio que anhelaba.

Ya es hora de responderle. Es verdad que Sacco estaba preparado para irse a Italia y yo pensaba ir el próximo invierno, después de la estación de la pesca. Queríamos ir a Italia, pero no ser deportados. Aborrecemos la deportación como una violación del derecho individual y como un insulto a la dignidad humana. También la temíamos porque nos hubiera privado de la posibilidad de regresar a este país, para cuyo progreso hemos dado el vigor de nuestra juventud, la sangre de nuestras venas y al que estamos vinculados por el amor y la amistad. Es una vergonzosa mentira la de que nosotros, como desheredados, como anarquistas, como revolucionarios, temíamos solamente la deportación

cuando fuimos arrestados. Precisamente el día de nuestro arresto leíamos en un diario que el día anterior nuestro camarada Salcedo fue lanzado por una ventana del 14° piso del edificio de Park Row en New York, estrellándose en la calzada; había sido llevado ilegalmente e incomunicado por los agentes federales, justamente con su camarada Roberto Elia. Sabíamos del camarada Morruco, de Penn, que fueron deportados a Italia, pero que nunca alcanzó las playas italianas. Sabíamos que los verdaderos traidores de esta nación y los verdaderos espías alemanes habían sido libertados de todas las prisiones americanas; pero también sabíamos que había, y aún hay, en las cárceles de los Estados Unidos, centenares de socialistas, sindicalistas y anarquistas, acusados de haberse opuesto a la matanza más grande de la historia, la guerra y por ello condenados a cumplir condenas monstruosas. Eugenio Debs, uno de los pocos hombres del mundo, uno de los mejores hijos de América, estaba en la prisión federal de Atlanta. Sabíamos de los mártires de Chicago, del proceso fraguado de Money y Billings, del caso Centralia, del caso Ettore Giovanetti y del destino de John Hillstrom. Teníamos motivos de estar asustados, motivos personales e históricos. También sabíamos que durante los recientes arrestos en Mass. Para la deportación, muchas víctimas habían sido arrestadas y llevadas a la locura y al suicidio por los malos tratos a los que fueron sometidos por el departamento de justicia. Sabíamos que los políticos y oficiales de las altas esferas habían dicho, uno de ellos que: “Los radicales deben ser primero fusilados y luego juzgados”; y otro que: “me gustaría colgar a todos los radicales en la pizarra de mi casa”, y la lista podría ser continuada, pero esto prueba de que teníamos razón para estar atemorizados cuando fuimos detenidos, aún sin tener en cuenta nuestra conciencia de ser radicales, lo que significa que éramos más odiados por los capitalistas, jueces y fiscales que los criminales. Fuimos arrestados y brutalmente maltratados y amenazados. Dar un nombre, una dirección o una información hubiera significado una lluvia de allanamientos, el hallazgo de literatura libertaria y de correspondencia privada, familias aterrorizadas, detenciones, procesos, deportaciones y así sucesivamente.

¿Debíamos convertirnos en espías? No somos de los hombres que traicionamos a los amigos y camaradas a cambio de la propia liberación, nunca. Obligados a hablar y por otra parte, determinados a no herir a nadie, nos vimos compelidos a mentir. No nos avergonzamos de ello. Esto prueba solamente nuestra determinación de no ser cobardes. Nuestras mentiras estaban dirigidas a lo que dijimos más arriba y si se considera el proceso se verá que su inconsciencia se hace cada vez más aparente. Y si el juez y el procurador del distrito hicieron tal batiburillo en torno a ellas se debió a su conciencia de no tener nada mejor contra nosotros que el manejo de la duda, que llenar la mente del jurado con dudas, que usar la duda contra nosotros y conseguir así nuestra condena.

Cuando nos arrestaron fuimos revisados. Se nos encontró un revólver a cada uno, algunas balas de repuesto a Sacco, y a mí tres o cuatro. Al rechazar la instrucción de un nuevo proceso, el juez Thayer dijo que el jurado nos consideró convictos, no por el testimonio visual de los testigos, sino por evidencia circunstancial, Sin esos dos revólveres y unas cuantas balas no hubiera habido ni siquiera “sombra” de material de evidencia contra nosotros. Y estos objetos no constituyen una evidencia en modo alguno, salvo como prueba de lo que la parte acusadora quería hacer, apoyándose en ellos. Lo mismo se podía haber dicho de lo que Thayer llama “evidencia circunstancial”.

El triunfo de la reacción en toda Europa y el advenimiento del fascismo en Italia, constituyeron una circunstancia adversa para nuestro caso. La opinión pública italiana ha sido siempre favorable para nosotros y también la de toda la prensa italiana. Signor Rolando Ricci, exembajador italiano en Washington, a su llegada a América prometió interesarse en nuestro caso, “porque los creo inocentes y porque son italianos”. El Marqués Ferrante di Ruffano, cónsul italiano en Boston, asistía casi diariamente al proceso de Dedham. En su informe del proceso al gobierno italiano, el marqués Ferrante escribía. “Ni una sombra de evidencia se ha establecido contra los acusados, están convictos de odio racial y político”. A mi juicio, ahí hubiera habido otro partido y otros hombres en el gobierno de Italia en ese tiempo, ya estaríamos libres. Al decir esto no hago más que una declaración de hechos o, más bien, de opinión, lo que no significa que pidamos algo a ningún gobierno, pues la esperamos del pueblo.

Muchos se habrán extrañado, o deben extrañarse, de que, a pesar de nuestra inocencia, de la agitación mundial en nuestra ayuda, de los 300 mil dólares gastados en nuestra defensa, hayamos sido convictos dos veces y estemos todavía en la prisión. Pero espero que, después de haber leído y meditado sobre las declaraciones más arriba anotadas, toda persona normal se dará cuenta que hay razón para asombrarse del caso. Por otra parte, no está todavía definitivamente terminado. No esperamos sino injusticias y abuso de nuestros perseguidores, pero lucharemos hasta el último momento.

ALGUNOS HECHOS PRECEDENTES

Fuimos arrestados el día 5 de mayo de 1920, ya bien entrada la noche, en Montello, Brockton, mientras regresábamos de West Bridgewater en coche de alquiler. El 6 de mayo, Ricardo Orciani fue detenido y traído donde estábamos nosotros, a la comisaría de Brockton. El mismo día encargamos nuestra defensa a un abogado de Brockton, Mr. Callahan. Logró que se dejara en libertad a Orciani después de unos cuantos días, pues probó que a la hora del crimen estaba trabajando en Readville Car Shops. Precisamente en el día que Orciani era libertado, recibí, por la noche, la visita de varios de mis amigos de Plymouth que vinieron acompañados de Mr. Vahey en su propio automóvil. Un tal Doviglio Govoni iba con ellos. Me dijeron en pocas palabras que consideraban a Mr. John Vahey como un abogado más capaz para el caso, que Mr. Callahan. “Haremos toda clase de esfuerzos por ti, pero necesitamos un abogado de nuestra confianza. Aparte de esto, Mr. John Vahey tiene un hermano que es un gran abogado y que es posible que nos preste una gran ayuda en caso de que el primer proceso termine mal. Firma, pues, este papel.”

Mr. Vahey presentó entonces una declaración ya preparada de descargo de Mr. Callahan y de retención de la defensa por parte de Mr. Vahey. Yo lo firmé. Era la primera vez que veía a Mr. Vahey. Ahora diré unas cuantas palabras acerca de Doviglio Govoni. Es conocido como uno de los peores individuos de la colonia italiana de Plymouth, tan pervertido que había perdido su trabajo de

intérprete de los tribunales italianos y haragán crónico, capaz de todo menos de trabajar y de hacer el bien. Seguramente que mis amigos en circunstancias ordinarias no hubieran confiado absolutamente en él. Pero lo inesperado de mi arresto y la grave acusación los había, por decirlo así, aturdido, no sabían qué hacer; uno de mis conocidos tenía mucha confianza en Mr. Vahey, y Govoni tiene una lengua de víbora. Solicitaron, pues, para nosotros los servicios de Vahey como abogado de la defensa y los de Doviglio como su agente. Nos llevaron a la silla eléctrica y lo hicieron con toda intención y conciencia. Mr. Callahan, nuestro abogado, intervino otra vez en nuestra defensa en el proceso de Dedham, manifestándose siempre sincero y honesto con nosotros.

LA AUDIENCIA PRELIMINAR

Ambos, Mr. Vahey y Govoni, fueron activos y voluntarios en el comienzo de mi defensa. Mister Doviglio Bovoni indujo a mis amigos a comprarle un automóvil que sería utilizado para preparar mi defensa. Entonces, en la segunda semana de mayo, tuvo lugar, en el tribunal de Brockton, la audiencia preliminar en contra mía. Mister Vahey no presentó ningún testigo de la defensa, pero se comportó enérgicamente en contra de los testigos del Estado a quienes confundió y aniquiló. El 18 de mayo se verificó, en el tribunal de East Norfolk, la audiencia preliminar del proceso de Sacco. Entre tanto, nuestros amigos y camaradas habían puesto orden y organización de una defensa común muy bien coordinada. Decidieron que mi abogado y Mr. Graham, un abogado de Boston, cuyos servicios se solicitaron por nuestros camaradas de Boston como abogado defensor de Sacco, trabajarían juntos en nuestra defensa. En la audiencia preliminar del proceso de Sacco vale la pena mencionar el hecho de que el Estado no tenía ni un solo testigo que pudiera identificarle positivamente a Sacco como uno de los participantes en el asalto de Braintree. La conducta de Govoni y Mr. Vahey cambió. Después de la audiencia preliminar, mi abogado y el agente cambiaron súbita y completamente su comportamiento hacia nosotros. Suspendieron toda actividad en la preparación de nuestra defensa. Govoni utilizaba su automóvil, comprado por mis amigos, para todo, excepto para ir a Bridgewater y procurar testigos visuales en mi defensa. Más aún, fue obligado por alguien a ir a Bridgewater, pero dilató el viaje tanto como le fue posible y cuando se halló ya en el lugar se arregló de modo que no hizo nada. Se condujo aún peor: intentó convencer a los que me habían visto o se trataron conmigo en Plymouth a la hora del crimen, que su testimonio era de poca monta, mientras fingía dar gran importancia al testimonio de aquellos que me habían visto en Plymouth en el día del crimen a altas horas de la noche, para así disminuir el número de los que habían visto a la hora del crimen. El pueblo de Plymouth advirtió claramente que aparte de no hacer nada por mi defensa, estaba haciendo todo lo posible para debilitar y dando a Katzmann una oportunidad de decir que cuando los testigos afirmaban haber visto a Vanzetti en Plymouth, éste había tenido tiempo de volver de Bridgewater.

Pero por supuesto que Govoni fracasó en su propósito y numerosos testigos manifestaron habernos visto en Plymouth a la hora en que se cometía el asalto a Bridgewater. Debemos a esta traición el

hecho de que mi defensa haya consistido casi exclusivamente en mi terrible ausencia. Sin duda alguna, un abogado honesto habría presentado muchos testigos visuales en nuestra defensa. El asunto de los testigos del Estado debe haber sido un negocio muy sucio puesto que, a despecho de todo, el pueblo indignado de Bridgewater destituyó en la siguiente elección a Mr. Stewart, entonces jefe de la policía de Bridgewater, el principal forjador y organizador de los testigos del Estado en contra nuestra. En cuanto a Mr. Vahey, me hizo muy pocas preguntas en lo relativo a mi defensa y, a partir de la terminación de la audiencia preliminar hasta el final del proceso, no me planteó ninguna cuestión acerca de mi caso, por el contrario, comenzó por prometerme la silla eléctrica “Os pondrán en ella junto con Sacco”, y... en este punto acostumbraba dejar de hablar, empezaba a silbar, trazando movimientos espirales con su mano derecha, recto el dedo índice. Esto fue el único trabajo hercúleo realizado por Mr. Vahey en mi defensa, mientras fumaba gruesos cigarros comprados para él por el pobre pueblo italiano. Pero las palabras de Mr. Vahey prueban que sabía antes del proceso de Plymouth que yo sería procesado por el asalto y asesinato de Braintree. Esto debe ser constantemente recordado porque, unido a otras cosas de las que hablaremos, probará la traición de Vahey. Suponer que Vahey y su agente Govoni hubieran sido inducidos a tal conducta por estar convencidos de mi culpabilidad, sería tan falso como injusto. No había habido nada en el caso para justificar, ni aun excusar, tal duda. Siempre he protestado por mi inocencia; la colonia italiana y muchos americanos de Plymouth han ido en masa a probarlo. LA audiencia preliminar había probado la imposibilidad y la inconsistencia del cargo en contra mía. La verdad es que ambos, la parte acusadora y el abogado de la defensa se dieron cuenta que sin la traición de este último en “El proceso fraguado” sería un fracaso y mi convicción una imposibilidad; de ahí la traición.

EL PROCESO DE PLYMOUTH

Comenzó la última quincena de junio de 1920 y terminó con mi convicción la primera semana de Julio del mismo año. Se condenó por intento de robo y asesinato. El Estado afirmaba que yo era uno de los participantes del asalto y asesinato que tuvo lugar el 24 de diciembre de 1920, en Bridgewater, Mass., a las 7:45 horas más o menos. Así lo aseguró Mr. Thompson: “El único problema del proceso consistía en saber si yo era, en efecto, uno de los hombres comprometidos en el asunto”. Debió haber sido así, pero no lo fue, como pronto lo veremos. Ahora se impone una ojeada retrospectiva de hechos para seguir mi narración.

Comer anguilas y peces en la víspera de navidad es, en el pueblo italiano, una antigua tradición; por otra parte, somos muy apasionados por esa comida. El 24 de diciembre de 1919, mientras yo vendía anguilas en Plymouth a 0.25 centavos la libra. Los codiciosos vendedores de peces en Boston, abusando de la inclinación del pueblo por las anguilas, las vendía a 1.25 y 1.50 la libra. Yo siendo vendedor ambulante de productos de pesca y conociendo esta tradición, pensé en proveer de anguilas a mis clientes en víspera de navidad. De modo que en el transcurso de las semanas precedentes fui de casa en casa para solicitar pedidos, que fueron muchos. Esto nunca había sucedido en la historia de la colonia de Plymouth. Su novedad y la solemnidad del día en que ocurrió, hizo memorable el acontecimiento para mis clientes. Pero para entregar esos pedidos tuve que trabajar todo el día del

24 de diciembre y efectuar ese trabajo en Plymouth, distante treinta millas de la escena del crimen. Cuando la colonia italiana se enteró de que yo había sido procesado por el crimen de Bridgewater, proclamó mi inocencia y ofreció su testimonio.

LOS TESTIGOS DE LA DEFENSA

Treinta testigos italianos se presentaron ante el tribunal para probar mi coartada. Podían haber sido más, pero su presencia allí solo hubiera sido acumulativa. Una docena de ellos, más o menos, testificaron que entre 6:30 y 7 horas del día 24 de diciembre yo había estado en sus casas, entregándoles pedidos de anguilas. Luis Bastón, un panadero italiano, testificó que a las 7:45 horas del 24 de diciembre había estado en su panadería para pedirle que me prestara su carro y su caballo, porque así estaría seguro de entregar mis pedidos, y que, a causa del excepcional día de trabajo, él necesitaba el caballo para sí mismo y, por lo tanto, se veía en el trance de negármelo. Preguntado por el fiscal cómo sabía que era las 7:45 horas del 24 de diciembre cuando yo estuve en su panadería, respondió: “Recuerdo, y nunca lo olvidaré, que oía la sirena de la Cordage Company anunciando las ocho menos cuarto”. Habiéndole irritado el panadero por el comportamiento de mis perseguidores profirió algunos juramentos informales y fuera de lugar, siendo advertido por el fiscal Thayer: “Esa profanación no se permite en el tribunal”. Esto era cinismo. Mary Fortín, mi casera, testificó acerca de mi trabajo efectuado hasta bien entrada la noche del 23 de diciembre a fin de preparar pedidos para el próximo día; que antes de las 6 horas bajé de mi pieza a la cocina; en una palabra, habló de mis comidas, de mi trabajo, movimientos y palabras todo ese día.

Bertrando Brini, entonces un muchacho de trece años de edad, testificó que en la noche del 23 de diciembre de 1919 fui a su casa y le pregunté si quería ayudarme al día siguiente a entregar con un carro mis pedidos de peces, que antes de las 7, de la mañana del 24 de diciembre me encontró en Main Street, mientras iba con su padre a “traer pan para el panadero”, también lo que yo le dije, lo que él me respondió, lo que el padre le ordenó hacer, que fuese a la casa, almorzó, se puso las zapatillas de goma y vino a mi casa antes de las ocho. Me encontró en el patio, preparando el carrito, cargando los pedidos. Le expliqué por qué no me había sido dable conseguir el caballo y el carro. Dejamos la casa casi inmediatamente y empezamos a entregar los pedidos. Describió con detalles nuestra gira de todo el día; desde antes de las ocho hasta las 14:40 horas estuvo constantemente conmigo por las calles de Plymouth entregando anguilas y peces: que estuvo conmigo desde el momento, o unos minutos más tarde en que se efectuó el asalto. Katzmann lo estuvo interrogando durante, más de dos horas. Utilizando en vano su astucia, Katzmann fracasó en su propósito de confundir al muchacho o de pescarle en una sola contradicción o discrepancia. Al día siguiente el muchacho fue llamado otra vez y retenido por más de una hora por Katzmann, que no consiguió debilitar ni confundir al muchacho, sino por el contrario, fue él el que se mostró tal cual era. Pero es un gran jurista cuando puede hacer todo lo que quiere. Volviéndose hacia el jurado, después del testimonio del muchacho dijo: “Los padres de un muchacho tan inteligente tienen derecho a estar orgullosos de él, pero lo que os dijo desde el estrado es una lección aprendida de memoria”

El muchacho es ahora estudiante, de la universidad de Boston y un excelente músico. Está deseoso de decir al mundo que soy inocente y que Katzmann es un mentiroso.

El testimonio de este y de los otros testigos de la defensa, fue lógico y consistente. Me extrañaría que en toda la historia judicial de este Estado haya habido un acusado con coartada más convincente, consecuente, coherente y más verídica que la mía. Pero en la época y el lugar en que fue juzgado, ante doce jurados americanos llenos de odio y de prejuicios religiosos, políticos, raciales y económicos, dominados por el juez y ayudado por mí abogado, Frederick Katzmann desarrolló un juego extremadamente turbio contra los testigos italianos que defendían a un anarquista italiano. Doviglio Govoni, el agente del abogado de la defensa, para ayudar al fiscal, había informado, directamente o por miedo del abogado de la defensa, a Katzmann de la amistad, ideas, negocios y relaciones de los testigos italianos; y Katzmann se sirvió de tales informaciones para convencer al jurado de que mi alibi era falso, que mis amigos realizaban un esfuerzo heroico para salvarme. Por eso se comportó en ese sentido. A John di Carlo, un testigo de la defensa, Katzmann le preguntó: “¿No ha discutido usted nunca con Vanzetti acerca de las teorías del gobierno?”. Y en seguida:

“Vanzetti acostumbraba a ir a su negocio a menudo, ¿no es verdad?”. Y también: “¿No han discutido ustedes nunca acerca de los ricos y de los pobres?”. A Michael Sassi, otro testigo de la defensa, Katzmann le preguntó: “¿Es usted muy amigo de Vanzetti, no es verdad?”.

1. Sí, muy amigo mío.

1. Y también de Brini, ¿no?

1. Brini es de la ciudad donde yo nací. Nos criamos juntos.

1. ¿Hablaban usted de Vanzetti cuando visitaba a Brini?

1. Vanzetti estaba allí con nosotros.

1. ¿Ha oído usted alguna vez a Vanzetti hablar de sus ideas políticas? ¿Le ha oído alguno de sus discursos de teatro, o en algún lugar donde se dirigiera a sus amigos de la Cordage Company? ¿Ha cenado usted muchas veces con Vanzetti?

1. Con Brini como huésped he cenado muchas veces: Vanzetti estaba de pensionista en el mismo lugar que él y a veces se hallaba presente.

1. ¿Acostumbraba a jugar cartas con el acusado?

1. Vanzetti no juega.

1. ¿No fumaban?

1. No fumo.

1. ¿Cuántas veces bebieron juntos?

1. Vanzetti no bebe.

Un método bastante raro para averiguar si yo estaba en Bridgewater o vendiendo pescado en Plymouth el 24 de diciembre de 1919. El fiscal presentó a Mr. Stewart, entonces jefe de la policía de Bridgewater, el autor principal del proceso fraguado, para que leyera al jurado un informe de interrogatorio a que me sometió en la noche de mi detención. Leyó, entre otras cosas, que “Soy partidario de cambiar el gobierno, aún por medio de la violencia si fuera necesario”. Katzmann mismo en su alocución final al jurado previno a éste que estuviera alerta porque los “compatriotas se defienden entre ellos. ¿Hay algo más cobarde que esta injusta insinuación para excitar el odio racial de los jurados? ¿No equivale esto a decirles: “Americanos, debéis estar prevenidos contra los italianos?” Esto es lo que hicieron, y qué bien lo hicieron. Si los testigos de la defensa hubieran sido americanos en lugar de italianos. Ningún jurado americano hubiera encontrado mi culpabilidad. Si en lugar de haber trabajado en Plymouth entre italianos el 24 de diciembre hubiese estado en Boston asociado con la gente del hampa y desarrollado una actividad criminal, la gente del hampa hubiera ocupado el estrado y convencido al jurado de mi inocencia. El mundo criminal sabe cómo testificar en los tribunales, eso es parte de sus negocios, y es menos odiado y despreciado por la mayor parte del pueblo, jueces y fiscales de lo que lo son los italianos y los radicales. Sé lo que estoy diciendo.

LOS TESTIGOS DEL ESTADO

Todos los testigos del Estado, en los dos procesos que, directa o indirectamente nos han complicado en dos crímenes, son perjuros y como tales se les conoce a todos ellos, menos Mr y Mrs Johnson que son, sin embargo, de la misma laya, como lo probaré.

Aquí, por supuesto, hablaré de los testigos del Estado en el proceso de Plymouth. Fueron pocos, contradictorios consigo mismo y contradictorios entre ellos. En la audiencia preliminar, tres o cuatro de ellos me identificaron positivamente como uno de los bandidos. Otro estaba “casi seguro de que yo era el bandido, pero no lo afirmaba”. Lo malo del caso fue que describieron al bandido, que debería haber sido yo, como un hombre muy diferente a mí: “más bien bajo”, y yo no lo soy; “más bien joven, alrededor de 23 ó 24 años de edad”, y yo tenía 32, dando la impresión de ser más viejo aún porque siempre he sufrido. “Más bien liviano”, cuando era lo contrario, pesado, daba la impresión de ser más pesado de lo que era, debido a mi confirmación recia. “Los bigotes de Carlitos Chaplin, cortos, con las puntas cortadas”, y mis bigotes son grandes y caídos. “Pelo a la Pompadour”; semejante corte es una imposibilidad física en lo que a mí se refiere a causa de mi cabello corto. “Al volante del automóvil”, y no obstante, Katzmann admitió en el proceso de Dedham que yo no sé conducir un automóvil. Como ya lo he dicho, mi abogado les hizo hacer un papelón en la audiencia. Debieron haberse dado cuenta en seguida que su testimonio, al describir al bandido en forma tan diferente a la mía, hubiera corroborado mi alegato de inocencia, en lugar de probar mi culpabilidad. De modo que cuando testificaron en el proceso hicieron lo que pudieron para modificar en la medida de lo posible su anterior testimonio acerca de la apariencia física del bandido que yo debiera haber sido. Para hacerle más parecido a mí, ya no tenía “Los bigotes cortos, sin puntas, de Carlitos Chaplin”, si no que iba afeitado; ya no tenía 23 ó 24 años, sino 25 o 28. Naturalmente que el peso aparente del bandido aumentó proporcionalmente con el bigote y la edad. Nada es más fácil para una persona determinada a cometer perjurio que describir a un individuo que no está presente como parecido al acusado que se halla ante él, ya que no es posible ninguna confrontación. Esto es lo que hicieron los testigos del Estado en mi proceso; pero, como habían descripto antes al bandido, a cada modificación de su anterior descripción se pusieron al descubierto como mentirosos que cometían perjurio para condenar a un inocente. Este hecho paralizó y limitó la posibilidad de su intención de cambiar completamente su testimonio anterior y describir al bandido como enteramente parecido a mí. De manera que, a despecho de sus desesperados esfuerzos, el bandido descrito por su testimonio final sigue siendo todavía un hombre físicamente muy diferente a mí. Aparte de eso, uno de ellos me vio con gorra; otro, con sombrero; un tercero me sacó la gorra y el sombrero y me dejó la cabeza al descubierto en una fría mañana de invierno tal vez para dar la oportunidad a un cuarto testigo de observar la “cómica conformación”, de mi cabeza, parecida a una “bala”, que es una mentira como todas las demás. Antes de mi detención nunca había estado en Bridgewater. También me localizaron en distintas partes del automóvil: Georgina Brooks me colocó en el volante antes del asalto, otro me puso en el asiento de adelante, al lado del conductor, después del asalto, y algunos

otros, si mal no recuerdo, me vieron en el asiento de atrás.

Antes de comenzar una revista sintética de los perjuros del Estado creo útil esbozar el asalto tal cual fue relatado por la prensa, por testigos visuales fidedignos y por algunos perjuros, porque ello desacredita a estos más que cualquier comentario o afirmación. Un poco después de las 7 de la mañana del 24 de diciembre el pagador de la Bridgewater Shoe Company había estado en un banco de la ciudad y recogido 18.000 dólares para el pago de la semana, había puesto el dinero en un cofre, y fue conducido por un chauffer y bajo la vigilancia de un guardia de la misma compañía.

Por supuesto que el pagador estaba con ellos. Fue a su regreso del banco a las oficinas de la compañía, mientras pasaban por el centro industrial, cerca del depósito de ferrocarril, cuando los tres hombres fueron asaltados por los bandidos. A esa hora las calles estaban llenas de obreros y obreras que se dirigían a las fábricas cercanas y de otra gente que iba a sus negocios cotidianos o al lugar elegido para pasar el día de navidad; en las casas todo era actividad, pues la gente se estaba preparando para el día de trabajo. Por supuesto que ninguno de los apurados transeúntes o pacíficos peatones, ni los asaltados pensaban en un probable robo. Nada hubiera justificado tal sospecha o pensamiento; todo se desenvolvía regularmente en ese pequeño lugar. Entonces, sucesivamente, algunos hombres armados con escopetas y revólveres, bajaron de un automóvil, atacaron el coche de la compañía disparando contra sus ocupantes, que respondieron a la descarga. Los peatones y transeúntes, sorprendidos y espantados por el inesperado tiroteo, para escapar del peligro salieron corriendo en todas direcciones. Desvalijando el coche de la compañía, los bandidos volvieron a su automóvil y desaparecieron. Todo esto ocurrió en pocos minutos.

Ahora volvamos a los perjuros del Estado.

El pagador de la Bridgewater Shoe Company fue el único de ellos que tuvo un poco de coraje moral. Rehusó identificarme “positivamente” como uno de los bandidos, aunque en el proceso hizo todo lo que pudo para testificar contra mí con más energía que en la audiencia preliminar. Evidentemente fue obligado a herirme tanto como fuera posible. De todos modos, un tiempo después abandonó el empleo de la compañía. El pueblo dijo que esta actitud se debió a su negativa de identificarme “positivamente”.

Bowles, el guardia de la compañía, que había estado en el automóvil, me identificó “positivamente”, aunque, según su propio testimonio, tuvo menos tiempo y oportunidad de mirarme que el pagador. Dijo que el chauffer cayó herido al primer disparo y el automóvil empezó a hacer zigzag. Con la mano izquierda manejaba el auto y con la derecha disparaba contra los bandidos. Durante ese tiempo no hizo otra cosa que mirar a los bandidos. De modo que tenemos que vérnoslas con un individuo que se proclama a sí mismo héroe. Vale la pena contar cómo llegó a identificarse. Como guardián de la compañía, policía especial y uno de los asaltados, estaban tres veces interesados en nuestro arresto y en venir a vernos. En efecto, vino y... “lo reconoció” dirá el lector. Hizo más que venir a vernos: durante tres o cuatro días con sus correspondientes noches, se trajo, en el automóvil de la compañía,

el pueblo de Bridgewater a la comisaría de Brockton para que nos viera.

Nos había visto, por consiguiente, durante cuatro días consecutivos, pero no pudo identificarme ni a mí ni a Sacco. Luego estuvo en la comisaría de Brockton y en el mismo automóvil de la compañía en el que fui traído de Brockton a la cárcel de Plymouth, pero tampoco me identificó. Mientras tanto, el jefe de la policía, Stewart había decidido fraguarnos un proceso y Bowles se convirtió en su instrumento. Finalmente, en el día fijado para la audiencia preliminar, Stewart y Bowles vinieron a Plymouth de Bridgewater para llevarme en un automóvil al tribunal de Brockton nos encontramos con un cortejo funeral y Stewart se vio obligado a parar el automóvil. Cuando el coche fúnebre pasó ante nosotros nos descubrimos.

Fue en ese momento cuando Bowles, dándose vuelta hacia Stewart, exclamó: “¡Voto a bríos, creo que he visto antes a este tipo!” se refería a mí, y Stewart aprobó con un movimiento de cabeza. Entonces Bowles me preguntó: “Dime, Bart, ¿me has visto alguna vez? ¿Me conoces?”. No sabiendo aún quién era (iba humildemente vestido) le contesté “No, no le conozco, no recuerdo haberle visto en ninguna parte”. Repetí mis palabras como un eco mientras el automóvil se ponía en marcha. Seguro de mi inocencia, de la sinceridad de mi contestación y creyendo que me había hecho una pregunta puramente casual no presté atención a lo que se había dicho ni pensé que mis palabras podían haber sido peligrosas. Pero pronto, ya en el tribunal, tuve que abrir los ojos cuando vi a Bowles dirigiéndose al estrado y le oí decir que yo era uno de los bandidos. Todavía es mi héroe, hijo distinguido de su época y merecedor de un premio.

Otro de los perjuros del Estado fue un estudiantuelo de catorce años, un vendedor de diarios que se calificaba a sí mismo de “estudiante”. Es un defectuoso mental. Cuya falta de vergüenza y de conciencia el puso de manifiesto como un pusilánime. Llegará el día en que expondré minuciosamente el proceso fraguado en Plymouth y entonces reproduciré su testimonio. Ahora, para ser breve, lo omito.

Mrs. Georgina Brocas fue una testigo para identificarme “positivamente”; y su testimonio también merece ser esbozado. Es como sigue: por la mañana salió de su casa para ir a pasar el día de navidad a la casa de sus padres en Providence, R I llevaba consigo un chico de cuatro años y una valija. En un momento dado, cuando iba a cruzar una calle vino un automóvil estacionado con el motor en movimiento, en el otro lado de la calle y ocupado por cuatro o cinco hombres. Concentró su atención en el hombre que estaba al volante. “Le eche una atenta mirada”. Al cruzar la calzada lo miró otra vez y éste la miró de “soslayo”. Después de haber cruzado la calle, le hecho otra mirada. Es su camino hacia el depósito, mientras llevaba la valija en una mano y retenía con la otra al chico, se volvió varias veces a mirar al hombre del volante que, según esta señora, era yo.

Pero esto no es todo: ya en depósito, sacó un boleto y luego se asomó a la ventana que daba a la calle en que tuvo lugar el asalto. El tren para Providence, dicho sea de paso debía haber salido de Bridgewater en el momento en que se verificaba el asalto, pero esa mañana se retardó, tal vez para

dar oportunidad a la señora de testificar a favor del Estado. En efecto, dijo que oyó las detonaciones y vio el fuego de los revólveres al ser descargados. Ahora bien, se comprobó que entre la ventana y la escena del crimen se levanta un edificio que obstruye completamente la vista del punto donde se realizó el atentado, salvo para el que puede ver a través de las paredes. La testigo dijo que sufría de los ojos y que su vista estaba muy afectada, hasta el punto que, como más tarde lo admitió, no hubiera reconocido a su propia madre si la hubiera encontrado en la calle ataviada con diferente traje.

No obstante, vio a través de un edificio. Para que se diese crédito a su increíble narración y se justificase su razonable interés y sus miradas al “hombre del volante”, Georgina Brooks dijo que obró así porque “todo eso le pareció algo sospechoso” (el automóvil y los hombres). Utilizó esta mentira como un medio de unir en un todo coherente lo que había dicho antes: tal las perlas sueltas por cuyos agujeros se pasa un hilo para formar un collar. ¿Por qué no tomó el número de matrícula del automóvil? ¿Por qué miró solamente a uno de los hombres? ¿Por qué no avisó por teléfono a la policía? Nadie que conozca la prontitud norteamericana para hacer tales cosas, a la más leve sospecha y cuán numerosos son los automóviles, puede creer su excusa.

El que describió mi cabeza como una “conformación extraña, parecida a una bala”, (¿Por qué no a la de un negro?) fue, si no recuerdo mal, el cuarto y último de mis identificadores. Después de haber hablado de “descargas de balazos y de gente escapando en todas direcciones”, mi abogado le preguntó si él también había escapado u ocultado tras algún árbol. Contestó: “Quise hacerlo, pero estaba tan espantado que no pude moverme del sitio en que estaba parado”. En otras palabras, estaba petrificado de terror, la condición más probable y más adecuada para ver, individualizar y recordar a un extraño, visto durante algunos segundos en medio de una gran confusión.

Mr. Y Mrs. Johnson, West Bridgewater, propietarios de un garaje en el que Boda guardaba su automóvil, fueron los únicos testigos del Estado que dijeron algo verídico. Testificaron que en la noche del 5 de mayo de 1920, Boda, Orciani, Sacco y otro hombre estuvieron en su casa para sacar el automóvil de Boda. Mrs. Johnson había telefoneado a la policía por nuestra detención. Por supuesto que ellos, sobre todo ella, hicieron todo lo que pudieron para dañarnos con su testimonio. Para obtener los 200 dólares del premio era necesaria la convicción. Presentarlos en contra mía constituía una abierta violación a la ley, porque ninguno de ellos me había identificado como uno de los hombres que había estado en su casa. El día de mi convicción o al siguiente. Mrs Johnson fue a las oficinas de la Bridgewater Shoe Company para pedir los prometidos doscientos dólares del premio. La compañía rehusó pagarle, diciendo que no daría ni un centavo hasta que yo no hubiera sido sentenciado. Mr Johnson se puso iracundo y prometió tal tole tole para cobrar los 200 dólares que el periódico de Bockton tuvo oportunidad de hacer un buen tiraje alrededor del asunto. Estos fueron los principales testigos del Estado y sus cuentos; el jurado, prestándoles fe, apoyándose en ellos halló que yo era culpable.

Excepto Mrs. Brooks, cuyo comportamiento en el tribunal fue descorazonador, mi proceso hubiera sido como un día de vacaciones o un picnic para los testigos del Estado.

Todos los de Bridgewater acudieron en masa a mi proceso durante varios días; se mofaron y burlaron cínicamente de mí y de los italianos que fueron al tribunal; fueron perjuros con una indiferencia monstruosa, hasta demostraron alegría; representaron el rol de un “público americano hostil”, de una pandilla que sirvió de contrapeso, a los ojos del jurado, a las manifestaciones de simpatía de los italianos hacia mí.

A mi llegada a Plymouth, Mass de ocho años antes de mi detención, usaba barba, pero la forma y el aspecto de mis bigotes eran enteramente iguales a esa época cuando fui arrestado. A los dos años de mi llegada a Plymouth me afeité la barba, pero conservé el cabello y el bigote como antes. En consecuencia, mi cara era familiar a todos los habitantes de la ciudad, precisamente porque había sido un vendedor ambulante de pescado y había trabajado mucho, tiempo en la Cordage Company y tomado parte activa en la huelga. De modo, que, después de haber oído la descripción que los testigos del Estado hacían del bandido, le dije a Vahey que podía convocar a los vigilantes de Plymouth, a los contratistas norteamericanos para quienes había trabajado y a todos los prominentes hombres de negocio italianos y peluqueros, para que declarasen que yo nunca había llevado mi cabello a la “Pompadour” ni mis bigotes a los de Carlitos Chaplin, ni cortos ni con las puntas afeitadas. Mr. Vahey no hizo nada acerca de esto, excepto el decirme que los contratistas habían olvidado los rasgos de mi fisonomía. Pero fue obligado a presentar a varios hombres y mujeres que habían ofrecido su testimonio en este respecto. Todos ellos eran vecinos míos, trabajadores italianos, menos Mr. Ferrari, un cervecero. Por consiguiente, seguí insistiendo ante Mr. Vahey para que presentara testigos más valiosos ante el jurado. Y cuando me di cuenta que no iba a presentar a ningún vigilante, ni hombres de negocio, ni peluqueros en mi ayuda, le puse en el dilema de que si no desarrollaba una defensa más vigorosa tomaría otro abogado y a él lo denunciaría ante los tribunales. Mis ojos deben haber sido más expresivos que mis palabras. Mr. Vahey cedió; mandó entonces, a último momento, a su agente Doviglio Govoni en busca de algunos vigilantes y peluqueros. Govino volvió al tribunal con un peluquero italiano y dos vigilantes americanos. Estos últimos testificaron que me conocían hacía ya muchos años y que me veían casi diariamente, y que me habían visto siempre con el cabello y los bigotes tal cual los llevaba en ese momento. Sin embargo, su comportamiento fue nervioso y atolondrado mientras estuvieron en el estrado; su testimonio estuvo muy lejos de ser tan vigoroso como debía haber sido. El hecho es que después de todo eran policías que trabajaban para sí y para sus familias, y sabían que el juez, el fiscal y la Cordage Company estaban todos contra mí y, por consiguiente, se atemorizaron de testificar en mi favor. A no mediar este pensamiento su testimonio hubiera sido más firme y convincente.

Ahora, unas cuantas palabras acerca del peluquero.

En el norte de Plymouth, donde residí durante ocho años, hay cinco peluqueros italianos. Cuatro de ellos son bien parecidos, hombres inteligentes que dominan ambos idiomas, el italiano y el inglés. El otro es un buen diablo que no habla bien ni el italiano ni el inglés. Habla el napolitano, pero con dificultad también. Ninguno de estos cinco hombres profesan mis ideas, algunos son adversarios políticos míos, pero todos ellos hubieran venido a testificar en mi favor. Ahora bien, sea porque tal

haya sido mi suerte o por la malicia o por ambas cosas a la vez, como parece haber sido, lo cierto es que Mr. Govoni trajo al tribunal al peluquero que habla con dificultad el inglés. A pesar de todo, la verdad se dice fácilmente y el testimonio de nuestro hombre fue muy bueno. Dijo que me conocía hacia ya varios años, que me había afeitado y cortado el pelo muchas veces, que yo siempre he llevado el cabello y los bigotes tal cual los tenía en ese momento, que mi cabello es corto y que es imposible cortármelo a la “pompadour”. Preguntado si alguna vez había afeitado la punta de mis bigotes, contestó negativamente: “Vanzetti ha llevado siempre los bigotes largos; sólo le he afeitado algunos pelitos que tenía en el centro del labio superior, debajo de la nariz y que se inclinaba hacia la boca”.

Este fue aparentemente el punto débil de su testimonio que Katzmann se había esforzado maliciosamente en obtener. Una vez logrado, Katzmann lo explotó hasta el extremo, utilizando vergonzosamente el detalle de “uno o dos pelitos” para probar la propia contradicción e insinceridad del testigo. Digo que no sólo fue vergonzoso, sino criminal el comportamiento de Katzmann.

Todo peluquero italiano puede explicar que afeitar uno o unos cuantos pelitos de un bigote largo y espeso, no significa necesariamente afeitar las puntas; que esta operación sin importancia alguna no hace observable ninguna diferencia en el aspecto y la forma de los bigotes; que recortar los bigotes significa acortarlos desde el centro hacia los extremos, y que hay tal diferencia entre unos bigotes plenamente crecidos y otros recortados, que se nota a primera vista. Fue especialmente para poner de manifiesto esta explicación que obligué a Vahey a presentar a los peluqueros italianos. Katzmann también utilizó su lengua viperina en contra del tartamudeante testigo y contra su mísero inglés y condición extranjera con el fin de despertar el odio racial del jurado y de desconfianza. No obstante, pese a todo, testigos de la defensa, en este respecto, había más que suficiente, en calidad y número, para convencer al jurado, más allá de toda razonable duda, de la veracidad de la tesis de la defensa. Consciente de ello y temiendo una absolución, Mr. Katzmann recurrió a una de las artimañas más innobles que se haya utilizado jamás en un tribunal provinciano y ante un jurado provisional. Volvió a llamar al estrado a Mr. Ferrari y le requirió la descripción de los bigotes, barba y cara de varios hombres de la ciudad:

1. Mr. Ferrari ¿conoce usted a fulano de tal?

1. Sí.

1. ¿Qué clase de bigote lleva?, y así continuó.

Katzmann no dejó de preguntarle a Mr. Ferrari acerca de los bigotes de hombres que iban siempre

afeitados. Le estaba tendiendo un lazo. Todo esto es inconcebible, porque Ferrari no testificó como un experto en cabellos y bigotes, sino como fisonomista. Pero Katzmann tenía su fin secreto y finalmente pidió a Ferrari que describiera la barba y los bigotes del gerente del Plymouth House (un Hotel). El testigo dijo: “Mr... (He olvidado su nombre) no tiene ni la barba ni los bigotes parecidos a los del hombre ordinario. Los pelos de su barba son muy raros, blancos, finos, suaves; los lleva enteramente largos, tal vez más largos de media pulgada, pero se destacan muy bien de la piel cuyo color es oscuro. Sus bigotes son pequeñitos y sus cabellos son, como los de su barba, blancos, finos como los de la cara de una mujer de edad avanzada”. Era una descripción magistral, la verdad fielmente pintada; nadie que conociera el asunto podía negarlo. Pero Katzmann preguntó: “¿Qué clase de bigote lleva B. Brini (entonces tenía trece años)?”. El testigo sonrió en la cara del fiscal, luego habiendo notado la cara afeitada y lisa de éste, contestó: “igual al suyo”. Esto pareció finiquitar la interrogación hecha, aparentemente, sin sentido. Pero Katzmann ya había concebido su plan, y helo aquí:... El gerente de la Plymouth House entra en el tribunal, sonriendo y haciendo reverencia al juez y al fiscal, que sonrío y le contestan. Pero ya es un hombre diferente, su cara esta lisa y bien afeitada, los pelos blancos, etc., han desaparecido, su conformación tampoco es la misma, un masaje reciente, que debe haber sido prolongado y vigoroso, ha dado color a sus siempre descoloridas mejillas, es irreconocible. Invitado gentilmente por Katzmann, toma asiento en el estrado. Katzmann le pregunta si ha llevado alguna vez barba o bigotes. Contesta “nunca”. Katzmann mira al suelo y luego al cielo raso, luego mira al jurado y después de un sabio silencio magistralmente mantenido, empieza suavemente para terminar con un trueno. “Caballeros del jurado, os ruego miréis la cara de este caballero y luego que creáis, si podéis, lo que (señalando a Mr. Ferrari) ese testigo a dicho”. Volviéndose nuevamente hacia el gerente, Katzmann le dijo “Eso era todo”. El gerente estaba tan contento que al bajar del estrado fue incapaz de hallar la puerta para salir. Nada tengo que decir para explicar esta ignominia, salvo que ambos, Katzmann y Thayer, son clientes del Plymouth House.

En este punto, uno podía pensar para su colete:

“Pero si es verdad que toda la ciudad conoce muy bien a ambos, al acusado y al gerente del Plymouth House ¿por qué entonces acepta la verdad del jurado?” Bien; sólo uno de los jurados era residente de Plymouth y este era capataz de la Cordage Company. Los otros once jurados eran residentes de otras ciudades. Y ya que estoy en tren de aclaraciones, agregaré que la prensa capitalista del Estado nos había linchado más bien que declarado convictos, por su terrible campaña contra nosotros, especialmente en la época de nuestro arresto. El público americano, del que provenía nuestro jurado, fue predispuesto contra nosotros. Leyeron y creyeron la campaña de la prensa contra nosotros, en la que se les dijo desde el comienzo que éramos radicales y directores de huelgas.

La evidencia material presentada por el Estado contra nosotros es: una camisa de franela, de color suave, una gorra gris claro, un Sweater de lana color marrón y las cuatro balas que me encontraron al revisarme. La camisa y la gorra gris fueron presentadas para que correspondieran con el testimonio de algunos de los testigos del Estado, que habían dicho que el bandido llevaba una camisa y una gorra como las que he mencionado recién. El hecho de que la camisa exhibida fuese la única de mis cuatro camisas de lana de color suave fue un detalle completamente ignorado por la defensa así como ignoraba que tenía dos sweater de lana del mismo color rojo subido y cuello alto, que había llevado constantemente uno de ellos en el invierno y que me cubría enteramente la camisa. Esta hubiera sido una tesis negativa y todos aquellos que han pasado por la rodalia de un proceso saben por amarga experiencia cuán difícil es probar una tesis negativa, por más evidente que sea.

Pero la defensa podía haber probado que el fraguador del proceso, Stewaet, se había apoderado de esa ropa ilegalmente. Yo era pensionista en una casa privada. Mr Stewart tenía sólo derecho a apoderarse de todo lo que hubiera en mi pieza, pero él anduvo rondando por la casa en busca de una camisa y de una gorra que le sirviera a satisfacción. La camisa y la gorra estaban colgadas de un clavo en la escalera del sótano, de allí las sacó. Podían haber pertenecido a cualquiera, ya que hay millones de camisas y de gorras de esa clase en circulación; creo. Por lo tanto, que el valor del testimonio de mi camisa y de mi gorra se reduce a nada, de modo que no hablaré más de esa “evidencia”, pero sí sobre las balas.

¿Es creíble que si yo hubiera sido uno de los bandidos y hubiese usado la escopeta y algunas balas en el asalto, es concebible, repito, que haya llevado en mi bolsillo las balas que quedaron, después de cuatro meses y mientras iba a visitar a los amigos? Bien, es necesario decir cómo me incauté de las balas. El día de mi detención había estado en la casa de Sacco. Se estaban preparando para irse a Italia; la casa estaba toda trastornada. Rosa Sacco se ocupaba de llenar los baúles. Mientras me hallaba con ellos en la cocina vi esas cuatro balas sobre la mesa o al lado de la chimenea. Se me ocurrió llevárselas a uno de mis amigos de Plymouth. “¿Vas a llevar estas balas a Italia?” Sacco contestó: “Haremos ejercicios de tiro en los bosques si tenemos tiempo y si no las tiraremos”. “Dámelas -dije- se las llevaré a un simpatizante de Plymouth y obtendré de ellas cincuenta centavos para la propaganda”, y diciendo esto tomé las balas y las puse en uno de los bolsillos de mi traje, donde me las encontraron cuando me detuvieron. Ahora bien, cuando comenzó el proceso, Sacco y su compañera se ofrecieron para explicar el hecho tal cual había ocurrido, pero Mr. Vahey se opuso enérgicamente a su intención de testificar, e insistió hasta que estuvieron persuadidos de que no debían hacerlo.

Vahey justificó su actitud diciendo que tal cosa podía dañar a Sacco cuando fuera juzgado por el proceso de Braintree y podía complicarme a mí en el cargo. No solamente dijo esto a Sacco y a Rosa, sino también a mí y a nuestros amigos. El que lograra persuadirnos a todos nosotros prueba, lisa y llanamente, nuestra ignorancia e inexperiencia en los procedimientos judiciales, pero no oculta ni disminuye su conciente traición. En efecto, Mr Vahy sabía en esa época que yo sería procesado por el crimen de Braintree, que el Estado podría presentar las balas como material de evidencia en el próximo proceso, independientemente del testimonio de Sacco y su compañera en mi proceso, en el

llamado caso de Plymouth. Ocurrió que fui complicado en el crimen de Braintree, pero no se presentaron las balas como prueba en contra mía.

El segundo proceso fraguado fue completamente diferente al anterior. La verdad, la única verdad posible, es que Mr. Vahey, mi abogado defensor, se opuso e impidió su testimonio porque temía que podía ser decisivo en el estudio de mi absolución. Sobre todo porque el Estado hubiera sido incapaz de probar, ni siquiera de provocar la duda, de que yo hubiese poseído una escopeta en el momento de mi detención o antes.

POR QUÉ NO TESTIFIQUÉ

La ley de esta nación concede a un acusado el derecho de testificar o no a su favor; dependiendo esto de su voluntad. El testificar, como no testificar, son asuntos de gran importancia e influyen en el resultado de todo caso. El jurado popular excusa y justifica, en ciertos casos, la negativa del acusado en testificar; pero en casos que se relacionen con robos, fraudes, asesinatos, etc., el jurado popular considera semejante negativa como un signo de culpabilidad, como el índice de que el acusado es incapaz de rechazar con su testimonio la teoría del fiscal. Preparar el testimonio del acusado es uno de los primeros deberes y la principal tarea de un abogado defensor honesto implica también recíprocamente confianza entre el abogado y el acusado. Yo quería llenar ese requisito pero Mr. Vahey se opuso y resistió hasta que acepté su parecer. Pues bien, todo indicaba que debíamos testificar y no hacer lo contrario, como lo probó el ulterior desarrollo del caso. No obstante no sé si debo atribuirlo todo a la actitud de Vahey, a la mala fe o a la condición equívoca y a las relaciones que había entre él, mis amigos y yo.

Debido a su actitud y comportamiento anterior y presente, mis amigos y yo habíamos sido inducidos a considerarle como a nuestro enemigo y nuestro traidor y a temerle como tal, y en esta condición nada bueno se podía hacer y tampoco era posible la recíproca comprensión. ¿Temía él mi futuro testimonio y, si era así por qué motivo y de qué tenía que estar atemorizado? No hallo contestación para estas cuestiones, pero su conducta no le justifica. ¿Creen Uds. Que Mr. Vahey trató de preguntarme, suponiendo que él fuera el fiscal de un distrito imaginario, qué habría dicho yo sobre esto o aquello, o sobre esta o aquella cuestión cuando tuviera que declarar en el estrado como se hace en todo caso y por todo abogado defensor honesto? ¡Oh, no!, ni por un instante. Me preguntó cómo explicaría desde el estrado el significado del socialismo, comunismo o bolchevismo, si era interrogado en ese sentido por el fiscal. A tal pregunta yo daría una explicación sobre esos temas arriba mencionados.

“No, si usted va a decir tales cosas a un jurado ignorante y conservador, lo mandarían directamente a la prisión del Estado”. Entendiendo que ésta no era una razón en contra de la actitud que yo quería adoptar en el estrado, sino una excusa para impedirme testificar, porque Mr. Vahey también es un abogado y como tal sabía cómo haber impedido al procurador del distrito el hacer preguntas acerca

de cuestiones políticas, enteramente extrañas al caso, diciendo que yo no era procesado por ideas políticas, sino por asalto. Esto, por supuesto, hubiera sido una mentira, pero hubiera bastado para llamar al orden a Katzmann, impidiéndole hacerme preguntas sobre mis ideas políticas, de esta manera destruía lo que fingía temer tanto. Por lo tanto me veo obligado a decir que no testifiqué en mi favor, porque mi abogado no me lo permitió y creo que lo hizo así porque temía que yo convenciera al jurado de mi inocencia, y porque sabía que la negativa es considerada por el jurado como un signo de culpabilidad.

Esto es todo.

EL VEREDICTO

Al aumentar los cargos ante el jurado, El juez Thayer les dijo que no debía prestar atención a la segunda parte del proceso: “intento de matar”. Porque -dijo- según los testigos del Estado el hombre que tenía la escopeta tenía amplia oportunidad de herir o matar a cualquiera. El hecho de que nadie haya sido herido ni matado prueba que no había intención de matar; que sólo usó el arma para intimidar. El jurado se retiró y volvió cuatro horas más tarde con un veredicto de culpabilidad para las dos acusaciones: “culpabilidad de intento de robo y culpabilidad de intento de matar”

El juez Thayer pudo haberme sentenciado, con gran contento suyo el mismo día en que se dio el veredicto. Había sido enemigo mortal, previsto el resultado del proceso, todos los medios posibles en contra mía, y estaba ya determinado a darme la pena máxima. No obstante, por razones fácilmente conjeturables, esperó varias semanas antes de sentenciarme. Finalmente, el 16 de agosto de 1920, en el tribunal de Plymouth, el juez Webster Thayer me sentenció de 12 a 15 años de cárcel, que cumpliría en la prisión del Estado. Con un comportamiento magistral de hipocresía no sobrepasada, dejó de lado el veredicto de culpabilidad de intento por matar, y entonces, me sentenció sólo por “intento de robo”. Con esta diferencia, que me aplicó por intento de robo una condena más larga que las de todos aquellos que estaban en la prisión del Estado cuando yo llegué allí muchos de ellos condenados por intento de robo, de matar o de haber asesinado a sus víctimas. Puedo citar a una docena de esos casos. Pero Thayer no se contentaba con tan poco... con sentenciarme, sino que insultó mis principios, mis ideales y la verdad, diciendo: “los ideales del acusado están emparentados con el crimen”. Sólo estas palabras prueban irrefutablemente el odio y los prejuicios del juez contra nuestra persona y nuestros principios.

Así terminó la innoble parodia de un proceso conocido con el nombre de proceso de Plymouth, que destrozó mi existencia y sumió en el dolor y la amargura los corazones de los seres amados.

DESPUÉS DE LA SENTENCIA

Fui encarcelado y llevado en un automóvil a la prisión del Estado de Massachussets, desde donde estoy escribiendo ahora. Otros dos automóviles cargados de guardias armados, escoltaban el que me llevaba. Pocas horas después de la sentencia oí cerrar la puerta de hierro de la prisión tras mí; minutos después estaba alojado en una oscura celda. Para nosotros, la convicción de Plymouth era uno de los mojones que nos conducían a la silla eléctrica. Esto explica los esfuerzos de la ferocidad con que Webster Thayer y Frederick Katzmann trataron de obtenerla. Ambos sabían que ellos presidirían y proseguirían nuestro caso en el próximo proceso, en Dedham. Nada había contra Sacco; pero, conscientes de su debilidad, comprendieron la gran importancia y la necesidad de mi convicción. Thayer no quería nuestros procesos aparte. Sacco se sentaría en el banquillo al lado de un hombre ya convicto en cargo similar. Los jurados lo sabrían, (leen los diarios), sabrían que somos viejos camaradas, ambos italianos, desheredados que emigraron a México para escapar al servicio militar. Katzmann sabía que en tales condiciones podía herir a Sacco con todo lo que se presentaba contra mí, y a mí con todo lo que se le echara a Sacco. De modo que el proceso y la convicción de Plymouth explican el proceso y la convicción de Dedham. Con las consideraciones y explicaciones dadas más arriba, mi esbozo del proceso de Plymouth llega a su fin.

SITUACIÓN ACTUAL Y PERSPECTIVAS

Estamos esperando ahora la decisión de la Corte suprema del Estado. Como sabéis, la apelación a dicha corte fue presentada y discutida por Mr, William G Thompson, un hombre y un jurista de gran reputación. Tanto sus argumentos escritos y orales, como sus documentos sobre el caso, son monumentos de agudeza humana y de ciencia judicial. Con un hombre así como defensor, tenemos motivos para esperar una victoria. Por supuesto que si la decisión de la Corte es negativa, estamos perdidos. Si nos conceden un nuevo proceso tendremos que luchar y la victoria libertará a Sacco enseguida. En cuanto a mí. Tendré que cumplir la sentencia de Plymouth, de 12 a 15 años de cárcel. Habiendo pasado seis años en la prisión, me quedarán otros seis para cumplir la pena mínima o nueve para la máxima. Sé que los seis años de pasión que he padecido me han destrozado. Soy tratado como un desamparado, como sin alma, ni un centavo acudiera a mí ayuda. Unos pocos años más de semejante régimen y me convertiré en un espectro humano. No quiero y no puedo cumplir otros seis o nueve años de prisión por un crimen que no he cometido. De todos modos trataré de que mi destino no sea igual al de Ricardo Flores Magón. Porque ¿para qué me servirá la libertad cuando esté reducido a una larva de hombre? No obstante, espero que los acontecimientos seguirán un curso diferente, especialmente porque contamos todavía con la solidaridad de los camaradas, de muchos trabajadores y amigos. Esto salvó nuestra vida; también nos libertará, tal es mi pensamiento. Mr. Thompson está interesado también en el primer proceso y luchará por él también.

Me parece que las palabras expresadas más arriba acerca de las condiciones y del tratamiento a que estoy sometido son oscuras y poco adecuadas para que se comprenda bien el asunto. Para evitar este inconveniente, trataré de ser claro y emplearé términos concretos para ellos. Hablando en absoluto, no soy maltratado, un poco de odio, de desprecio y de abuso. Pero yo y algunos otros no lo permitimos y somos tratados bien por la mayoría de ellos. Tengo un trabajo ímprobo en un lugar lleno de gas y de olor a pintura y he estado alojado en una de las más pequeñas celdas de la planta baja, pero últimamente he sido trasladado a una celda mejor. Ahora bien, prestad atención, permanezco siete horas en un lugar lleno de gas, 40 minutos en un patio polvoriento, apiñonado de gente, 16 horas en una estrecha celda que tiene 8 pies de largo y pie y diez pulgadas de ancho. Tal es mi vida diaria, salvo en los días de fiesta en los que debo permanecer de 21 a 23 horas en mi jaula. ¿No es esto suficiente para matar a una mula en el término de pocos años? Hasta ahora no he hecho nada contra esto, debido a la certidumbre de que no habría un nuevo proceso. Hubiera rehusado la probable conmutación de la pena y elegido la silla eléctrica antes que la vida en la cárcel. De modo que no me importa ir perdiendo la salud ya que esperaba que me mataran pronto. Pero si las cosas cambian, no soportaré pasiva y silenciosamente un lento asesinato. Lo que he visto, sufrido y comprendido me permite creer y decir que quieren arruinar mi vida de tal manera que, si se vieran forzados a liberarme, dejarían salir de la cárcel a una sombra de hombre.

Ahora también en nombre de Sacco, cuyos sentimientos estoy seguro de expresar, envío a los

trabajadores, camaradas y amigos mexicanos, nuestro saludo augural.

Vuestro de todo corazón.

Bartolomé Vanzetti

P. S. – La Corte Suprema se expidió contra nosotros; es caso perdido. La esperanza de un nuevo proceso concedido por la Corte no fue más que una ilusión. Escribía mientras estaba influido por el general optimismo de nuestros camaradas, pero a la primera dilación en la resolución que esperábamos me di cuenta de lo que decidiría la Corte. Presentí mi condena y decidí declarar una huelga de hambre el 1º de mayo, pero mis camaradas insistieron de tal modo que no lo hiciera así, que cedí. La silla eléctrica será, probablemente, el fin de todo esto, pero antes que me asesinen he de escribir mi testamento.

LIBERTAD O MUERTE

Nicolás Sacco y Bartolomé Vanzetti

A los compañeros, a los amigos y al proletariado revolucionario

Muchas veces, durante nuestra prisión, os hemos dirigido la palabra a través de los barrotes que nos privan de la libertad y de los más elementales e inalienables derechos.

No para invocar vuestra solidaridad -ella vino espontáneamente, generosa y pronta, y se afirmó cada vez más a medida que la magistratura y los esbirros revelaban el propósito de perdernos por cualquiera medida y a toda costa- sino por fe, por pasión, por gratitud y por orgullo, os hemos dirigido la palabra.

Por fe: y os dijimos que sólo vosotros podéis arrancarnos el verdugo y devolvernos a la vida que es la libertad, acción, amor y odio; que de vosotros y no de la ley, esperábamos justicia.

Por pasión: y os gritamos con el ánimo indignado, del sadismo de la persecución, las mentiras y la duplicidad demostrados y usados contra nosotros por el juez Webster Thayer y por el procurador Katzmán. Y gritamos la trama urdida por la policía -a la orden de aquellos- para crear, con la corrupción, la amenaza y la venganza, todos los testimonios falsos de la acusación, sin los cuales hubiera sido imposible, no ya condenarnos, sino hasta acusarnos; y os dijimos que los jurados -en menos de 4 horas, después de un proceso que había durado 8 semanas- encontraron el modo de

condenarnos a la cadena capital.

Después, cuando el veredicto de muerte os fue informado, vosotros compañeros y trabajadores, habéis sabido rugir la ira y el dolor que os abrasaban el pecho, aprestándoos a toda audiencia y desafiando las puntas de las bayonetas de los inconscientes hermanos soldados, y la brutalidad de los mercenarios esbirros, os habéis arrojado a las calles y a las plazas de cada ciudad del mundo, gritando a la faz de los representantes y servidores de vuestros jueces, de nuestros verdugos y perseguidores, que vosotros no estáis dispuestos a dejar cumplir impunemente nuestro asesinato.

Y el estallido de la dinamita libertadora se unió a vuestro grito inmenso, titánica voz de dolor, de voluntad, de perdición y redención. Y nosotros os hemos dicho que a ese grito y a ese estallido debemos nuestra vida. Las fieras sintieron quemar encima del pelo y aflojaron el nudo. De otra manera se hubieran apresurado a entregarnos al verdugo que, en el silencio de una mala noche, nos habría atado y abrazado sobre la hoguera sin llamas del siglo XX.

Pero vosotros que, durante la más ciega reacción de la historia, habéis sabido cumplir un gesto tan bello y tan poderoso de la solidaridad, como pocos nos recuerda la historia del proletario, vosotros no desarmáis, confiados y decididos: el arma al pie. Y no por creída necesidad, sino por impulso del corazón, hemos exteriorizado nosotros la gratitud y el orgullo de pertenecer a vuestras falanges, sacras al devenir humano. ¡Por impulso del corazón!... y hemos, aunque sabiéndolo, repito mal lo que alguno de vosotros dijo con maestría, lo que vosotros todos sabéis.

Ahora, empero, queremos deciros nuestro pensamiento sobre nuestra presente situación -situación incierta, oscura, penosa, preñada de incógnitas. Y haciendo esto, creemos cumplir un deber hacia nosotros mismos, hacia vosotros y hacia la gran causa en común. Nuestra forzada impotencia, desviándonos de la responsabilidades propias de cada militante, nos impone el rigor del silencio sobre las cosas que nos conciernen de cerca, sea como hombres, sea como revolucionarios- pero no el ser viles. Examinemos, pues, juntos, nuestra presente situación y la de todos los prisioneros de nuestra guerra.

Al hacer esto, nos hallamos obligados a comenzar... desde el principio y a repetirnos. Es una necesidad pero no es un mal, porque mientras el daño y la vergüenza duran e invadan todo, *conviene repetir...*

Vosotros lo sabéis: Desde cuando, debido a la desidia de los dos primeros abogados encargados de nuestra defensa, Katzmann y Thayer tuvieron la primera, fácil cuando importante victoria en el proceso de Plymouth, a cargo de uno de nosotros, las cosas han cambiado asaz, y más cambiaron después del proceso de Dedham. Indudablemente cambiaron para mejor. La misma prensa burguesa que al tiempo de nuestro arresto cumplía contra nosotros un verdadero linchamiento moral, ahora y desde mucho tiempo, ha cambiado el tono. Ella, casi unánime, ha declarado injustificable el

veredicto de Dedham.

La defensa ha obtenido la retractación de dos importantes testigos de la acusación, y ha descubierto que un tercero, Goodridge, no es Goodridge, y que éste antes de ser un perjuro, fue un ladrón, un embrollón y un bígamo. Además de esto la defensa ha hallado un nuevo testigo en la persona de Roy E Could, el cual se encontraba presente en el asalto, ha visto a los autores y niega nuestra presencia en el lugar. Se han obtenido muchas otras evidencias que, por brevedad, dejamos de exponer, pero de tal valor como para asegurar, en un caso común, la revisión del proceso.

¿Pero debemos esperar, por eso, obtener justicia?

Absolutamente, no. Nos lo dijo con magistral sapiencia, el mismo juez Thayer hace un año casi. Recordaréis que él fijó la audiencia requerida por la defensa para pedir un nuevo proceso, para la víspera de navidad. El había decidido ya rehusarnos el proceso, y escogió con cristiano espíritu la víspera de Navidad, para alegar a los nuestros y a nosotros con su comprensibilísimo, no. Recordáis también su denegación. Discurso famoso, digno de él. Dos piezas de impostura, de bilis, de vanidad, y de mala fe. En aquel discurso Thayer citó una jurídica meada fuera del tarro de un colega suyo; hela aquí, sino textualmente, al menos en substancia: *“Los jurados pueden negarse a creer a los testigos de la defensa, aunque sean más numerosos que los de la acusación; y pueden basar su veredicto de culpabilidad aun creyendo a uno solo entre todos los testigos de la acusación”*

Thayer preparará otro discurso para cuando nos rehusé nuevamente el proceso, porque él siente la necesidad de cubrir el espíritu con la letra, pero si quisiera apresurarse podría justificar su nueva denegación repitiendo, simplemente, las palabras ya proferidas y que nosotros trascribimos.

Entonces, diréis vosotros, ¿por qué habéis pedido la defensa legal? Nosotros la hemos requerido, y vosotros la habéis financiado, por buenas razones.

Presos por la violencia, acusados y constreñidos por la violencia a un proceso, hemos debido recurrir a la defensa legal, la cual es la sola defensa reconocida por la ley, para ser tutelados en nuestros derechos, y para demostrar, a rigor de ley, nuestra inocencia. Pero no hemos creído jamás que la defensa legal fuese capaz de obtener justicia. No, nosotros hemos logrado demostrar nuestra inocencia. En la más indulgente hipótesis, el jurado no podía condenarnos más que usando la duda contra nosotros. Y el mencionado discurso del juez es todo un esfuerzo para justificar la acción del jurado.

Pero es ocioso hablar de esto. Vosotros, compañeros, amigos y trabajadores, sabéis muy bien por qué nos declararon culpables.

Y el silencio de los jurados, después del proceso, -dijeron que se habían jurado el uno al otro no hablar de lo que pasó en la cámara de deliberaciones- habla por sí mismo.

Para ser libertados debemos obtener otro proceso, y debemos salir absueltos. En consecuencia, el hecho de obtener otro proceso ¿no es decisivo para nuestra libertad?

¿Y debemos decirnos que la defensa legal, por sí sola, es impotente. Deberemos hablarnos de Money de Billings, de los mártires de Chicago, de Joe Hill, de los prisioneros políticos, de los recientes procesos a los mineros y de los últimos arrestos? ¿Debemos decirnos que los Thayer y los Katzmann, que administran la justicia de clase, no se debe esperar más que mal? ¿Que los hombres de la estampa de los “doce buenos hombres del condado de Dedham”, que nos condenaron, y de la estampa de los “doce buenos hombres de los otros condados”, que condenaron a los demás, no han desaparecido, absolutamente, de la faz de la tierra? ¿Y que es absurdo, ridículo, esperar la justicia de la ley de clase de nuestros mortales enemigos?

No, compañeros; si el enemigo que tiene todo que ganar perdiéndonos, advierte que lo puede hacer impunemente, estad bien ciertos; no nos tendréis más entre vosotros. Nos matarán, o nos harán morir, átomo a átomo, entre los muros de sus bastillas, como ya han hecho con los otros.

Y harán así con los demás rehenes. Y los rehenes aumentarán. Las prisiones rebosarán de los más fuertes campeones del trabajo y de la libertad. Y su martirio será el martirio de la misma libertad. Corrupto. Traicionado, confuso y aterrorizado, el vulgo andrajoso se inclinará a la violencia a la astucia del vulgo dorado y en la general ruina nosotros seremos arrastrados y nuestros hijos serán esclavos miserables de otros y de sí mismo.

¡Compañeros! ¡Trabajadores! ¿Lo permitiréis? Nosotros somos impotentes ahora. Nuestro destino y el vuestro, como el destino de nuestros hijos, está en vuestras manos, y no en las manos del enemigo. A nosotros no nos queda más que mirar el patíbulo o la aun más horrenda encarcelación perpetua, sin debilidades y sin bellaquerías.

Adolescentes apenas, conocimos la separación de los nuestros, la odiosidad de los patrones y la villanía del mundo de bien. A los veinte años preferíamos el estudio y la lucha, a los fáciles amores y a la taberna. Y en la larga vigilia que sabe de toda miseria, toda pena, todo insulto y toda humillación, maduró en nosotros esa fe que desafía y vence a todo enemigo y a cualquiera adversidad; la fe que la lucha y el valor templan y no abate. Y sabemos de mucho tiempo, lo que la causa pide y el enemigo sirve...

Por la defensa de la existencia y el triunfo del ideal, estábamos decididos al sacrificio supremo. Pero esperábamos caer en la pugna, a pecho descubierto y con el hierro al puño, cara a cara con el enemigo execrado.

Atroz ironía; se soñaba caer como leones y la realidad nos prepara la muerte del topo. Y, sin embargo, nos conforta la certeza de que, aun así como es, nuestro sacrificio no es vano, sino que madura y apresura la invocada hora del gran desquite.

Sabremos encontrar la fuerza para resistir a la pena cotidiana, y en la no peor de las hipótesis, sabremos mirar a la cara al verdugo que nos ate y lanzar al mundo de los grandes ladrones y de los grandes asesinos nuestra extrema maldición.

La prisión perpetua significa un martirio más largo y más atroz que el de la ejecución inmediata. Pensad también que esa es la pena más redituable a la burguesía, porque ahorra el gasto del verdugo y le da el producto de nuestro trabajo.

En cuanto a nosotros, dadnos *¡Libertad o Muerte!*

A vosotros, compañeros y trabajadores nuestro saludo.

Ahora y siempre por la Revolución Social.

MI ÚLTIMO 1º DE MAYO

Bartolomé Vanzetti

El 5 de abril la Corte Suprema de Massachussets sostuvo por segunda vez la decisión del juez Thayer: “*¡Al verdugo con Sacco y Vanzetti!*”

El nuevo procurador, Wilbur, digno sucesor de Katzmann, había dicho en sustancia, hace ya meses: “*Cuanto antes queman a Sacco y Vanzetti, antes se extinguirá la agitación en su favor, y cesará para nosotros todo peligro*”.

“Yo haré lo que me permita la ley para liquidarlos lo antes posible”.

Por eso no perdieron tiempo: Raney, el asistente procurador, pidió a Thayer que dictase sentencia lo antes posible, y así decidieron para el sábado de la misma semana.

Al amanecer del 9 de abril fui despertado por los guardianes:

“Arriba, Bart, prepárate para ir a Dedham”...

En aquella mañana primaveral, en la sala, inundada de sol y de azul, de la Corte superior de Dedham, un ujier dijo: “Nicolás Sacco levántese”.

Nicolás se levantó y Thayer, cubriendo la alegría anterior con una exterioridad inanimada, comenzó a leer:

“Es considerado y ordenado por la Corte, que usted Nicolás Sacco. Sufra la pena de muerte por medio de una corriente eléctrica que atravesará su cuerpo, la semana que comienza con el domingo 10 de julio, en el año del señor, 1927. Esta es la sentencia de la ley”.

Thayer no pronunció la última fórmula de la formal sentencia de muerte.

“Y pueda Dios, en su infinita bondad, tener compasión de vuestra alma”

El juez verdugo se calló y por algunos segundos reinó el silencio, un silencio de muerte, pero vibrante de vida, en la sala, llena de cielo y de sol, de Dedham, Mass.

Después Thayer, descarnado, lívido y cadavérico apoyó ambas manos sobre el sillón y se levantó lentamente, con trabajo. Quería mirarnos a la cara y reírse de nosotros por última vez, enmascarando la burla atroz con un presunto saludo. Yo lo miré fijamente y vi que le faltó valor: apartó los ojos de nosotros, se contrajo levemente. Alargó el corte de su boca y su boca y su rostro se contrajeron en una mueca débil pero horrible que quería aparecer una sonrisa.

Volviéndose para salir llevó rápidamente la mirada hacia los espectadores sentados en los sillones de los jurados, intentó una sonrisa invitando a la aprobación, pero nadie lo miró. Entonces se encolerizó en su fuero interno y huyó, como un delincuente, de la sala. Se le había caído la máscara: era él. La fiera salvaje.

La prensa dice:

“Cuando Thayer llegó a su gabinete, parecía nerviosísimo, y después de haber corrido la estancia a pasos concitados, varias veces, se detuvo y dijo rápidamente: “Habría podido prolongar su vida algunos años, pero ¿Por qué iba a hacerlo?”

“No hay una línea de las evidencias que no la haya estudiado”

“Estoy listo para comparecer ante Dios en este momento”

Con tales palabras Thayer confiesa que había acelerado la hora de nuestro suplicio para poder luego, finalmente, disfrutar en paz la vida y la victoria, ahora lo harán juez de la Corte Suprema de Massachussets.

Que había estudiado bien los testimonios, de eso estábamos segurísimos por la manera con la que ignoró los más esenciales, y falsificó -para reforzarlos y gozar con ello- los conducentes errores, dándoles vuelta, invirtiéndolos, falseándolos todos, y mintiendo e inventando en justificación de sus cuatro decisiones iguales:

“Al verdugo con Sacco y Vanzetti”

Que Thayer esté pronto para comparecer ante su dios (si no puede hacer otra cosa), él, que teme a los hombres, no nos sorprende: el dios del verdugo Thayer no puede estar hecho más que a su imagen y semejanza: un dios carnicero y liberticida. Eso explica por qué Thayer se embriaga con nuestra sangre y con los jirones de nuestra carne, con la agonía de nuestras compañeras y de nuestros padres, con las lágrimas de nuestros hijos; y pasaría en éxtasis sobre nuestros cadáveres y exterminar a los revolucionarios y a los libertarios todos -esa es su siembra: porque él, carnicero y el liberticida, siervo abyecto del privilegio y de la tiranía cree tener la sanción de su dios verdugo y liberticida y factor máximo de injusticia y de tiranía.

La historia, la ciencia y la experiencia nos dicen que tal fue y es la psicología de los más grandes criminales y tiranos que tienen un dios a su imagen y semejanza que sanciona sus horripilantes injusticias. Es preciso deshacerlos o perecer.

Después el lobo telefoneó a la loba, en Worcester, que todo había ido bien y él estaba en salvo...”gracias a dios”

¡Vil! Nosotros, atados y los pocos presentes inermes, estábamos virtualmente en un campo de esbirros, bajo las bocas de las ametralladoras.

Al día siguiente, sino al mismo día, el asistente procurador Ranney declaró que él no dejará sin tocar ningún resorte para quemarnos.

Hay que decirlo: los sucesos de Katzmann y de William, Wilbur y Ranney, están tan sedientos de nuestra sangre como los primeros. Aun sin tener la atenuante de las pasiones y de los resentimientos personales, comprensibles en sus predecesores que habían proseguido el caso, pero no comprensible en ellos que no participaron en él.

La conducta de aquellos y de los jueces supremos es una prueba tangible de cuanto Kropotkin dice en el apoyo mutuo de los gobernantes.

¿Será este mi último primero de mayo?

Todo me induce a creerlo.

Pero yo quiero contarlo igualmente una vez más y saludar otra vez a los oprimidos y a los rebeldes y a los libertarios todos en la “gloria de su sol luminoso”.

Quiero saludar:

A las gentes del trabajo que, encorvadas sobre la máquina, sobre el surco, sobre el mar y en las minas, da ocio y honores a quien nada produce y todo lo posee.

A los compañeros desterrados en una patria que cada día se torna más madrastra.

A los prófugos por las vías del mundo.

A los confinados en las islas penales.

A los sepultados vivos en las bastillas del capitalismo.

A los desterrados en Siberia.

A vosotros todos, oprimidos, perseguidos, martirizados, que habéis llorado todas vuestras lágrimas.

A vosotros todos, que no doblegasteis, ni doblegaréis el corazón indómito y la voluntad férrea.

Quiero saludar, en fin, la tumba, las fosas conocidas y desconocidas de todos los caídos y cubrirlos de las flores más rojas del jardín de mi corazón. Flores a vosotros, muertos queridos; flores y recuerdos de pensamientos vengadores.

A los vivos les digo:

Valor.

Resistid.

A toda noche sigue la aurora.

Vendrá la hora de la rebelión y de la victoria.

¡Salve compañeros!

Y al bello sol de mayo lanzo mi ¡Viva la ANARQUÍA y la Revolución Social!

SABER VIVIR, SABER MORIR

Nicolás Sacco

Milford, Mass., es una pequeña ciudad de New England. La mitad de la ciudad es nueva y se halla situada en una colina circundada aquí y allí por vastas praderas y bosques; es de una limpieza escrupulosa.

La otra mitad de la ciudad está en los pies de una larga cadena de montañas.

Allí, en ese pantano insalubre, en viejas casas derrumbadas habita el pueblo más laborioso y más duro a las fatigas.

En uno de esos edificios de dos pisos y doce habitaciones, que antes eran ocupados por dos familias solamente, hoy, divididas, viven cuatro familias.

Dos jóvenes en un corazón y una vida habitan allí desde hacía varios meses.

Tras de la casa hay un “acre” de terreno. Cada una de las familias cultiva un pedacito de jardín.

Delante, un pequeño prado que se ve todavía aquí y allí matizado de hierba que sobrevivió al paso continuo de los hombres; más allá, dos árboles seculares y un río que corre siempre bajo la dulce y viva mirada de la naturaleza.

A la izquierda de la casa, hacia el sur, hay una linda casita de una señora inglesa, rodeado por un prado espacioso, lleno de césped y de flores, con cuatro largos cordones de tulipanes.

Más allá, una iglesia, ligada a un palacete lujoso, ocupado por un sacerdote que por el día predicaba y explotaba al pobre pueblo cansado de trabajar, con la falsa promesa de un paraíso celeste, y por la noche gozaba en la orgía y en el delito.

Doscientos pasos más lejos está la fábrica donde yo trabajaba desde hacía varios años, y donde, con mis esfuerzos ayer como siempre construía el nido del sueño más ardiente de mi vida.

Era un hermoso día de verano y los rayos del sol calentaban y besaban la frente de los corazones nobles. En Milford, Mass., dos mil y más trabajadores proclamaban la huelga por una mejora en el salario.

En los primeros días de lucha todos están animados de un entusiasmo y de un valor espartano; se desarman los cuatro cosacos y rufianes de los patrones; se mandan a casa a los rompe huelgas y se grita ¡Viva la huelga! Queremos pan y trabajo!

Ante la fábrica hay una fuerte legión de huelguistas y las escaramuzas siguen diariamente aquí y allí.

En la fábrica no se trabaja, el rompe huelga no se ve ya y entre los huelguistas corre la voz de que el patrón pide una comisión para llegar a un arreglo, mientras que el número de los cosacos va en aumento; pero los huelguistas no les temen y tienen fe en la victoria.

Después de algunas semanas de huelga llegan dos malos pastores, los organizan, les dan un carnet y recomiendan que estén en calma y sean pacientes y tengan fe en ellos y en la victoria... bluff...

El lunes siguiente los huelguistas encontrarán los piquetes de exploración, compañías de cosacos que alientan y acompañan a los rompehuelgas hasta la fábrica, y se decía que por la noche debían llegar trescientos y más cosacos de la metrópoli. Los huelguistas defendían su pan y pedía a los esquirols que desertaran del trabajo. Pero los cosacos eran violentos y provocaban y maltrataban ferozmente a los huelguistas. La lucha se enciende y caen doce huelguistas gravemente heridos bajo el plomo asesino; otros veinte más fueron arrestados.

El pueblo está amedrentado por la ferocidad de los soldados, que aprovecharán la ocasión de un poco de desorden y de desaliento que circula entre las filas de los huelguistas por la primera pérdida sufrida.

Un mes ha pasado. El magistrado condena a los arrestados de un año a 18 meses de prisión; el sacerdote predica y defiende su boliche y se descarga todos los días contra los huelguistas llamándoles vagabundos perturbadores de la paz pública. Por otra parte, el comercio que ayer engordaba a costa de los robustos brazos de los trabajadores, les cierra las puertas ahora.

El desaliento progresa; alguno deserta de las filas; las patrullas no se hacen ya regularmente; la fábrica continúa llenándose de esquirols; pero el obrero tiene paciencia todavía y la solidaridad llega de todas partes. Pero eso no basta: el hambre persiste y se hace cada vez más espantosa. Esos huelguistas olvidan al comerciante enriquecido que hoy les condena al hambre, al sacerdote que le es hostil, al polizonte que les maltrata, al magistrado que les condena y al patrón que los echa a la calle y se burla en el afecto de sus propias compañeras.

Pasan otros meses; la miseria se siente en todas partes: los niños tienen hambre y las pobres madres cansadas del largo ayuno acuden a los lugares de reunión llorando y rogando a sus compañeros que vuelvan a la fábrica. ¡Pobres madres!

Las voces de protesta se elevan aquí y allí en la sala imprecando contra el patrón que los desangra; otros maldicen y algunos incitan al asalto contra los depósitos de víveres. Así desesperados y apremiados por la miseria, los huelguistas deciden volver a la lucha con más tenacidad. Pero esta vez los cosacos no tienen ya valor para afrontar los grupos hambrientos de los huelguistas decididos a vencer o morir; pero los esperan al paso en acecho y atrincheramientos para luego hacer fuego villanamente sobre los grupos de huelguistas que avanzan hacia ellos con las manos limpias.

A cincuenta pasos de mí, Emilio Bachiocchi cae bajo un tiro de fusil del cosaco asesino, sin tener tiempo de enviar el último beso a su compañera y a sus hijos. ¡Asesinos!, grité yo, pero no tuve el

tiempo de repetirlo porque sucedió una fuga general, y yo me fui con los otros.

¡Pobre Emilio! ¡Cuán bueno y laborioso era, afectuoso con los suyos y los compañeros de trabajo! Lo conocí y lo vi años antes trabajando ante una boca de lava ardiente que tostaba la carne; hoy cae allí, solo y olvidado, bajo el plomo asesino de su amo enriquecido.

El número de víctimas sin vengar del primero de mayo crecía espantosamente cada vez más, y yo sentía en el alma una tristeza infinita y en la tristeza -¡ay!- busqué la mecha.

Una hora o más después fue recogido y llevado a casa y un día o dos después se celebró el funeral. El pueblo se estremecía de ira y maldecía al patrón y al esbirro, y durante más de dos días en la calle no se vio figura alguna de cosaco.

La tumba de Emilio Bachiocchi fue cubierta de flores y rosas fragantes, y todos juraban vengar al compañero caído.

Después del entierro todos se dirigen a la casa de la víctima y uno tras otro, todos estrechan la mano y tienen palabras de consuelo para la señora Bachiocchi.

Entre la confusión busqué a los niños y los besé uno a uno en la frente, por mí y por su buen padre caído.

El domingo siguiente fui a visitar de nuevo con un grupo de amigos y compañeros, a la señora Bachiocchi y apenas me vieron los niños, me reconocieron y yo los acaricié con más afecto.

Con frecuencia mi pobre y buena madre me hablaba en mi adolescencia de una María dolorosa, pero yo no había visto nunca otra María dolorosa que la señora Bachiocchi, vestida de negro, con las lágrimas que le surcaban copiosamente la mejillas lívidas por el dolor y rodeada de sus hijos que le preguntaban insistentemente. Mamá, mamá ¿cuándo vuelve papá? ¡Pobres niños!

Antes de irnos, la viuda me estrechó la mano, diciéndome: ¡Gracias, amigo!, yo no le conozco, pero sé que es usted bueno como mi pobre Emilio. ¡Oh, no diga eso, por favor! Yo no le he hecho nada. Emilio cayó como supo vivir siempre.

Desde entonces no he vuelto a tener valor para poner los pies en aquella casa sagrada.

Apenas había salido, un compañero vino a mi encuentro y me dijo: “¿No sabes nada Sacco? Hoy el cura de la parroquia cercana, en su sermón, ha profanado el cadáver de nuestro pobre Emilio”.

¡Canalla! ¡Inquisidor! El día de las reivindicaciones, lo pagará.

La huelga duró aún varias semanas. El patrón supo que los ánimos estaban excitados y concedió a los huelguistas una insignificante mejora. La huelga se declaró terminada y los huelguistas volvieron al trabajo encorvados y humillados.

Han pasado años, pero la reacción se volvió cada vez más agresiva; los arrestos se vuelven más frecuentes, se persigue y se deporta sin piedad a los mejores hijos del pueblo. Las víctimas caen y se siguen una tras otra y el mayo fúlgido y fecundo nos trae siempre nuevas víctimas sin vengar.

El penúltimo primero de Mayo de mi arresto se preveía una gran manifestación de protesta -no en el sentido del verdadero primero de mayo de reivindicación de los mártires caídos- sino más que otra cosa como una pascua del trabajo. Pero sin embargo, la policía interrumpía en todas partes las filas de los ciudadanos pacíficos, sembrando el terror entre los niños, las esposas y las madres; los arrestos se sucedían en masa. Por su parte, los señores magistrados suministraban inexorablemente años de presidio a diestra y siniestra. Una de las ciudades más afectadas fue Roxbury, Mass.

De ahí, de todo ese cúmulo de persecuciones, de dolor y de miseria, nació en mí la chispa de la venganza por todos los oprimidos caídos.

Por eso a las puertas de la sacristía, de los magistrados y hasta en el olimpo del imperio, la dinamita explotaba como manifestaciones de protesta y de reivindicación de los mártires de Chicago y por todas las víctimas aun no vengadas.

Después caí, y conmigo cayeron otras víctimas inocentes.

Cuando me hallé tras los barrotes de esta tumba, sólo sentí por los niños, por los amigos y camaradas menos afortunados, y por no poder volver a ver y acariciar la cabecita rubia de aquel niño macilento y harapos, a quien yo encontraba y ayudaba a recoger el carbón a lo largo de la vía férrea para calentar y cocer alimento para su pobre madre enferma...

Respecto de mí, sentía el orgullo de mi fe, de haber amado ayer como hoy, y de haber dado y comido siempre el pan de mi trabajo.

Y ahora, heme aquí al borde de la tumba, sí pero con el mismo orgullo y con la misma fe de ayer; todo ha quedado en mí y vosotros, compañeros, sois la única esperanza de salvación, llevando la certidumbre de que si caemos no perderemos y de que los inquisidores que nos han condenado a muerte no continuarán caminando libremente como hoy.

A vosotros, amigos y compañeros, y a ti, fúlgido mayo, el último beso fraternal de reconocimiento de aquel, que ha sabido vivir como sabrá morir.

Siempre vuestro.

1° de Mayo de 1927.

SUS ALEGATOS

PALABRAS DE SACCO ANTE LA AUDIENCIA DE DEDHAM

P.- ¿Qué quería usted expresar ayer cuando dijo que amaba un país libre?

R.-Dadme la ocasión de explicarme.

P.-Le estoy pidiendo, precisamente, que se explique.

- Cuando estaba en Italia, un muchacho todavía, era republicano, de modo que siempre pensé que la república tiene más posibilidades de impartir la educación, desarrollar, elevar algún día la condición de la familia, procurar el desenvolvimiento normal del niño y su educación. Era en mi opinión en ese tiempo; pero cuando llegué a este país vi que no existía lo que yo pensaba antes, sino que, por el contrario, la diferencia era enorme, puesto que en Italia no trabajé en forma tan penosa como he trabajado aquí. Podía haber vivido libremente allá; trabajar en las mismas condiciones, pero no en forma tan penosa, siete u ocho horas por día y disponer de mejor comida. Hablo sinceramente. Por supuesto que aquí hay buena comida, ya que es un país más grande, para todos los que puedan gastar dinero, no para la clase trabajadora y laboriosa, y en Italia hay más oportunidades para el trabajador, de comer vegetales, más frescos que aquí, pero me vine a esta nación. El trabajo que conseguí era muy pesado y a él estuve atado trece años; nunca me imaginé que costaba tanto mantener una familia. Jamás pude guardar un centavo en el banco; tampoco pude mandar a mi hijo a la escuela a que aprendiera algo. He predicado a hombres que me acompañan en la desgracia. La idea libre de a cada hombre la probabilidad de profesar su propio credo, no la idea suprema, no para

la ventaja de una minoría no para retroceder a la posición atrasada de la España de veinte siglos atrás, sino que proporciona una oportunidad de educación, de leer la literatura, de hablar libremente, precisamente lo que hace falta a la república.

Puede ver a los mejores hombres, a los más inteligentes y educados, arrestados y enviados a la prisión y muertos en ella o durante años sin poder salir de allí. Y Debs, uno de los más grandes hombres de este país, todavía está en la prisión, porque es socialista. Quería que la clase trabajadora viviese en mejores condiciones, tuviera más educación, proporcionara a los niños más posibilidades de llegar a ser algo algún día, pero lo metieron a la cárcel. ¿Por qué? Porque la clase capitalista está contra todo esto, la clase capitalista no quiere que vuestros hijos vayan a las universidades o a los colegios de Harvard. No hay ninguna posibilidad... no quiere que la clase laboriosa se eduque, que la clase trabajadora levante la cabeza, exige que esté siempre sometida. Sucede a veces, ustedes lo saben, que los Rockefeller, los Morgan, dan cincuenta... quiero decir quinientos mil dólares al colegio de Harvard, dan un millón de dólares para cualquier otra escuela. Todos dicen: "Bien, D. Rockefeller es un gran hombre, el mejor hombre del país" Quisiera preguntarle, ¿quién va al colegio de Harvard? ¿Qué beneficio saca la clase trabajadora de que el multimillonario Rockefeller regale un millón de dólares? No tiene la menor probabilidad, la clase desheredada, de concurrir al colegio de Harvard, porque hombres que ganan \$ 21 por semana o \$30, aunque ganen \$ 80, si tienen una familia con cinco hijos no puede con ese sueldo vivir y enviar a sus hijos al colegio Harvard, si es que quiere comer de acuerdo a sus necesidades. Se ven obligados a comer como las vacas, pero yo concibo que los hombres deben vivir como hombres. Entendiendo que los hombres deben gozar de todo lo que la naturaleza les puede ofrecer.

He aquí como cambiaron mis ideas. He aquí por qué amo al pueblo que sufre y trabaja y odia la guerra. No queremos luchar con los fusiles, y no queremos destruir a hombres jóvenes, llenos de salud. La madre ha sufrido en el trabajo cotidiano de criar a un hombre. Llega un día en que se necesita un poco más de pan y cuando logra que el hijo lo traiga como producto del trabajo del muchacho, vienen los Rockefeller, los Morgan o alguna gente de esa laya, de las clases dirigentes, y los envía a la guerra. ¿Por qué? ¿Qué es la guerra? La guerra no es empuñar el fusil como Abraham Lincoln y Jefferson, para luchar por un país libre, para dar oportunidades a los pueblos de una educación mejor, no solamente para la raza blanca, sino para la negra y las otras, porque todos son hombres; sino que la guerra se hace en beneficio de los grandes millonarios, las guerras son negocios producen millones de dólares.

¿Qué derecho tenemos de matarnos los unos a los otros? He trabajado con irlandeses. He trabajado con alemanes, con franceses y con otra mucha gente. Amo a esa gente como a mí mujer y a mi pueblo, por lo bien que me han tratado. ¿Por qué había de matar a esos hombres? ¿Qué me han hecho? Ellos nunca me han hecho nada. Por lo tanto no creo en la guerra.

Quiero destruir todas las armas. Todo lo que puedo decir es que el gobierno no educa. Recuerdo que en Italia, hace unos sesenta años, el gobierno no podía evitar esos daños y prejuicios, de modo que

un día alguien dijo en el gabinete: “Si queréis destruir esos prejuicios, si queréis eliminar a esos criminales, debéis dar una oportunidad a la literatura socialista, a la educación de la prole, a la emancipación” Por eso es que quiero destruir al gobierno. Esa es mi idea del amor socialista. Por eso es que amo al pueblo que quiere educarse y vivir, construyendo lo que es bueno en la medida de lo posible.

PALABRAS DE N. SACCO AL SER CONDENADO A MUERTE

-Nicolás Sacco, ¿tiene usted alguna razón que aducir acerca de por qué no se lo pueda condenar a muerte?

-Sí, señor. Yo no soy orador. El idioma inglés no es muy familiar para mí. Y como sé, como me dijo mi amigo, mi camarada Vanzetti, que piensa hablar más, entonces yo pensé dejarle el tiempo a él.

Yo nunca sé, nunca oí, ni leí en la historia de algo tan cruel como este tribunal. Después de seis años de perseguirnos, todavía nos creen culpables. Y toda esta buena gente está hoy con nosotros en el tribunal.

Yo sé que el fallo va a ser entre dos clases; la clase oprimida y la clase rica. Nosotros le damos al pueblo libros, literatura. Ustedes persiguen al pueblo, lo tiranizan y lo matan. Nosotros siempre tratamos de darle educación al pueblo. Ustedes tratan de poner una barrera entre nosotros y otras nacionalidades, para que nos odien. Por eso hoy yo estoy aquí en este banquillo, por haber sido de la clase oprimida. Y ustedes son los opresores.

Usted lo sabe juez, usted conoce toda mi vida. Usted sabe por qué me han traído aquí y hace siete años que usted nos está persiguiendo, a mí y a mi pobre mujer, y hoy todavía nos condena a muerte. Yo quisiera contar toda mi vida pero, ¿Para qué? Usted ya sabe de antemano lo que yo digo, y mi amigo, quiero decir mi compañero, va a hablar porque él sabe más inglés que yo, y yo lo voy a dejar hablar a él.

Mi camarada, el hombre bueno para todos los niños. Ustedes olvidan a toda la población que ha estado con nosotros durante seis años. Simpatizando con nosotros y dándonos toda su energía y toda

su bondad. A usted no le interesa. Entre la gente y los camaradas y la clase trabajadora hay una gran legión de gente intelectual que ha estado con nosotros estos siete años, pero el tribunal sigue adelante. Y yo creo que les agradezco a todos, a toda la gente, mis camaradas que han estado conmigo estos siete años, con el caso Sacco y Vanzetti, y le voy a dar a mi amigo Vanzetti la oportunidad de que hable él.

Me olvidé de una cosa que mi camarada me hace acordar. Como dije antes, el juez conoce mi vida y él sabe que nunca fui culpable, nunca. Ni ayer, ni hoy, ni para siempre.

PALABRAS DE VANZETTI AL SER CONDENADO A MUERTE

-Bartolomé Vanzetti: ¿tiene usted alguna razón que manifestar, en virtud de la cual no pueda ser condenado a muerte?

-Sí. Lo que yo digo es que soy inocente. Que no sólo soy inocente, sino que en toda mi vida, nunca he robado, ni he matado, ni he derramado sangre. Esto es lo que quiero decir. Y no es todo. No sólo soy inocente de esos crímenes, no sólo nunca he robado, ni matado, ni derramado sangre, sino que he luchado toda mi vida, desde que tuve uso de razón, para eliminar el crimen de la tierra.

Ahora, tengo que decir que no sólo soy inocente de todas esas cosas, no sólo no he cometido un crimen en mi vida; algunos pecados sí, pero nunca un crimen en mi vida; no sólo he luchado toda mi vida por desterrar los crímenes, los crímenes que la ley oficial y la moral oficial condenan, sino también el crimen que la moral oficial y la ley oficial no condenan y santifican: la explotación y la opresión del hombre por el hombre. Y si hay alguna razón por la cual yo estoy en esta sala como reo, si hay alguna razón por la cual dentro de unos minutos va usted a condenarme, es por esa razón y por ninguna otra.

Pido perdón por evocarlo. Hay un hombre que es el más bueno que he visto en mi vida. Un hombre que va a permanecer y crecer cada vez más cerca del pueblo, cada vez más querido por él, más metido en su corazón, mientras exista en el mundo admiración por la bondad y por el sacrificio. Me estoy refiriendo a Eugenio Debs.

Este hombre tenía una verdadera y amplia experiencia en tribunales, prisiones y jurados. Sólo porque quería que el mundo fuese un poquito mejor de lo que era, fue perseguido y difamado desde la adolescencia hasta su ancianidad. Y en verdad fue asesinado por sus largas prisiones.

Él conoce nuestra inocencia, y no sólo él, sino todos los hombres de claro criterio del mundo, no

sólo de este país sino de todos los países del mundo, están con nosotros. La flor de la humanidad de Europa, los mejores escritores, los más grandes pensadores de Europa han pedido por nosotros. Los científicos, los más grandes científicos, los más grandes estadistas de Europa, han pedido por nosotros. Los pueblos de los países extranjeros se han pronunciado por nosotros.

¿Es posible, que sólo unos pocos individuos del jurado, sólo dos o tres hombres, que serían capaces de condenar a su propia madre a cambio de honores mundanos y bienes terrenos, es posible que ellos tengan razón contra el mundo, todo el mundo que ha dicho que están equivocados y que me consta que están equivocados?

Si hay alguien que pueda saber si tienen razón o no, somos yo y este hombre. Hace siete años que estamos juntos en la cárcel. Lo que hemos sufrido durante estos siete años, ninguna lengua humana lo puede narrar y, sin embargo aquí estoy delante de usted y no tiemblo, lo miro derecho a los ojos y no me ruborizo y no cambio de color, y no tengo vergüenza ni miedo.

Eugenio Debs dice que ni siquiera un perro, aunque no sea exactamente sus palabras, que ni siquiera un perro que ha matado gallinas, hubiera sido declarado culpable por el jurado de Estados Unidos con las pruebas que el Estado de Massachussets ha reunido en contra de nosotros.

Hemos probado que no podía haber habido en toda la faz de la tierra un juez más prejuicioso ni más cruel que lo que usted lo ha sido con nosotros. Hemos probado eso. Y nos siguen negando nuevo juicio. Nosotros sabemos, y también lo sabe usted en el fondo de su corazón, que usted ha estado en contra desde el primer momento, aun antes de habernos visto la cara. Antes de vernos, usted ya sabía que éramos izquierdistas y que debíamos perecer.

Nosotros sabemos que usted se descubrió, y descubrió su hostilidad contra nosotros y su desprecio, hablando con amigos suyos en el tren, en el club universitario de Boston y en el golf club de Worcester, Mass. Estoy seguro que si la gente supiera todo lo que usted dijo en contra nuestra, si usted tuviera el coraje de declararlo públicamente, entonces quizás su señoría, y siento tener que decirlo porque usted es un hombre anciano y yo tengo un padre anciano, pero quizás usted, señoría, tendría que estar ocupando nuestro lugar como acusado en este juicio.

Nosotros fuimos juzgados durante un período que ya ha pasado a la historia. Quiero decir con eso, un período en que había una ola de histeria y resentimiento y odio contra la gente de nuestras ideas e ideales, contra el extranjero, y me parece, más bien estoy seguro, que tanto usted como el fiscal han hecho todo lo que pudieron para agitar la pasión de los miembros del jurado, los prejuicios de los miembros del jurado, en contra nuestro. Ellos nos odian porque estamos contra la guerra, y no saben distinguir entre un hombre que está contra la guerra porque la considera injusta, porque no odia a ningún pueblo sobre la tierra, y un hombre que está contra la guerra porque está a favor del país que lucha contra el país en que él está, y entonces es un espía.

Nosotros no somos espías. El señor fiscal sabe perfectamente que nosotros estábamos contra la guerra porque no creíamos en los propósitos por los cuales según ellos, se hacía esta guerra. La creíamos injusta y creíamos eso hoy más que hace diez años, porque cada día vamos comprendiendo mejor, el resultado y las consecuencias de esa guerra.

Creemos hoy más que nunca que esa guerra fue un trágico engaño y yo voy a subir con alegría al cadalso si puedo decir a la humanidad; Cuidado, los llevan a una nueva hecatombe. ¿Para qué? Todo lo que les dicen, todo lo que les han prometido, todo son mentiras, trampas, engaños. Fue un crimen. Prometieron libertad ¿Dónde está la libertad?, Prometieron prosperidad ¿Dónde está la prosperidad? Prometieron elevación y dignificación ¿Dónde están?

Desde el día que ingresé a la prisión de Charlestown, la población de la cárcel se ha duplicado. ¿Dónde está la nueva moral que la guerra ha traído al mundo? ¿Dónde está el progreso espiritual que hemos alcanzado a través de la guerra? ¿Dónde está la seguridad de nuestra vida, la seguridad de obtener el mínimo de cosas que necesitamos? ¿Dónde está el respeto por la vida humana? ¿Dónde están el respeto y la admiración por las características nobles y sanas del alma humana? Nunca antes de la guerra hubo tantos crímenes como ahora, tanta corrupción, tanta degeneración como la que hoy reina.

Se ha dicho que la defensa ha puesto toda clase de obstáculos en la marcha de este proceso para demorarlo todo lo posible. Yo creo que esto es injurioso, porque es inexacto. El Estado de Massachussets ha utilizado uno de los cinco años que duró el proceso sólo para que la acusación comenzara con el juicio, nuestro primer juicio. Después los abogados de la defensa apelaron y usted esperó. Yo creo que en el fondo de su corazón usted ya había resuelto, cuando terminó el juicio, denegar todas las apelaciones que se interpusieran. Usted esperó un mes, no, un mes y medio, y comunicó su decisión en víspera de Navidad, exactamente en Nochebuena. Nosotros no creemos en la fábula de Nochebuena, ni desde el punto de vista histórico, ni religioso. Usted sabe que muchos de nuestros seres queridos creen en eso y no porque no creamos, significa que no seamos humanos. Nosotros somos humanos y la Navidad es una fecha grata al corazón de todos los hombres. Yo creo que usted ha comunicado su decisión en la víspera de navidad, para envenenar el corazón de nuestros familiares y de más seres queridos.

Bueno, ya he dicho que no sólo no soy culpable de estos crímenes sino que nunca he cometido un crimen en mi vida; nunca he robado, ni matado, ni derramado sangre, y en cambio siempre he luchado contra el crimen. He luchado y me he sacrificado para borrar de la tierra incluso aquellos crímenes que la ley y la iglesia legitiman y santifican.

Quiero decir esto; que no le deseo a un perro ni a una serpiente, al ser más bajo y despreciable de la tierra no le deseo lo que yo he tenido que sufrir por crímenes de los que no soy culpable. Pero mi convicción más profunda es que yo he sufrido por otros crímenes de los que sí soy culpable.

Yo he sufrido y sufro porque soy militante anarquista, y es cierto, lo soy. Porque soy Italiano. Y es cierto, lo soy. He sufrido más por lo que creo que por lo que soy; pero estoy tan convencido de estar en lo cierto, que si ustedes pudieran matarme dos veces, y yo pudiera renacer otras dos veces, volvería a vivir como lo he hecho hasta ahora.

Vanzetti terminó su exposición con las siguientes palabras, incluidas por Seldon Rodean en una antología de la poesía norteamericana, dándole corte de versos:

He estado hablando mucho de mí mismo
Y ni siquiera había mencionado a Sacco.
Sacco también es un trabajador,
Un competente trabajador desde su niñez, amante de su trabajo,
Con un buen empleo y un sueldo,
Una cuenta en el banco, y una esposa encantadora y buena,
Dos niñitos preciosos y una casita bien arreglada
En el lindero del bosque, junto al arroyo.

Sacco es todo corazón, todo fe, todo carácter, todo un hombre;
Un hombre, un amante de la naturaleza y de la humanidad;
Un hombre que le dio todo, que sacrificó todo
Por la causa de la libertad y su amor a los hombres:
Dinero, tranquilidad, ambición mundana,
Su esposa, sus hijos, su persona
Y su vida.

Sacco jamás ha pensado robar, jamás en matar a nadie,
Él y yo jamás nos hemos llevado un bocado
De pan a la boca, desde que somos niños hasta ahora,
Que no lo hayamos ganado con el sudor de la frente.
Jamás...

Ah, sí. Yo puedo ser más listo, como alguien ha dicho;

Yo tengo más labia que él, pero muchas, muchas veces,
Oyendo su voz sincera en la que resuena una fe sublime.
Considerando su sacrificio supremo, recordando su heroísmo,
Yo me he sentido pequeño en presencia de su grandeza
Y me he visto obligado a repeler
Las lágrimas de mis ojos,
Y apretarme el corazón
Que se atenazaba, para no llorar delante de él:
Este hombre, al que han llamado ladrón y asesino y
Condenado a muerte.

Pero el nombre de Sacco vivirá en los corazones del pueblo
Y en su gratitud, cuando los huesos de Katzmann
Y los de todos vosotros hayan sido dispersados por el tiempo;
Cuando vuestro nombre, el suyo, vuestras leyes, instituciones,
Y vuestro falso dios no sean sino un borroso recuerdo
De un pasado maldito en el que el hombre era lobo
Para el hombre...

Si no hubiera sido por esto
Yo hubiera podido vivir mi vida
Charlando en las esquinas y burlándome de la gente.
Hubiera muerto olvidado, desconocido, fracasado.
Esta ha sido nuestra carrera y nuestro triunfo. Jamás
En toda nuestra vida hubiéramos podido hacer tanto
Por la tolerancia, por la justicia, porque el hombre entienda
Al hombre, como ahora lo estamos haciendo por accidente
Nuestras palabras, nuestras vidas, nuestros dolores ¡Nada!
La pérdida de nuestra vida -La vida de un zapatero y un pobre vendedor de pescado-
¡Todo! Ese momento final es de nosotros

DECLARACIÓN DE FE

Bartolomé Vanzetti

Del memorial que Vanzetti envió al gobernador Fuller en mayo, explicando los detalles del proceso, he aquí algunos párrafos:

...“Somos anarquistas; creemos en la ANARQUÍA, que no es ni una secta ni un partido, sino una filosofía que, como todas las filosofías, tiende al progreso y a la felicidad humana. Nuestra aspiración suprema es la eliminación de todo tipo de violencia y a la mayor libertad de cada uno y de todos, realizada con la eliminación de toda forma de opresión y de explotación del hombre por el hombre. Nuestro sentimiento y nuestro ideal de justicia están fundados en el principio del respeto y de la dignidad humana, de la igualdad de los hombres en los orígenes de la naturaleza y en la igualdad de sus derechos y de sus deberes”

Nosotros nos llamamos libertarios, lo que significa, en resumen, que creemos que la perfección humana debe ser obtenida con el máximo de la libertad y no por efecto de la coerción, y que todo lo que haya de malo en la naturaleza humana y en la conducta de los hombres, puede ser eliminado solamente con la eliminación de sus causas y no con la coerción o alguna imposición que provoque mayores daños, agregando mal al mal.

Nosotros no somos tan torpes como para creer o sostener que las instituciones humanas pueden ser cambiadas en un día. El cambio deberá ser gradual. Pero creemos que un cambio debe tener lugar y que tienen que efectuarse en el sentido de mayor libertad y no de mayor violencia. Es por eso que somos contrarios a toda teoría de comunismo o socialismo, autoritarios, porque tienden a volver a soldar más o menos fuertemente las cadenas del espíritu humano, mientras nosotros somos adversarios del sistema actual porque está basado en la violencia.

Por esta causa estamos satisfechos de sufrir y de morir, pero no por el bajo y grosero crimen de Braintree...

...Por todas estas razones y porque nosotros reconocemos que es necesario mucho tiempo y mucho trabajo para tratar adecuadamente las cuestiones que hemos sometido a vuestra atención,

respetuosamente le pedimos que, si pone en duda la veracidad de nuestras declaraciones, proceda a una encuesta preliminar y pública sobre nuestro caso, confiándola a hombres hábiles y desinteresados. Que sea pública es necesario, porque no podrá ser efectivamente convincente sino pueden conocer todo lo que se diga en contra de nosotros. Pero crea que nosotros al hablar así, no queremos de usted `piedad u otra cosa que nos sea justicia o que queremos salvar la vida renunciando a nuestros principios o a nuestra dignidad de hombres.

A los hombres condenados a morir se puede perdonar la franqueza de su lenguaje. Nosotros no le pedimos nada que pueda parecer despreciable o increíble, pero le recordamos que en última instancia las víctimas de la injusticia sufren mucho menos que los gobiernos que han infligido la condena injusta. Nosotros no podemos morir más que una sola vez, y el dolor de muerte será de un instante. Pero la injusticia cometida contra nosotros no será olvidada. Y ella, en el largo curso de los años, atormentará la conciencia de ellos que, por su intolerancia, han querido nuestra muerte, y sus mismas generaciones del provenir sentirán el peso de nuestro fin injusto. El error de la injusticia es una tragedia. Pero la injusticia cometida con el propósito deliberado es una infamia.

Gobernador Fuller, nosotros hemos estado en la cárcel siete años, acusados de un delito que no hemos cometido, y esperando la muerte que se aproxima cada día más. Tal vez usted se imagina lo que esa espera ha sido para nosotros. ¿Y sabe lo que ha significado para la mujer y los hijos de Sacco, o para el padre, y la familia de Vanzetti en la lejana Italia? No es el pensamiento de nuestra muerte que se aproxima la que nos ha causado y nos causa el mayor dolor, sino los sufrimientos de aquellos que están cerca de nosotros y a quienes queremos, los sufrimientos mayores de los años que vienen.

Y bien, nosotros no le pedimos piedad, sino justicia. Nosotros no queremos conmoverle con nuestros sufrimientos y los de nuestras familias. Usted no puede justamente decidir su actitud oficial basándose en nuestros sufrimientos y el de nuestras familias. Pero ellos pueden representar para usted una razón a fin de prestar la mayor atención a los dos motivos de nuestra edición: que somos inocentes y que nuestro proceso no ha sido conducido equitativamente.

SUS CARTAS

A LOS COMPAÑEROS Y A LOS AMIGOS QUE SIGUIERON NUESTRO “VIA CRUCIS”

18 de octubre de 1921

Cárcel de Dedham, Mass.

Hemos sido erróneamente condenados por un atroz asesinato que otras personas cometieron. El crimen es completamente extraño a la lucha de los trabajadores para mejorar su situación.

No tenemos miedo de la muerte.

Todo trabajador, como siervo del capitalismo, afronta millones de veces la muerte en el cumplimiento de sus tareas. No tememos a la muerte, pero nos rebelamos angustiados al pensar que debemos morir por un delito que no hemos cometido, por un hecho que no tiene ningún significado social. Desde los primeros años de nuestra juventud hasta el momento de la detención, dimos nuestro tiempo, nuestras fatigas y los medios que ganábamos penosamente a la educación de los trabajadores, preparándolos para el día que el proletariado sepa emanciparse.

No somos vulgares malhechores que robamos y matamos. Ningún hombre en condiciones mentales normales comete un asesinato. Los delitos de violencia son la demostración precisa de que la actual sociedad está en condiciones anormales que determinan esas formas especiales de delincuencia.

No es preciso aquí repetir la historia de nuestros procesos y de nuestra condena. Una red diabólica de mentiras fue construida en nuestro daño y algunos inocentes actos nuestros fueron hábilmente falseados por la mentalidad insidiosa de aquellos que en los defensores del trabajo, ven solamente enemigos de la sociedad.

El capitalismo americano no llega a comprender que un trabajador pueda ser un activo luchador contra la explotación y al mismo tiempo tener una inteligencia y un corazón que repudien los hechos de violencia. El “complot” tuvo el último retoque al ponerse en evidencia nuestra fe en la justicia de las reivindicaciones de los trabajadores. Esta razón fue suficiente para condenarnos.

Si vamos, a la silla eléctrica iremos, no porque se haya demostrado que somos culpables del delito que se nos atribuye, sino por nuestros ideales. E iremos permaneciendo fieles a nuestros principios, los cuales, si hoy son rechazados y combatidos, mañana dominarán la vida.

Si morimos, moriremos con la convicción de que los hombres de vanguardia deben morir siempre. Deseamos, mientras tanto, que nuestra muerte no ocurra en vano y que vosotros trabajadores que haréis posible la vida de la sociedad moderna, haréis que nuestro sacrificio sea elocuente y útil al

progreso social que lo sería nuestra vida.

No queremos morir inútilmente.

Si hemos de morir, haced al menos que nuestro sacrificio contribuya a abrir el camino a un mundo en el que no existan más las clases dominantes, sofocando las aspiraciones de la libertad.

Nicolás Sacco.

Bartolomé Vanzetti.

FRAGMENTO

Dedham, 1921.

...Ahora es inútil hablar de la maquinación infame en que hemos sido envueltos... Ahora se esclareció nuestra inocencia. Y el procurador Katzmann sabe también que somos inocentes, que no somos vulgares asesinos. Pero sabe igualmente que somos italianos, además subversivos...

¡He ahí por qué se nos quiere matar! Si debo morir por aquella fe, por aquél noble y sublime ideal de justicia, fraternidad y libertad social que abracé espontáneamente, que defendí y propagué siempre por todas partes, educándome e instruyéndome, puedo gritar bien alto que muero altivo y orgulloso...

¡Valor, verdugo! Tú, en nosotros, destruirás dos hombres, pero no el pensamiento. El pensamiento vuela lejos, atraviesa todas las barreras de los prejuicios seculares de la sociedad corrompida, marcha sin tregua más allá de los mares y de las fronteras, a educar y crear una más decidida juventud rebelde, que sabrá dar el último golpe de gracia a esta sociedad, sepultándola bajo sus propias ruinas...

Nicolás Sacco.

A SU HERMANO SABINO

Dedham, noviembre de 1921.

Mí querido hermano:

Puedes imaginarte qué alegría tengo cada vez que recibo una de tus cartas a través de los horrores de la infame bastilla de la “libre América”.

Tu carta está llena de ansiedad, de valor y de ese sentimiento de humanidad que surge, no solo de los afectos fraternales, si no de nuestra gran fe recíproca.

Estoy contento al saber que los camaradas y amigos de Italia se agitan en defensa de los dos inocentes, culpables sólo de amar la justicia y la humanidad, y deseo que sus esfuerzos sean coronados por el éxito.

No creo en la justicia corrompida de América, pero dirijo el pensamiento al proletariado del mundo y hacia los buenos camaradas. De ellos solo podremos esperar la libertad.

Aquí los camaradas de América trabajan por todas partes y luchan sin descanso de suerte que después del veredicto que sacudió al mundo entero nació una profunda indignación en todos los corazones que alientan sentimientos de justicia y de libertad.

Ayer he recibido la visita de un compañero del comité de defensa de Boston: Hemos hablado un par de horas y me ha dicho que nuestros abogados han ganado dos probabilidades de obtener la revisión del proceso. Así, el 1º de enero, el juez dictaminará u ordenará la revisión.

En caso negativo, debemos apelar a la Corte Suprema del Estado de Massachussets.

Lucharemos hasta que el verdugo nos lleve a la silla fatal y que nuestro último grito será para la ANARQUÍA. Sí, por nuestra fe sabremos morir como supieron morir todos los mártires del pensamiento libre. Pero no por un crimen vulgar que no hemos cometido.

Un beso infinito a todos.

Tu hermano.

Nicolás Sacco.

Dedham, Mass. 1926.

No abrigo ninguna esperanza en mi libertad personal. El proletariado revolucionario de Europa ha sido abatido por la reacción. Debemos, pues, abandonarnos a la suerte. Pero de la reacción de Massachussets no puedo esperar nada y por eso debo estar dispuesto a una muerte infame.

La razón por la cual no creo que se nos conceda la revisión del proceso es que las altas autoridades que nos la rehúsan saben exactamente que saldríamos ganando nosotros si el proceso se revisara. Para ello sería una confesión de que han cometido con nosotros una injusticia. No sólo saldríamos en libertad, sino que su inequidad se revelaría al mundo en el caso de un nuevo proceso. Además, para nuestros asesinos hay algo más peligroso que el desenmascaramiento, y es la libertad. Hemos atravesado por todo dolor, por todo peligro, por toda preocupación, por todo temor; hemos soportado, firme y dignamente, sin vacilaciones, una lucha a muerte de siete años. No hemos renegado de nuestra fe, no hemos demostrado ningún arrepentimiento sobre nuestra herejía y no hemos abandonado nuestras concepciones. Hemos permanecido anarquistas; no nos hemos arrojado a los pies de nuestros verdugos; les hemos mirado frente a frente y les hemos forzado a bajar la cabeza.

¡Qué esperaría un asesino capaz de hacer lo que el juez Thayer ha hecho con nosotros, de sus víctimas, si estas están libres!

Por estas razones se nos ha rehusado la revisión del proceso, y se nos rehusará todo lo demás. Nuestros enemigos saben que este es el único camino para terminar con nosotros y suprimirnos. Y yo me asombro de que ninguno de aquellos que hablan de este caso hayan mencionado ambas razones. No deberían ocultarlo, sino expresarlo en voz alta.

Saludos a todos los amigos de New York de mi parte.

Bartolomé Vanzetti.

POR QUÉ NO FIRMÉ “LA PETICIÓN” AL GDOR. FULLER

Cárcel de Dedham, Mass.

13 de mayo de 1927.

Queridos compañeros y amigos:

La mayor parte de las veces, según los casos, el silencio y la tolerancia valen un tesoro, pero a veces las cosas son de tal modo repugnantes que revuelven hasta el estómago del más prudente. Por eso no se puede menos de tomar la pluma para aclarar la realidad de los hechos, que son muy diferentes a como la prensa azuzadora dijo al respecto de mi actitud al negarme a firmar la petición enviada al gobernador Fuller.

He aquí como están las cosas: Dos días después de mi negativa a firmar la petición para un nuevo recurso legal, invocando una comisión imparcial para una investigación sobre las fases del proceso, vino a verme Mr Ehrmann, el nuevo asistente abogado de Mr. Thompson, junto con el doctor Mayerson, psiquiatra de Boston, es decir el médico de que el comité de defensa se ha servido siempre estos años de peripecias de nuestra vida, y a quien por el buen trabajo prestado a la defensa, el Estado de Massachussets lo recompensó con una bagatela.

Pocos minutos antes llegó mi compañera y Feliciano precedidos del abogado Mr. Ehrmann y el doctor Mayerson.

Apenas vi al doctor comprendí el asunto y sin quererlo, rozó un poco mi susceptibilidad. Después de cambiar el saludo y estrechado las manos, nos sentamos en una mesita. El interrogatorio giró sobre lo habitual: por qué me rehusé a firmar la petición, de que hablé extensamente en una carta anterior enviada a la prensa, con el deseo de verla publicada dentro de unos días.

Mr. Ehrmann fue el primero en interrogarme si nuestra causa había sido juzgada antes o después del juez Thayer, a lo que respondí que sí, y confieso que hice mal en no haberle respondido diferente, es decir, que tanto en la primera como en la segunda negativa de la Corte Suprema, los jueces no hicieron más que aprobar la injusticia de Thayer y no han estudiado nunca los hechos y las nuevas evidencias del proceso, desde el punto de vista jurídico.

Pero Mr, Ehrmann fue muy prudente al no explicarme eso, porque quería llegar al objetivo que se había propuesto, es decir, *que yo no podía tener conocimiento de las cosas, puesto que no disfrutaba de mis plenas facultades mentales*; pero hasta aquí no llegó, pues si se hubiese atrevido le habría respondido esto: Que si hace dos años, en nuestra primera apelación a la Corte suprema, hubiese colgado al juez Thayer en el primer poste del alumbrado, ningún otro juez nos habría rehusado un nuevo proceso; a estas horas Sacco y Vanzetti estarían libres.

Volvamos al doctor Mayerson, que después de haber preguntado otras varias cosas, me dijo: Dígame, Mr. Sacco, ¿Cree usted que no firmando esta petición el pueblo podría salvarle? -No sé lo que el pueblo puede hacer mañana- respondí -pero tengo fe en los buenos amigos y compañeros que en la lucha de estos años pasados nos dieron vida; y las experiencias de estos siete años me enseñan a no

firmar ningún otro papel legal.

-Ahora dígame, Mr. Sacco, continuó el doctor Mayerson; usted reconoce todas estas instituciones universitarias, políticas, religiosas; ¿considera usted a profesores, banqueros y políticos que ocupan hoy altos cargos en la nación como enemigos o amigos suyos?

-¿Cómo he de juzgarlos enemigos míos cuando hoy inician comicios de protesta y nos ayudan financieramente? Después de todo también ellos tienen un corazón. En mi vida he odiado a nadie; pero he defendido siempre al más débil, aun cuando de parte de el más fuerte hubiese encontrado a mi padre; tanto es así -continuó diciendo-, que con el patrón de la fábrica donde trabajé varios años éramos buenos amigos y a menudo le llevaba a su casa platos humeantes de tallarines. En cambio de eso él no me hacía nunca pagar los zapatos que compraba para mí y para mi familia; y... comprenda... para tantos otros pobres niños y, madres descalzas y harapientas que sufrían en la miseria y en el dolor en el invierno rígido, sentía la necesidad de llevar a menudo los buenos tallarines de mi Rosina. Pero, dejándole a él a un lado, conozco por experiencia y por la historia de todos los siglos, la codicia y la tiranía de todos los amos, pues si en “Los malos patrones” O. Mirbeau dijo que también la burguesía tiene un corazón, demostró que ese corazón se conmueve sólo cuando los soldados cosacos han disparado sobre la muchedumbre inerte de los trabajadores que reclaman un pan menos duro; donde, entre los cadáveres de las madres y esposas de los trabajadores cae también el hijo del industrial; mientras que dos horas antes el patrón habría podido conservar la vida de su hijo y evitar toda aquella masacre de inocentes, concediéndoles un pan más para poder dar vida a los niños mal alimentados. Pero no, han querido antes la masacre, para gritar después a la multitud de los huelguistas, enloquecido por el dolor: ¿dónde está mi hijo? ¡Devolvedme a mi hijo y tomad todas mis riquezas! Pero, ¡hay! Era demasiado tarde, su hijo había caído bajo el plomo de los cosacos a quienes el padre había ordenado hacer fuego sobre la muchedumbre inerte e inocente.

Volviendo sobre el argumento, el doctor y Mr. Ehrmann me preguntaron otras cosas insignificantes que yo no creo útil reproducir; después trataron por todos los medios de herir mi sensibilidad. Pero me mantuve firme para no darles la oportunidad de decir que estaba... Sin embargo, he aquí qué relato ad usum delphini hizo el doctor Mayerson al gobernador Fuller, publicado en toda la prensa del 5 de mayo. He aquí en parte lo que dice en los primeros puntos más inverosímiles que tomo del “Boston Herald”.

“Sacco no está loco. Sin embargo demuestra una evidencia de mentalidad anormal, que caracteriza una posición extremadamente fanática en su presente situación. Su estado de ánimo es hostil a la firma de todo otro papel legal en su defensa”

Más abajo dice:

“Sí, no hay duda que siete años de prisión sin ninguna ocupación y preocupación por su situación, han contribuido a reducirlo a un estado anormal, por lo cual el fanatismo ha intensificado en él la

obsesión. A pesar de que no esté loco, su inaccesibilidad a todos los motivos, sus reacciones emocionales son patológicas. Su mente ha perdido la flexibilidad de que tienen necesidad el hombre para normalizar su situación”

Sin duda, después de esta falsa declaración hecha al gobernador Fuller, la prensa ha hecho su comentario, ocultando el pensamiento y la realidad de los hechos con el más bajo modo de ver y según sus intereses miserables.

El gran filósofo A Schopenhauer dice que el Estado es una obra maestra, es verdad, porque el uno ayuda al otro a sostenerse en pie para regir la pirámide nefasta que oprime y consume hasta los huesos al pobre trabajador. Es la historia de todos los siglos pasados y del presente, del humilde hasta el más alto educador intelectual. Cuando la escuela del uno y la acción del otro han perjudicado u obstaculizado las cosas o la función del Estado, éste, después de haberlos fusilados o crucificados o sepultados vivos por largos años en una tumba, trata de herirlos con el arte de la ignominia, de la infamia, llamándoles fanáticos, locos, criminales.

Os saludo hoy, como mañana, desde el cadalso, os enviaré el último beso.

Hoy son dos humildes trabajadores los que han empeñado la lucha; mañana serán otros los que ocuparán nuestro puesto; los habrá siempre, y frente a la tumba de los nobles caídos gritarán ¡Abajo los que reniegan de todas las libertades y del bienestar de la humanidad oprimida!

Parece que el imperio del oro del mundo estrellado tenga miedo de ahorcarnos. Pero no es así. La sombra de estas ruinas no la perturba en ningún modo, porque sabe por la historia que el pueblo ama con extrema pasión al puro, al más límpido, al hermano sincero de la miseria y del dolor, que estoy a su lado en la lucha de ayer y hoy. Sabe también que la rebelión tremenda de ese pueblo laborioso haría caer en el abismo -fácilmente- la obra maestra de la pirámide de la tiranía y de la miseria.

Y es claro que hoy esos señores se arrepienten de no haberse desembarazado ayer de nosotros con un tiro de revólver, como armaron la mano del sicario asesino que mató al compañero Kuet G. Wilckens en la prisión de la Argentina.

Pero sospechoso de todo, a despecho del feroz Thayer y del fiscal Wilbur, unidos a sus colegas -dignos compadres de Katzmann- que desde el año pasado clama nuestra inmediata ejecución, la agitación se intensifica en todos los Estados de la Unión. De las minas a las fábricas, de los astilleros y donde quiera que haya un rebelde -de aquí y del y del otro lado del atlántico-, De las ciudades de la Argentina, de Francia, de México, de Suiza, etc., llegan peticiones de apelación, cartas de protesta de millares de trabajadores, de ciudadanos respetables, de abogados de fama mundial, de ilustres personajes de la ciencia, de la literatura, de profesores, instituciones

universitarias, políticas y religiones de aquí y del resto del mundo llegan montones todos los días al gobernador Fuller a favor de nuestra liberación inmediata.

Todo eso es un buen augurio, ciertamente; y yo que he tenido fe siempre en los buenos y en los trabajadores del brazo y del pensamiento, pienso en una insurrección general que nos arrancará de las garras feroces de los barones de Massachussets.

Al contrario, respecto de esto no hay que hacerse ilusiones, pues si hoy nos encontráramos al borde de la tumba es porque hemos sido demasiado ilusos en estos últimos años; y yo que he subido uno a uno todos los peldaños de este doloroso calvario, tengo la firme convicción que el gobernador nos negará todo. Tanto es así que hasta hoy el gobernador Fuller, después de todas las cartas de protesta. De las peticiones y de los llamados enviados -incluso del comité de defensa y la última enviada y firmada por Vanzetti- solicitando una comisión de investigación sobre el caso, no ha iniciado ningún trabajo; y no sólo eso, sino que ha rehusado a hacer ningún comentario o declaración relativa a nuestro proceso.

Muchas peticiones piden una postergación de nuestra ejecución, y muchas otras una conmutación de la pena. Sobre esto último, si el gobernador es forzado por las circunstancias y por el miedo, nos conmutará la sentencia por prisión perpetua para desembarazarse así de nosotros. Pero no por eso cesará la lucha.

¡Valor, hermanos! Otros mañana ocuparán nuestro puesto, y la esperanza y la confianza en nuestra fe que habéis demostrado en la brecha en estos siete años de lucha, está hoy en nosotros y nos sonreirá en el abrazo de nuestros queridos compañeros y en la lucha de mañana.

En los acontecimientos de la lucha emprendida, tened fe en vosotros, pues en el sendero luminoso se unirán a vosotros otros hermanos para la lucha santa, hasta la meta de la victoria.

Por todos los caídos, por todas las víctimas de los sin patria perseguidos, que se conmuevan la protesta humana y en la revuelta audaz, en el combate por la liberación, suene a las puertas de los lupanares sedientos de sangre.

Os saludo hoy como estoy seguro de enviarnos mañana desde el cadalso el último beso de despedida.

Con fe en vosotros, por la ANARQUÍA.

A UN COMPAÑERO ITALIANO EN PARÍS (fragmento)

Cárcel de Dedham, Mass.

14 de mayo de 1926.

Yo sé que las autoridades capitalistas nos concederán lo que no pueden negarnos; pero ni más ni menos.

A la solidaridad heroica de los amigos, de los compañeros y del proletariado revolucionario del mundo, a la solidaridad de los pueblos es a los que debemos el estar todavía vivos. Y de esa solidaridad dependerá hasta el fin nuestra suerte.

¡Cuánta sangre nuestra ha derramado, desde los mártires de Chicago, en adelante, el capitalismo, o más precisamente la reacción norteamericana!

Pero Thayer está sano e incólume, pero todos los perjuros en nuestro proceso están sanos e incólumes, como también los jurados, y Katzmann, y Williams, y el esbirro Stewart, el brazo derecho de Katzmann.

No se ha tocado un cabello a uno solo de esos asesinos.

En Chicago el elemento del delito apuñala jueces y ametralla representantes de la acusación pública; en New York un testigo de la acusación que debía testimoniar en un proceso contra elementos de la mala vida, fue acribillado a tiros mientras asistía a una comida dada en su honor; y los verdaderos y propios culpables se escurren, por la parte abierta de la cofia, de las garras de la llamada justicia.

Pero el puñado de sanguinarios bestializados que reclaman nuestra sangre al gobernador Fuller, no son alcanzados por nuestro terrorismo.

Dean Wigmore, amigo personal del juez Thayer, llega a decir que nosotros, anarquistas, y nuestros compañeros, pertenecemos a la camorra napolitana, a la Mafia siciliana, a la mano negra española y

a no sé que otras organizaciones criminales de la India y de otros lugares aun, y habla de la tarea realizada por Thayer en un atmósfera de violencia cultivada por nosotros, e invoca para nosotros la hoguera.

Dejo a los estudios la misión de decir que los anarquistas y el anarquismo no tienen nada en común con las asociaciones criminales secretas; yo constato simplemente la verdad del proverbio: “*El que se hace oveja, se lo come el lobo*”, y después lo afrenta.

Afirmo una vez más que no confío más que en los amigos, en los compañeros, en el proletariado revolucionario internacional, la victoria de esta causa. A ellos solos les debemos la vida, a ellos solos deberemos el que el verdugo no nos tenga en sus manos.

Sólo vosotros podéis salvarnos y vengar nuestra sangre y nuestra muerte.

Y si morimos, como dos cadáveres más la reacción o podrá detener la historia y el porvenir, si vosotros sabéis, si vosotros deducís la enseñanza y la determinación.

Thomas Jefferson, que sabía lo que decía, dijo que “sólo el miedo tiene influencia sobre el corazón de los tiranos que a nada temen más que al castigo” Y Thomas Paine nos enseña que es “exceso de locura esperar piedad donde se niega justicia. La piedad misma, cuando su objetivo es de guerra, se convierte en una insidia de guerra”.

¡Ay si no fuésemos vengados! Seguros por experiencia de la impunidad, los enemigos de la libertad no conocerían ya límite alguno...

He llegado al punto que impone el silencio.

Saludos ardientemente a todos los compañeros, también en nombre de Nicolás Sacco. Con saludo fraternal tuyo:

Bartolomé Vanzetti.

A LOS TRABAJADORES ARGENTINOS

Cárcel de Dedham, Mass, 1927.

Nosotros deseamos decir a los compañeros, a los amigos, al pueblo argentino, que sabemos cuán grande, sublime y heroica es su solidaridad hacia nosotros.

Sabemos que habéis dado el pan y el reposo vuestro, vuestra sangre y vuestra libertad por nosotros. Sabemos que hubo quién dio su vida por nosotros.

Vuestra solidaridad generosa nos reafirma en la fe anárquica y humana. Vuestro sacrificio heroico, nos hace sangrar el corazón. Más nos sostiene el ánimo dándonos la certeza de una victoria final del proletariado.

Nosotros saludamos a quien lucha por nosotros; a quien está preso por nosotros; a quien ha muerto por nosotros.

Compañeros: amigos, pueblo de la Argentina: nosotros morimos con vosotros en el corazón.

Y que ninguno de vosotros se desaliente, que ninguno vacile, que ninguno pierda el ánimo, cuando os llegue la triste nueva de nuestra muerte; que ella no os espante.

La vida de la libertad, que es la vía del proceso y de la justicia, está empañada de sangre, sembrada de fosas. Sólo los fuertes la pueden recorrer. Vosotros sois fuertes. Dos caídos más: ¿Y qué? Otros ocuparán nuestros puestos, más resueltos y numerosos que nunca. En alto los corazones: ¡Viva la ANARQUÍA y la revolución social!

Y recordad de cuanto queremos deciros: el enemigo nos quiere muertos, y nos tendrá muertos para defender el privilegio y la tiranía, para humillarnos, para acobardarnos, para vencernos, destruirnos y encadenar los pueblos al carro de la esclavitud. El enemigo se ha embriagado con el llanto de nuestras mujeres, de nuestros viejos y de nuestros niños. Nos ha torturado, átomo por átomo, insultado, escupido, clavado, befado, empapado los labios de hiel y vinagre y, finalmente, ofrecerá a Mammón el humo de nuestras carnes maceradas y maltrechas.

Y este mismo enemigo clava sus inmundos tentáculos en la carne de todos los pueblos de la tierra, prepara el más grande militarismo del mundo y se apresta a esclavizar la entera humanidad.

Hay que aplastarle la cabeza.

El pasará de buena gana sobre los cuerpos de los rebeldes, de los revolucionarios y de los

libertarios: él se prepara a pisotear a la humanidad.

Los caídos, todos los caídos deben ser vengados.

¡Guay si no lo son!

Nosotros os enviamos un abrazo fraternal y el saludo augural.

Bartolomé Vanzetti.

A LOS ANARQUISTAS DEL MUNDO

Casa de Muerte.

4 de agosto de 1927.

“Queridos camaradas: el gobernador Alvan T Fuller, *es un asesino* como Thayer, Katzmann, perjuros del Estado y todos los otros. Él me estrechó las manos como un hermano, haciéndome creer que estaba honestamente intencionado”

Ahora, ignorado a conciencia y negando todas las pruebas de nuestra inocencia, nos insulta y nos asesina. *¡Somos inocentes!*

Esta es la manera de obrar de la plutocracia contra la libertad, contra el pueblo. Nosotros moriremos por ser anarquistas. *¡Viva la ANARQUÍA!*

Bartolomé Vanzetti.

Charlestown, prisión del Estado

4 de agosto de 1927.

Queridos amigos y camaradas:

En la celda de muerte, nos acaba de informar el Comité de Defensa que el gobernador Fuller ha decidido matarnos el 10 de agosto. No nos sorprende esta noticia, porque ya sabíamos que la clase capitalista es implacable y dura, y no tienen clemencia con los buenos soldados de la Revolución. Estamos orgullosos de morir y caer como todos los anarquistas han caído y caen. Ahora sois vosotros, hermanos, camaradas, como ya os dije ayer, los únicos que podéis salvarnos, ya que nosotros jamás tuvimos fe en el gobernador. Porque Fuller, Thayer y Katzmann, son maestros asesinos. ¡Viva la ANARQUÍA!

Con calurosos saludos y recuerdos a todos.

Nicolás Sacco.

AL HIJO DE SACCO

Mí querido Dante:

Yo espero aun. Nosotros lucharemos hasta el último momento para reivindicar nuestro derecho a la vida y a la libertad, pero todas las fuerzas del Estado, del oro y la reacción están malditamente contra nosotros, porque somos dos revolucionarios, dos anarquistas.

Escribiré poco sobre esto, también porque tú eres demasiado joven para poder comprender plenamente el profundo significado de esto y de otras cosas de que hablaría de buena gana contigo si la situación me lo permitiera.

Empero, si eres bueno, cuando seas mayor comprenderás, entonces, el caso de tu padre y el mío y los principios de él y míos por los que hoy se nos mata.

Te diré ahora que, por todo cuanto se de tu padre, él no es un criminal, sino por el contrario, uno de los mejores hombres que yo haya conocido nunca. Algún día serás capaz de comprender cuanto te digo: *tu padre ha sacrificado todo lo que en la vida hay de más querido para el corazón y más sagrado para el alma, por su fe en la libertad y la justicia para todos.*

Ese día te sentirás orgulloso de tu padre, y si has seguido siendo lo bastante bueno, tomarás su puesto en la lucha entre la libertad y la tiranía para reivindicar el nombre suyo -*el nuestro*- y nuestra sangre y comprenderás también cuán buena y valerosa ha sido tu madre para ti, para tu padre y para mí en estos años de lucha, de dolores, de pasión, de penas y de atroz agonía.

Debes, por tanto, ser bueno, valiente, afectuoso hacia tu madre, hacia Inés, hacia Susi -buena y valerosa Susi- y hacer cuanto te sea posible para servirles de confortación y ayuda.

Desearía también que te acordaras alguna vez de mí, como el compañero, el amigo de tu padre, de tu madre, de Inés, de Susi y tuyo. Puedo asegurarte que tampoco yo fui nunca un criminal y en que jamás en la vida robé o asesiné, sino que luché modesta y exclusivamente para abolir el crimen entre los hombres y por la libertad de todos.

Recuerda, Dante, que quien te diga lo contrario de tu padre y de mí, no será más que un mentiroso, que insultará la memoria de dos hombres caídos por la fe y el amor hacia la humanidad que ardían en sus corazones.

Sabe y recuerda, Dante, que si tu padre y yo hubiésemos sido cobardes, dos hipócritas, dos renegadores de nuestra fe, no habiéramos sido nunca condenados a muerte.

Ellos no habrían considerado culpables ni siquiera a un perro sarnoso ni ejecutado a un venenoso escorpión en base a las evidencias inventadas contra nosotros. Y habrían acordado un nuevo proceso, aunque se tratase de un matricida u otro delincuente común que hubiese podido presentar las evidencias que, repentinamente y en vano, hemos presentado nosotros para obtener la revisión del proceso.

Recuerda Dante, recuerda siempre esto, nosotros no somos ni fuimos nunca criminales; nos han juzgado culpables en base de falsos testimonios, nos han denegado varias veces nuevo proceso y si somos ejecutados después de siete años, cuatro meses, y diecisiete días de indescriptible tortura, es solo por la razón ya expuesta por mí: porque estuvimos y estamos siempre de parte de los pobres y contra la explotación del hombre por el hombre.

Los documentos sobre nuestro caso que tú y los demás tendréis ocasión de recoger y conservar, te probarán que tu padre, tu madre, Inés, mi familia, tú y yo, hemos sido sacrificados por y para la razón de Estado de la plutocracia reaccionaria norteamericana.

Vendrá el día que comprenderás el sentido atroz de estas palabras, en todo su amplio significado, y ese día, Dante, tu nos honrarás.

Y ahora, querido Dante, sé siempre bueno y valeroso, siempre... Un cariñoso abrazo tuyo.

A SU HIJITA

Mí querida Inés:

Quisiera que pudieses comprender lo que te diré con espíritu ulcerado y con profundidad de afecto. Llevaré siempre, hasta el último día de mi vida, sobre mi corazón sin paz, la carta que me has escrito. Pediré que me la dejen llevar también a la tumba. ¡Cuándo habría deseado vivir contigo, con tu hermano Dante, con tu madre en una casita, perdida en el verdor del bosque, unidas en una sola palpitación y en una sola ternura! Y en las tardes del verano sentarnos en la sombra de una encina, contigo en mis rodillas para enseñarte a leer, a escribir, a amar y a creer. Pero no ha sido así... La maldad de los hombres no ha querido... Un destino adverso nos ha dividido... Esta vieja sociedad agonizante me arrancó brutalmente de los brazos de tu madre y de la profundidad de vuestro cariño, hijos míos, que me esperáis inútilmente.

Pero yo sé que seréis buenos... yo sé que vosotros sabéis que os siento aquí, todas las horas... y que os digo tantas palabras de pasión y de angustia...

Agradece por mí a todos los amigos que luchan por mi libertad... Y deja que te bese muchas, muchas veces, y que te envíe también todos mis besos a tu hermanito y a tu mamá.

Tu Padre, Nicolás.

TESTAMENTO A SU HIJO DANTE

Cárcel Estatal de Charlestown.

18 de agosto de 1927.

Mi querido hijo y compañero.

Desde el día que te vi por última vez pensé escribirte esta carta, pero mi prolongado ayuno y el pensamiento de no poderme expresar como era mi deseo, me han hecho esperar hasta hoy.

El otro día, apenas cesé la huelga de hambre, mi pensamiento voló a ti y quise, escribirte en seguida, pero advertí que mis fuerzas físicas no eran suficientes y que no estaba en condiciones de readquirirlas en un momento: debí, por lo tanto, suspenderla. Más es necesario acabar antes que nos conduzcan de nuevo a la celda de la muerte. Es mi opinión que, apenas la Corte Suprema deniegue la revisión del proceso, nos reconducirán al triste lugar, y el lunes, si nada ocurre, nos matarán apenas haya sonado la media noche.

Heme aquí pues, enteramente solo contigo, con toda la fuerza de mi amor, para abrirte los tesoros de mi pobre corazón.

¡Nunca hubiera pensado que nuestro inesperable amor pudiera acabar tan trágicamente! Pero siete años de dolor me dicen que esto se ha hecho posible.

Empero, esta nuestra forzada separación no ha cambiado en un ápice nuestro afecto, que permanece más sólido y vivo que nunca. Más bien, si esto es posible, se ha agitado más aún.

Esto no solamente es un gran modo de proceder en la vida, sino también la confirmación de un hecho: que el verdadero amor fraterno no solo se muestra en los momentos de alegría y placer, sino, más aún en los momentos de lucha y sufrimiento.

Recuérdalo, Dante.

Nosotros lo hemos demostrado y, modestia aparte, nos sentimos orgullosos de ello.

Mucho hemos sufrido en nuestro largo calvario. Nosotros protestamos hoy, como hemos protestado ayer, y protestaremos siempre por nuestra libertad.

Si desistí de la huelga de hambre fue porque ya no quedaba en mí, sombra alguna de vida, y yo había escogido esa forma de protestar para reclamar la vida y no la muerte.

Mi sacrificio estaba animado por el deseo vivísimo que había en mí de volver a estrechar entre mis brazos a tu pequeña hermanita querida Inés, a tu madre, a ti y a todos mis amados compañeros y amigos. Por eso hijo, vuelve ahora la vida., calma y tranquila, a reanimar mi pobre cuerpo, aunque el espíritu permanezca sin horizontes y siempre como perdido entre tétricas, sombrías visiones de muerte.

Y bien, querido muchachito mío, después de haberme hablado tu madre tantas veces de ti y de haberte visto en mis sueños días y noches, fue alegría inefable la de volverte a ver, estrecharte entre mis brazos y hablar contigo como solía hacerlo otros días... *aquellos días*...

Mucho te dije en esta ocasión y mucho deseaba decirte aún: pero vi que eras siempre el amoroso muchacho de aquel entonces... que eras bueno como tu mamá, que tanto te ama, y no quise herir más largamente tu sensibilidad, porque estoy seguro que continuarás siendo el noble y buen joven que eres ahora y recordarás para siempre cuanto te dije.

Yo estoy seguro de esto como de lo que voy a decirte ahora hará vibrar un corazón: pero, no llores. Dante, porque muchas lágrimas ya han sido derramadas en vano -tu madre las ha derramado durante siete años, inútilmente- Por esto, hijo, en vez de llorar, hazte fuerte para poder estar en condiciones de controlar a tu pobre madre.

Te diré ahora lo que yo solía hacer cuando quería distraer a tu madre de algún triste pensamiento, para que tú puedas repetirlo cuando sea necesario. Íbamos de la mano, en largo paseo a través de los campos, al aire libre y bajo el sol radiante; recogía a mi paso flores silvestres de un lado y de otro, y se las ofrecía, y cuando la advertía cansada, la hacía sentar a la sombra de algún árbol, y ahí, en la viva y dulce armonía de madre natura, ella lo olvidaba todo y era feliz...

Recuerda también eso, hijo mío. No olvides jamás. Dante, cuantas veces seas feliz en la vida, de no ser egoísta; comparte siempre tu dicha con los más infelices, más pobres y más débiles que tú y no seas sordo nunca hacia quienes reclaman socorro.

Ayuda a los perseguidos y a las víctimas, porque ellos serán tus mejores amigos; ellos son los compañeros que luchan y caen con tu padre y Bartolomé, que lucharon y hoy caen por haber reclamado felicidad y libertad para todas las pobres y harapientas muchedumbres del trabajo.

En esta lucha por la vida hallarás alegría y satisfacción y serás amado por tus semejantes.

Por todo lo que tu madre me informa acerca de cuanto has dicho y hecho en estos últimos días de atroz agonía sufridos por mí en la celda de muerte, yo estoy seguro de que serás un día el joven por mi soñado tantas veces, y esta certeza me hace casi feliz.

Nadie puede saber o decir lo que será de nosotros mañana, pero si nos matan tú no deberás olvidar jamás de mirar a tus amigos y compañeros con la misma sonrisa jovial sobre los labios con que miras a tus más íntimos afectos, porque ellos te aman con el mismo amor de que rodean a todos los demás infortunados y perseguidos compañeros.

Y eso te lo dice tu padre, tu padre que lo es todo para ti; tu padre que te ama como los ama, que sabe y conoce la nobleza de su fe -que es la mía, Dante-, los supremos sacrificios que ellos afrontan todavía por nuestra libertad, porque yo he combatido a su lado, ellos son los que nos hacen vivir en el corazón una esperanza todavía. Solamente ellos podrán evitar nuestra electrocución. Esta es la lucha, la guerra entre los ricos y los pobres, por la salvación y la libertad, que tú, hijo mío, comprenderás mejor, cuando seas mayor, en toda su grandiosidad y nobleza.

Pensaba continuamente en ti, Dante mío, en los tristes días transcurridos en la celda de muerte. El canto, las tiernas voces de los niños que llegaban hasta mí del vecino del jardín de juego donde brincaba la vida y la alegría sin afanes -solamente a pocos pasos de distancia de muros que aprisionan en una atroz agonía a tres almas en pena- cómo me hacía pensar insistentemente en ti y en Inés, y os deseaba tanto ¡oh, hijos míos!...

Más luego pensé que fue mejor que no hayas venido a verme en esos días, porque te hubieras encontrado, en la celda de muerte, y quien sabe que efecto hubiera podido producir en tu mente tan trágica visión, y que influencia hubiera podido tener en el futuro.

Pero, por otra parte si tú no fueses un muchacho demasiado sensible, tal visión hubiera podido, serte útil cuando, más adelante, pudieras recordarla para decir al mundo toda la vergüenza de este siglo que está encerrada en esa forma más cruel de persecución y de infame muerte.

Sí, Dante mío, podrán muy bien crucificar nuestros cuerpos, como ya lo hacen desde hace siete años, pero no podrán destruir jamás nuestras ideas, que permanecerán aun más bellas para las generaciones futuras.

Dante, cuando me refería a tres vidas, quería decirte que con nosotros está otro joven. Celestino Madeiros, que será muerto con nosotros. El ya ha estado otras dos veces en la horrible celda de muerte -que debe ser destruida con la piqueta del progreso- esa horrible celda que deshonra al Estado de Massachussets. Se debería destruir esas celdas, para levantar en su lugar fábricas y escuelas para enseñar lo útil y lo bueno a centenares de niños.

Dante, te exhorto una vez más a ser bueno y amar con todo tu afecto a tu madre en estos tristes días, y yo moriré seguro que con todos tus cuidados y tus afectos ella será menos infeliz. Y no dejes de conservar un poco de tu amor para mí, hijo, porque yo te amo tanto, tanto...

Mis más fraternos saludos para todos los buenos amigos y compañeros.

Afectuosos besos para la pequeña Inés, para mamá, y para ti un abrazo de corazón de tu Padre y compañero.

Nicolás Sacco.

P. D. Bartolomé te envía también sus cariñosos saludos. Espero que tu madre te ayudará a comprender esta carta, ya que no he podido escribir mejor y de manera más clara, porque no me siento lo bastante bien, y estoy débil, tan débil... ¡Adiós!

FIN